HARLEQUIN

BIANCA

aventura, intriga, pasión



Alianza de papel

Diana Hamilton

Alianza de Papel (1996)
Título Original: Never a bride
Editorial: Harlequín Ibérica
Sello / Colección: Bianca 834
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Jake Winter y Clare

Argumento:

Jake Winter era el hombre ideal que toda mujer sueña encontrar algún día...

Y, desde que Claire comenzó a trabajar para él como su secretaria personal, admiró la perfección masculina de ese hombre. Y él le había pedido que fuera su esposa!

Pero el suyo fue un matrimonio de conveniencia; Claire se convirtió en una más de sus posesiones. ¿Qué podia hacer ella si se había enamorado de Jake Diana Hamilton – Alianza de papel

y él parecía estar más interesado en la bella Loretta? ¿Encontraría Claire la felicidad al lado de Jake algún día?

Capítulo 1

ESTOY EN el apartamento de Londres, así que te veré pronto... Sí, Jake ha salido...

No, no se lo he dicho. Lo discutiremos cuando nos veamos. Tengo que irme, cariño, pero pronto nos veremos, te lo prometo.

Claire Winter colgó el auricular y esbozó una cálida sonrisa que suavizó, aún más, los delicados rasgos de su rostro. Luego, notó algo extraño e inmediatamente tensé todos los músculos de su cuerpo. Lentamente, volvió la cabeza desde el elegante sofá de brocado de seda. Ella misma se sorprendió ante lo acertado de su pronóstico cuando sus ojos azules se toparon con la mirada interrogadora de Jake.

—Estabas en Roma —murmuró ella.

Inmediatamenlte se odió por ser tan estúpida, y se despreció aún más cuando su desafortunado comentario le dio a él la oportunidad de lanzar una mirada sardónica y contestar en tono de burla:

—Gracias por recordármelo. Pensaba que ya estaba en Mayfair.

Lo observó alejarse del umbral de la puerta en el que había estado apoyado, escuchando... ¿Cuánto habría podido oír de la conversación telefónica...?

Dios, ¡era tan guapo! Cada vez que lo miraba volvía a sorprenderse ante su atractivo. El era la representación masculina de los sueños secretos de cualquier mujer, una fantasía hecha realidad.

Y él lo sabía. Su atractivo sexual era mucho más evidente de lo habitual, por eso era comprensible su arrogancia frente al sexo opuesto. Todas las mujeres que conocía lo admiraban y caían rendidas ante sus encantos. Incluso la madre de Claire lo miraba entusiasmada, y ella más que nadie, tenía buenas razones para andarse con cuidado con cualquiera que vistiese pantalones. El tenía la apariencia, la constitución, la fuerza y la personalidad suficiente para volver loca a la más cuerda de las mujeres.

Claire se levantó, manteniendo el control. Presentaba la imagen que él esperaba de ella. Fría, con un corte de pelo excelente, exquisitamente acicalada con ropa cara, en dos piezas de seda blanca y negra que realzaba aún más las elegantes formas de su esbelta figura.

—No te esperaba hasta dentro de un par de días.

Claire trató de que su tono de voz sonase natural, pero no pudo disimular el fondo acusador. Y Jake se percató, obviamente, puesto que respondió cortante:

—Así que te he sorprendido. ¿Con quién hablabas? ¿O ésa es una pregunta que un esposo nunca debe hacer a su mujer?

—Con Liz —respondió, demasiado rápidamente tal vez.

Algo hizo que los inquisidores ojos grises de Jake reluciesen. No creía que ella hubiese estado hablando con su madre.

Lo observó moverse por la preciosa habitación del apartamento que poseían en Londres. Jake se despojó de la chaqueta del exquisito traje gris que lucía. Ella levantó la cabeza muy digna, mirando taciturna, sin dar muestras de la alarma que sentía y que hacía que su corazón se comportase de un modo poco habitual. Le golpeaba dentro del pecho fuertemente, y eso la asustaba.

—Y. ¿cómo está? ¿bien? —preguntó él, mientras se aflojaba el nudo de la corbata y desabrochaba el cuello de la camisa blanca—. De pronto, me he encontrado con dos días libres. Tal vez deberíamos visitarla. Quizá la persuada de que me cuente lo que tú parece que no quieres contarme.

Así que había oído la conversación. Y la descarada burla en su mirada hizo que Claire se sonrojase. Estaba tan desorientada que no era capaz de inventar algo que la sacase del apuro, así que decidió pasar al ataque. Se acercó a recoger el periódico que había doblado sobre la mesa de palo de rosa. Ella lo había abierto miles de veces durante aquella interminable tarde de domingo mirando la fotografía una y otra vez, sabiendo que no podría morderse la lengua cuando lo viera.

Lo abrió por la página correcta, y su mirada se ensombreció ante la ya demasiado familiar fotografía en blanco y negro de su marido rodeando el cuerpo de una mujer.

Las letras del titular bailaban ante los ojos de Claire.

—El multimillonario Jake Winter sorprendido lejos de casa con la irresistible princesa Lorella Giancetti. la mujer más encantadora de la sociedad romana —leyó.

Luego. añadió—. El paparazzi tuvo un día glorioso.

Lo dijo mientras señalaba la fotografía con sus perfectas uñas en forma de óvalo y cuidadosamente nacaradas.

Le enfureció aún más observar una ligera sonrisa en la preciosa boca de Jake mientras éste echaba un vistazo a la página del periódico. Claire sentía que el corazón iba a salirse de su pecho.

—¿Celosa, Claire?

Sus ojos grises la miraron burlones durante un segundo, antes de bajar la mirada hacia su cuerpo elegantemente ataviado. Aún podía observar la burla en sus ojos, incluso a través de sus espesas y oscuras pestañas. Sabía que él estaba comparando su cuerpo delgado, aunque esbelto, con la voluptuosidad de las curvas de la princesa, que parecía que iba a estallar el costoso vestido de noche que lucía en la

fotografía.

—No —negó ella inmediatamente—. Contrariada, Antes de casarnos convinimos en ciertos acuerdos. Uno de los cuales, si no recuerdo mal, fue la promesa de absoluta discreción en el caso de posibles relaciones extra matrimoniales. Esto... —

dijo, señalando de nuevo la fotografía— ... no puede, de ninguna manera, ser considerado como discreto.

—No —su expresión se endureció repentinamente mientras asentía —. Te pido disculpas.

Jake dejó el periódico de nuevo sobre la mesa. Los músculos de todo su cuerpo debían estar en tensión tras el hecho de haber sido descubierto, decidió Claire con cinismo. Colocó la chaqueta y la corbata que Jake había dejado de cualquier manera y se empeñó en las cuestiones domésticas, en lugar de mirar a su marido a los ojos.

Ojos que la acechaban, observando cada uno de sus movimientos, y que le hacían estremecer.

—Disculpa aceptada —afirmó ella.

Sus dedos acariciaban el suave tacto de la chaqueta de seda. Su calidez. La calidez de Jake. Eso hizo que su voz temblase inesperadamente mientras añadía:

—Sugiero que lo olvidemos.

Luego, trató de tranquilizarse. Estaba nerviosa, eso era todo. Y, ¿por qué no iba a estarlo? Había conseguido volver las tornas. Había evadido la pregunta de su marido y su desconfianza ante la evidencia de unas pruebas que podían haber demostrado su propio delito. Pero eso no significaba que él no fuese a devolver el golpe y atacar de nuevo.

—¿Te sirvo algo de comer? ¿Una copa? —sugirió Claire.

Era demasiado tarde para acudir a un restaurante, y ella había tomado una cena escasa hacía horas. Había poca comida en el apartamento. Claire no lo esperaba.

Jake siempre le informaba sobre dónde iba y cuándo volvería, para que ella lo estuviese esperando con todo preparado. Ella organizaba su agitada vida.

La excepción de aquella tarde, junto con el artículo de la prensa y el que hubiese escuchado su conversación telefónica, la habían alterado.

Ante la ausencia de respuesta, decidió darle la espalda y mentir de mala gana.

—Pareces cansado.

No lo parecía, por supuesto. Nunca lo parecía. Incansable, enérgico, nunca estaba tan feliz como cuando estaba ocupado,

haciendo que las cosas funcionasen. A los treinta y siete años, y pareciendo diez años más joven. era ya inmensamente rico.

Había hecho su fortuna a base de comprar grandes compañías, en cualquier lugar del mundo, al borde de la ruina. Las dividía después en pequeños y beneficiosos componentes, que vendía mientras eran rentables, y se quedaba con las empresas más selectas, supervisándolas una a una. Tenía la energía, el dinamismo y el entusiasmo de diez mortales y la envidiable habilidad de desconectar inmediatamente una vez terminado el duro trabajo.

Tal y como estaba haciendo en ese momento. Tumbado relajadamente sobre uno de los sofás, como sí hubiese sentido de pronto los efectos de la respiración de un gas embriagante.

—Comí en el avión, pero podría beber algo.

Relajado. con los ojos cerrados, parecía muy entero, pero notó algo tenso en su voz que hizo que a Claire le remordiera la conciencia. ¿Acaso le estaría dando vueltas aún a la llamada telefónica? ¿Es que haber comprobado su evidente traición plasmada en el periódico no era suficiente como para quedarse fuera de juego?

Claire tenía que atacar de nuevo, antes de que él empezase a hacer preguntas y a demandar respuestas que ella no estaba preparada para darle.

Inesperadamente, los dedos de Claire comenzaron a temblar mientras echaba en un vaso el whisky preferido de Jake y la cantidad justa de soda. Su compostura, una de las cosas que él más admiraba de ella, había desaparecido en los últimos días.

Claire tendría que obligarse a dedicar un tiempo a pensar en los últimos acontecimientos y tomar una determinación para actuar en Consecuencia Se acercó a él, controlando el ritmo de la respiración. Las oscuras y largas pestañas de Jake reposaban pesadamente sobre las prominentes mejillas, suavizándolas Absolutamente deseable. Aspecto que, sin duda, la princesa italiana habría descubierto para su delirio.

El dolor que Claire sentía en su corazón fue una revelación inesperada. Jamás se hubiese creído capaz de una reacción semejante Llevaban casados casi dos años y ella se había preguntado a menudo con cuántas mujeres se habría acostado. Nadie podía dudar de su virilidad, saltaba a la vista con sólo contemplar aquel musculoso cuerpo y la profundidad de sus ojos grises que quemaban con la mirada. Pero él prometió ser discreto, los dos lo hicieron, y él había roto su palabra. Tal vez sentía el dolor de una promesa incumplida, pensó con desmayo, mientras agarraba el vaso con más fuerza.

Inclinada hacia él, rozó la palma de la mano de Jake con la fría

superficie del vaso.

Observó su desconcierto ante lo inesperado. Luego, Jake tomó el vaso, atrapando los dedos de Claire deliberadamente entre los suyos. Eso hizo que ella perdiera el poco color que le quedaba en su pálido rostro de marfil.

El nunca la tocaba. Se había encargado siempre de no hacerlo, ni siquiera de manera accidental. Ni siquiera cuando su friamente calculado matrimonio se hizo público.

Si trataba de liberar la mano, el whisky podía derramarse, y no había cabida para tal indignidad en su relación. Los ojos azules batallaron contra la incisiva mirada gris hasta que Claire advirtió la burla en sus ojos. Ella bajó las pestañas y Jake tomó el vaso con la otra mano, dejando así libre la de Claire.

—Te disgusta que te toquen en general, o sólo cuando lo hago yo? —preguntó ceñudo.

—No creo que esa pregunta merezca una respuesta.— Se obligó a contestarle con calma, con estudiada dignidad, desde el sofá de enfrente, y decidió no moverse nerviosa de un lado a otro de la habitación, que era exactamente lo que su cuerpo le pedía. Pero nada pudo evitar que se le escapase un comentario un tanto ácido.

—Me sorprende que tu excursión italiana haya sido tan corta. ¿La princesa no era tan irresistible como parecía?

Se odiaba así misma. Ellos jamás discutían. Ni siquiera se enfadaban. No sabía qué estaba ocurriendo.

—No podría decírtelo, cariño.

Ella quiso abofetearlo. Deseó hacerlo con tanta intensidad que todo su cuerpo se estremeció.

—¿Qué te preocupa? Te tenía por una mujer que podría soportar un poco de publicidad indeseable, pensé que te limitarías a encoger tus elegantes hombros—

tomó un sorbo del vaso sin apartar la mirada de ella—. Nos fotografiaron saliendo de la ópera. Si tú hubieses estado allí... Estabas invitada, ¿recuerdas?... no hubiese ocurrido. Y hubieses disfrutado. La Traviata. Juanita del Sorro en el papel de Violeta.

Estuvo magnífica.

—Seguro que sí.

Sólo forzándose a hablar evitaría que el chasquido de sus dientes llegase a oídos de su marido. ¿Estaba Jake diciendo que su desliz público había sido culpa de ella?

¿Cómo se atrevía?

Y, por supuesto, Jake esperaba que ella hubiese ido a Roma con él.

A pesar de que viajaban allí con frecuencia por negocios, no tenían

un apartamento propio en aquella ciudad. Siempre se hospedaban el mismo hotel cercano a la Piazza Venezja. Allí, ella actuaba, tal era lo convenido como su asistente personal, secretaria, encargada del guardarropa y acompañante. Todo eso, había venido haciéndolo con gusto durante los últimos dos años.

La visita a Roma llevaba meses programada, y ella deseaba volver de nuevo a su ciudad favorita. Pero eso fue antes de recibir aquella llamada del Reino Unido cuando estuvieron en Nueva York. Gracias a Dios, aquel día Jake estaba fuera, así que ella tenía el apartamento de Manhattan para ella sola. Si él hubiese estado allí, no habría podido evitar sus preguntas. Le hubiese tenido que contar la verdad. Y, aunque pensaba que se lo debía, supo entonces que no sería capaz de mantener la promesa de ser sinceros que ambos hicieron. Todavía no estaba preparada para contárselo.

Y cuando Jake regresó, pletórico tras haber completado con éxito otra operación, ella tuvo que buscar urgentemente una excusa creíble que le evitara hacer ese viaje a Roma.

—Es la primera vez que te dejo en la estacada, Jake, pero ¿te importaría si no voy a Roma? Si te importa, dímelo. Pero, de pronto, me encuentro muy cansada —se sintió terriblemente culpable ante la mirada de preocupación que él le lanzó. Tuvo que hacer un esfuerzo para continuar. Podría pasar un día extra aquí, tranquilamente. Luego volaría a Inglaterra y tendría preparado el apartamento de Londres para cuando tú volvieses de Roma.

Claire hubiese necesitado ese par de días de gracia, el tiempo necesario para enfrentarse a las consecuencias de decirle la verdad a Jake, y por lo tanto, de lo que sería el inevitable fin de su matrimonio. Pero él había regresado dos días antes de lo previsto, y no sabía porqué, pero ella no había conseguido aunar el valor suficiente para contárselo.

—Jake, lo de la princesa y tú... ¿va en serio? —preguntó preocupada.

Era también parte del trato, la cláusula de separación. Si alguno de los dos, mientras durase su pactado matrimonio, encontraba a otra persona, y el asunto era tan serio que deseasen un matrimonio verdadero, entonces el otro debería irse.

Habría anulación si era Jake el que quisiera abandonar, además de una jugosa recompensa económica para Claire. Si era ella la que renunciaba, perdería el derecho a esa compensación. Pero Claire podía vivir sin eso. No le importaría renunciar al estilo de vida que había llevado durante su matrimonio.

—Por supuesto que no —contestó Jake.

Parecía que estaba a punto de bostezar, cosa que hizo un instante después. Se incorporó, estirándose, con la parte posterior de la camisa pegada al torso.

—Me voy a la cama —continuó—. Me sorprende que tú no lo hayas hecho hace horas, considerando lo cansada que se suponía que estabas.

Ella lo ignoró, ignoró el tono cáustico. Lo ignoró todo. No sabía por qué se sentía tan optimista, como si acabasen de indultarla, cuando debería sentirse frustrada. Si él le hubiese dicho que se había enamorado, que al fin había encontrado una mujer con la que verdaderamente deseaba pasar el resto de su vida, Claire habría tenido el camino libre para marcharse.

No sabía lo que quería. Claire se despidió deseándole fríamente buenas noches, y se dirigió a buscar la paz de su propio dormitorio. No quería que fuera él quien la dejase a ella. Eso era lo que le hacía hervir la sangre. Si el matrimonio llegaba a su fin, cosa que inevitablemente iba a ocurrir, tendría que ser ella la que lo hiciera.

¿Cuestión de orgullo, tal vez?

Concilió el sueño sin gustarse mucho a sí misma, pero sintiéndose extrañamente confortada.

Pero, cualquier sentimiento de tranquilidad, merecido o no, se evaporó a la mañana siguiente.

Jake, como siempre, se había levantado antes que ella, con una energía que le producía cansancio a Claire. El desayuno estaba preparado, huevos, fruta y café.

—Es todo lo que he podido encontrar. La despensa está vacía, pero no hay que preocuparse —hizo una mueca tan enternecedora que hubiese hecho temblar las rodillas de cualquier incauta—. He hecho algunas llamadas de teléfono. Come.., antes de que se enfríen los huevos, y te diré lo que he preparado.

De ese modo, Claire se sentía como si estuviese en medio de un torbellino. Ella no era capaz de reaccionar tan temprano. Se había acostumbrado a soportar su incansable energía simplemente dejándolo hacer, hasta que ella estuviese en condiciones de ponerse en marcha. Lo miraba con ojos aún entreabiertos, prestando apenas atención a lo que decía. Pero aquella mañana la sorprendió con un desagradable despertar cuando anunció:

—Como te he dicho, he hecho un par de llamadas. Cuando terminemos de desayunar, iremos a casa de Liz y Sal. Sé que hablas a menudo con tu madre… —los ojos de Jake la clavaron en el asiento— …pero ella está deseando verte. Vernos. Y

mañana iremos a Litherton desde allí. Te dejaré en manos de la

inestimable Emma, hasta que nos veamos de nuevo para navidad. Ella te dará lo que necesitas. Y te alimentará. Ultimamente has perdido peso.

Levantó sus cejas oscuras, como invitándola a preguntar por qué. Ella se sintió de pronto desesperadamente consciente de su propio cuerpo, adecuadamente envuelto en la bata de satén azul.

Dejó el tenedor sobre el plato mientras terminaba de tragar. El no era estúpido, más bien todo lo contrario.

Y sabía que algo estaba ocurriendo. Había oído parte de la conversación telefónica y no creyó nunca la explicación de que había estado hablando con su madre. Así que se disponía a actuar, y no pararía hasta que averiguase la verdad.

No había duda de su verdadero deseo de visitar a Liz, querría ver si se encontraba bien, si tenía todo lo que necesitaba, saber sobre Sally Harding, la ayudante y amiga de la madre de Claire. En definitiva, saber si la anciana mujer se encontraba tan bien como ella misma aseguraba.

Porque Jake se había portado de maravilla con su madre. Liz nunca había sido muy fuerte fisicamente, y la dura vida que había llevado, había estropeado aún mas su salud. El futuro cuidado de la madre de Claire había sido otra de las cláusulas que Jake ofrecía en el contrato de matrimonio. Ese, sólo ese punto, fue el que impulsó a Claire a aceptar atarse a un hombre bajo lo que era un simple acuerdo negociado.

Pero había algo más en aquella visita. El sospechaba. Trataría de obtener la verdad a través de Liz, y si no lo conseguía, al menos completamente, tenía preparada la segunda parte del plan. Desterrar a Claire a Litherton Court, la casa de los Winter, donde la hermana menor de Jake, Emma, la vigilaría hasta que él regresase para pasar las habituales navidades con la familia.

Faltaban dos semanas para navidad.

Ella se irguió, levantó sus ojos azules mostrando una mirada de preocupación y dijo tranquilamente:

Tengo algo que contarte.

Capítulo 2

JAKE DEJÓ la taza que sostenía entre las manos sobre el correspondiente plato. El leve sonido de la porcelana china fue desesperadamente audible tras el silencio sepulcral que siguió a la frase de Claire. Se sintió como si estuviese en el vacío, sin aire para respirar.

Ella se retorcía los dedos de las manos que reposaban en su regazo, mientras lo observaba a él, erguido y tenso. Eso la ponía aún más nerviosa. Agitada, levantó los ojos hacia Jake, y advirtió una desacostumbrada mirada de precaución en su rostro, como si fuese él, y no ella, quien se sintiese atrapado. Entonces, Jake se recostó sobre la silla, en un gesto que la invitaba a hablar.

—¿Entonces? Cuéntame.

Claire apreció entonces que había estado manteniendo la respiración, y tomó aire.

Lo que iba a contarle significaría el principio del fin de su relación. Sintió que se le secaba la garganta, pero hizo un esfuerzo.

—Liz tiene noticias. La semana pasada le contaron que un tío suyo había muerto, dejando una gran fortuna. Fue algo inesperado. Llevaban años sin verse. El nunca se casó, y terminó viviendo casi completamente recluido. Liz era la única pariente que le quedaba. Yo lo vi una vez cuando tenía siete años, pero a penas lo recuerdo.

Fue poco tiempo después de que su padre abandonase a su madre. Un aciago día, Liz la vistió con sus mejores galas y la llevó a visitar a su tío. Un viaje aburrido que incluyó tres líneas diferentes de autobuses, y una bienvenida más triste aún. Claire recordaba especialmente una cínica frase que pronunció su tío:

—Sólo porque tu madre sea mi hermana, no tienes que venir a pedirme limosna.

No es culpa mía que tu marido prefiriese marcharse con otra mujer. El es quien debe mantener a su hija, no yo.

Se fueron inmediatamente. Los labios de su madre temblaban mientras se dirigían bajo la fría lluvia hacia la parada del autobús. Claire la tomó de la mano para transmitirle así su incondicional apoyo. Sintió la fragilidad de sus huesos a través de los ásperos guantes tejidos a mano. Pero después, durante el tedioso trayecto de vuelta a casa, Liz mucho más entera, le había dicho:

—Tienes que sentir lástima por él. Pensó que iba buscando su dinero, cuando lo que quería era recuperar el único miembro de la familia que me quedaba. El no tiene a nadie, y nosotras nos tenemos la una a la otra. Eso es mucho más importante que el dinero. Nosotras somos las afortunadas.

—Al final, parece que decidió dejárselo todo a su sobrina —le dijo a Jake—. No era el tipo de hombre que dejaría su dinero para la caridad.

—Me alegro por ella —replicó sincero, pero Claire observó que Jake no comprendía del todo .— ¿Y eso es todo lo que tenias que decirme?

Los largos y firmes dedos de Jake golpeaban silenciosamente sobre la mesa. Ella bajó la mirada tratando de ocultar su confusión. Jake hacía que se sintiera culpable, aún sin tener motivos para ello.

—¿No vas a contarme nada del amante con el que estuviste hablando anoche? No seas tímida; ese tema estaba ya contemplado en nuestro acuerdo, aunque debíamos mantener la discreción. Te aseguro que has sido bastante discreta.

—¡Al contrario que tú y esa italiana! —declaró irritada de repente.

Sorprendida por su propia explosión de ira, refrenó sus impulsos y volvió a su habitual y reposado tono de voz.

—Estaba hablando con Liz, como te dije. Ella quería saber si te había dado la noticia.

—¡Ah! ¡Por supuesto! —afirmó con indudable ironía—. Está muy bien escuchar buenas noticias. Comprendo que era muy urgente que yo lo supiera.

—¡No seas sarcástico!

Claire se levantó de pronto, sin a penas haber tocado el desayuno que Jake había preparado para ella. El no creía que hubiera estado hablando con su madre. Jake tenía amantes, así que ¿por qué no iba a tenerlos ella también?

—Para Liz es urgente —prosiguió Claire—. Quería que lo supieses para que dejases de enviarle la pensión. Tienes que dejar de pagar las facturas de Sal, ella puede hacerlo ahora. También insiste en pagarte cada penique que has invertido en Lark Cottage.

—Yo le regalé Lark Cottage el día de nuestra boda —dijo, frunciendo el ceño.

Jake se levantó y caminó hacia la sala de estar. Claire lo siguió, aturdida. Por un momento, le pareció que la mirada de Jake reflejaba dolor. Tal vez le dolía que Liz pretendiese devolverle la ayuda que él le había dado de forma generosa durante los pasados dos años.

De espaldas a Claire, con las manos en los bolsillos del pantalón, Jake miraba la tranquila calle desde uno de los grandes ventanales que ennoblecían la sala. Y, aunque él jamás pudo escuchar el roce de las delicadas zapatillas de Claire sobre la gruesa alfombra, supo que ella estaba allí.

—Liz no va a devolverme el dinero que invertí en esa casa. Era

parte de nuestro acuerdo el que yo me encargase de que viviese cómodamente. No pienso arrepentirme de eso —murmuró.

Claire caminó hacia él, despacio. Pudo advertir la tensión en los músculos de la espalda de Jake. La vida que había llevado Liz durante los últimos dos años podía considerarse mucho más que confortable. Jake no sólo se había mostrado generoso con su dinero, sino también con su tiempo. Se aseguraba de visitar a la anciana cada vez que llegaban a Inglaterra, y mantenían un habitual contacto telefónico cuando viajaban fuera. Cada primavera, hacía un hueco en su agenda para llevar a Liz y a Sally Harding a pasar unas vacaciones a los lagos italianos. Le enviaba libros que suponía iba a disfrutar leyendo. Pequeños detalles que significaban demasiado. Jake había ido mucho más lejos de lo establecido en el acuerdo que habían firmado, y Claire no quería que él pensase que su madre se comportaba de un modo ingrato. No podría soportar herirlo de ese modo.

No se detuvo a analizar la profundidad de sus sentimientos ni el impulso que la llevó a acercarse a él y acariciar su cuerpo robusto.

—Liz se odiaría si pensases que es una desagradecida. Es lo último que querría.

Pero recuerda que el orgullo es lo único que ha tenido siempre. Y ahora se encuentra en una posición tan ventajosa que ni ella misma se lo cree. No trates de negarle eso.

Claire no era consciente del modo en que sus dedos le acariciaban la espalda, cómo las palmas de sus manos se posaban sobre las angulosas mejillas de Jake.

Entonces. él volvió la cara y miró a Claire intensamente, mientras movía los labios con la sensualidad que le producían las dulces caricias de su mujer. Ella se estremeció, levemente aturdida por las salvajes sensaciones que le recorrían el cuerpo.

Tocarse no formaba parte del contrato. Ambos acordaron que no se llevaría a cabo la consumación del matrimonio. A ella le molestaba practicar el sexo sin amor, y a él no le interesaba una relación sexual, con todas sus complicaciones emocionales, que echase por tierra el beneficioso acuerdo firmado.

¿Por eso había evitado siempre cualquier contacto fisico entre ellos? ¿Acaso tenía la certeza de lo que Claire jamás hubiera podido imaginar, que el más leve contacto entre ambos haría que ella estallase en llamas?

Jurando que no consentiría ser humillada con algo tan frío y tan indigno, Claire dio unos pasos hacia atrás y recobró la compostura perdida y el tono habitual de voz.

—Si vamos a ir a Litherton desde Lark Cottage, será mejor que

meta algunas cosas en una maleta. Pero te advierto que, por mucho que me guste tu hermana, no esperes que me quede allí encerrada durante las próximas dos semanas. Me moriría de aburrimiento.

No era cierto. Ella y Jake habían pasado en Litherton Court unas maravillosas vacaciones de navidad el último año, y un relajante fin de semana el pasado otoño.

Pero no estaba dispuesta a admitir que se sentiría desgraciada si no lo viera a él durante dos semanas completas, porque ni siquiera estaba dispuesta a admitirlo ante sí misma.

Y, a pesar de que Jake no abrió la boca, Claire tuvo la sensación, mientras salía de la habitación, de que ella no había dicho la última palabra.

Horas más tarde, Liz los saludaba feliz.

—¡Qué alegría veros!

Y se puso de puntillas para besar la mejilla de Jake. Sintió la suavidad de su cazadora de piel cuando él la abrazó. Luego, Liz se acercó para saludar a su hija.

Cuando los brazos de Claire la rodearon, pensó que su hija había dejado de ser tan frágil como ella pensaba, y lloró de gratitud por todo lo que Jake había hecho por ellas.

—Vamos dentro, aquí hace frío. En cuanto hemos oído el coche a lo lejos, Sal ha puesto la tetera en el fuego. Y vuestros dormitorios están listos, así que podéis subir si queréis cambiaros antes de tomar algo.

Tras cerrar la puerta a la fría y desapacible tarde de diciembre, —pareció que la magnética presencia masculina de Jake en aquel lugar llenaba la estancia. Claire levantó su maleta. Necesitaba urgentemente la intimidad de su habitación, un lugar en el que respirar, lejos de aquella imponente presencia.

—Antes de nada, quiero hablar contigo en privado, Liz —dijo Jake, tras quitarse la cazadora.

—¿Ese tono de voz significa que por fin Claire se ha decidido a darte la noticia?

Siempre he pensado que no era bueno entusiasmarse al recibir una herencia. Pero creo que en el caso del tío Arnoid estoy excusada. Nunca en su vida se preocupó por nadie y, al final, a nadie le importó él. A pesar de todo, yo le mandaba cada año una felicitación por navidad y lo ponía al día de los últimos acontecimientos, incluso después de...

Su voz fue apagándose y Jake la tomó del brazo con firmeza mientras atravesaban la puerta de entrada a la sala de estar.

—Deja ya de suavizar el tema —dijo él—. Tienes que explicarme

algo mucho más serio. ¿Para qué están las familias si no es para ayudarse en los momentos dificiles?

Espero que no vayas a decirme que considerabas una carga mi pequeña ayuda, y que ahora estarás encantada de librarte de ella.

Aunque las palabras podían sonar duras, su actitud resultaba dulce. Claire suspiró levemente y se dirigió hacia las escaleras. La cuestión económica era algo que tenían que tratar de arreglar entre ambos. Ella ya le había avisado a su madre de que su decisión de reembolsar a Jake el importe de la adquisición de Lark Cottage, y todos sus enseres, él lo tomaría como una ingratitud, y que podía herir sus sentimientos.

Y le agradecía a Jake que hubiese mantenido la promesa de que nunca, bajo ninguna circunstancia, dijese que la ayuda que prestaba a su madre había sido el único motivo por el que había aceptado casarse con él.

Entró en su habitación y cerró la puerta. Allí, rodeada de muebles de pino y antigüedades, las cortinas amarillas y grises a juego con el luminoso empapelado de las paredes y las gruesas alfombras sobre el suelo de madera de roble, Claire recordó la primera vez que llegaron a aquella casa. Liz se mostró sorprendida y aturdida cuando su hija le explicó que, aunque fuese demasiado moderno y sofisticado, ella y Jake preferían dormir en habitaciones separadas.

Pero Liz se asombraría mucho más si supiese que el matrimonio de su hija con su adorado yerno no era más que una especie de negocio beneficioso.

Colgó su abrigo de lana morado en el armario, sacó algunas cosas de la bolsa que podría necesitar durante los dos días que Jake había dicho que pasarían allí y disfrutó de la tranquilidad de la casa. Situada en las afueras de una pequeña aldea, Shropshire, era el lugar ideal para sosegar el alma.

No había nada más que hablar, se aseguró a si misma. Ella y Jake determinaron que pondrían fin al matrimonio cuando dejase de ser beneficioso para alguno de los dos. Y, por su parte, la utilidad del acuerdo había terminado con la herencia que su madre había recibido. Y, por parte de Jake, su falta de discreción con el asunto de la princesa romana, debía significar que él deseaba su libertad, aunque quizás él no fuese aún consciente de ello.

Así que sus días estaban contados, eran las últimas horas que pasarían juntos, y realmente no importaba, ¿o sí?

Se sentó frente a la ventana y observó el jardín. Un jardín que, incluso en aquella gris época del año, era el orgullo de su madre y su mayor entretenimiento.

Pensando en lo que resultaría inevitable, el deshacer los lazos que

los ataban, su mente vagó sobre los recuerdos de los años que habían vivido juntos. Recordó entonces el momento en que acordó casarse con Jake.

Tenía que remontarse a su niñez. Claire apenas recordaba a su padre, quien se marchó cuando ella estaba a punto de cumplir siete años. Aparentemente, él nunca deseó la responsabilidad de unos hijos, y Liz tenía treinta y ocho años cuando Claire nació. Liz siempre fue de naturaleza delicada y, tras el nacimiento, tuvo que abandonar su trabajo en la floristería. Aquello resultó una carga más para el padre, que nunca había deseado la paternidad.

Claire no reconocería a su padre si se cruzase con él por la calle, pero recordaba perfectamente la tensión que se vivía cuando se aproximaba el fin de semana. Su padre, que era representante, volvería a casa. Liz parecía asustada y temía cada vez más sus repentinos ataques de ira, su continuo mal humor.

Una vez, mucho después de haber desaparecido su padre, y del consiguiente divorcio, Claire preguntó a su madre la razón por la que había permanecido con él tanto tiempo. Liz palideció, como si la idea de abandonarlo no se hubiese cruzado nunca por su cabeza. Contestó simplemente, que ella había jurado sus votos de matrimonio de buena fe y que jamás los hubiese roto. Fue entonces cuando Claire se dio cuenta de que su padre había tratado un alma ingenua. confiada y cariñosa como a un felpudo. Se prometió a si misma que jamás permitiría que eso le ocurriese a ella.

Cuando su marido las abandonó, Liz tuvo que buscar un trabajo. Había traído al mundo a una niña a la que adoraba y, bajo ningún concepto, iba a faltarle comida para darle o ropa decente con que vestirla. Se mudaron a un piso pequeño porque Liz no podía afrontar el alquiler de la casa en la que vivían. Pero, de alguna manera, jamás faltaron los festines, la excursión a la playa en autobús cada verano, las fiestas de cumpleaños en las que todos sus amigos eran invitados, una obra de teatro en las navidades…

Todo a expensas de su salud. Pero fue muchos años después cuando Claire lo supo.

Liz trabajaba sólo media jornada, mientras su hija acudía a la escuela, Siempre insistió en estar en casa cuando Claire volviese del colegio. Se mataba a trabajar a cambio de un mísero sueldo, pero carecía de cualificación para acceder a puestos que le hubiesen supuesto mayores ingresos y menor esfuerzo fisico.

Tras conseguir el título de secretariado y después de un año de prácticas, Claire encontró trabajo en una agencia de alto nivel, de modo que así empezó a ganar más dinero. Insistió en que Liz dejase

los trabajos a tiempo parcial y Claire fue elegida para cubrir ocasionalmente el puesto de la secretaria personal de Jake, la cual se recuperaba entonces de una operación de apéndice. Liz sufrió entonces un ataque al corazón.

Claire anduvo fuera de sí, preocupada. Precisamente cuando ella empezaba a ganar lo suficiente para dar a su madre una vida más digna y fácil, el destino se encargaba de estropearlo todo.

Jake se portó de maravilla. Su simpatía y su apoyo fueron más allá de lo que cualquiera hubiese esperado, dada su posición. Insistió en quedarse junto a ella aquella horrible noche en el hospital, cuando nadie esperaba que su madre sobreviviese al ataque. Fue un apoyo impagable y Jake escuchó calladamente la historia de la vida de Claire.

Después, cuando la recuperación de su madre fue un hecho, Jake dio la noticia de que su secretaria había decidido dejar el puesto. Parecía que a su novio le disgustaba que trabajase hasta tarde y que tuviera que viajar con frecuencia fuera del país, siempre a merced de su jefe.

—Tengo qúe hacerte una proposición —le dijo él un día a Claire.

A pesar del tiempo transcurrido, recordaba perfectamente el más mínimo detalle, el tono de voz empleado, el modo en que el pálido sol de aquella tarde de invierno iluminaba la sala del apartamento de Londres a través de los grandes ventanales, y su brillante pelo negro, el tono verde oliva de su piel y las prominentes mejillas que hundían aún más en la sombra sus enigmáticos ojos.

Jake hizo a un lado el montón de papeles que había sobre la mesa en cuanto ella entró en el estudio.

—Siéntate, pon tu aguda mente en posición receptiva y escucha.

Ella se sentó. Las palabras de Jake le hicieron sonreír, aunque pronto se quebró su sonrisa. No podía apartar de su cabeza la preocupación por el futuro de Liz.

El excelente salario que cobraba significaba que su madre no volvería a tener preocupaciones económicas. Por otro lado, trabajar para esa empresa significaba que tenía que viajar con frecuencia incluso fuera del país. Eso significaba también que nadie podía quedarse con Liz para cuidar de ella, asegurarse de que comía lo que debía y que mantenía los períodos de descanso que tan importantes eran para su recuperación.

Y, probablemente, no pasaría mucho tiempo hasta que su madre, una vez que se encontrase bien, pretendiese buscarse un trabajo. Liz tenía su orgullo y no quería ser una carga. No desearía que su hija gastase la mayor parte de su salario en mantener a una madre ociosa.

—Como te he dicho, Anthea no va a volver, lo cual me plantea de nuevo el problema de no tener una secretaria personal permanente —gruñó Jake—. Todas vienen con las mejores cualificaciones y buenas intenciones, pero antes de que te des cuenta, encuentran alguna excusa poco convincente para marcharse.

Así que consideraba la vida amorosa de Anthea como una excusa poco convincente. Claire trató de controlar una inevitable mueca y dejó de lado sus propias preocupaciones para concentrarse en él.

Mientras ella permanecía sentada, Jake no dejaba de moverse por la sala, desplegando la incansable energía que Claire admiraba de él.

—¡Todas saben que un salario blindado es una compensación por todos los inconvenientes que puedan surgir! Y, Dios sabe que yo no soy un monstruo para el que trabajar, ¿o lo soy, Claire?

La miró con el ceño fruncido, como si no pudiese creer que alguien tan afortunado, que hubiese conseguido trabajar para él, se permitiese el lujo de dejarlo, cualquiera que fuese la razón. Ella apretó los dientes para controlar la expresión de su cara, que amenazaba con delatarla. Se limitó a sonreír ligeramente mientras asentía con el gesto.

No era un monstruo, desde luego. Exigente, brillante, incansable, capaz de soportar sesiones agotadoras sin que se resquebrajase ni un ápice su energía. Una energía que dejaba agotados al resto de los humanos, y casi siempre asombrados.

Pero solía ser atento y amable, nunca un monstruo.

—¿Alguna sugerencia?

Se había quedado parado de pronto, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón.

Sin preocuparse del tono agresivo que había empleado, ella lo miró con frialdad y replicó despacio:

—Contrate a alguien que no esté interesado en tener una vida amorosa. Una viuda, por ejemplo, de unos cincuenta años —Claire trataba de mantener la compostura—. O mejor, a un hombre. Un hombre que tenga una familia que mantener, y que agradecerá el espectacular salario y la oportunidad de escapar de los niños de vez en cuando.

¿Tal vez había sido algo agria? ¿Eran los recuerdos de la actuación de su propio padre?

—¿Se encargaría un hombre de preparar mi ropa, comprarme calcetines o cocinar de vez en cuando para mí? —preguntó sarcástico—. Y, tu supuesta viuda, ¿podrá mantener el ritmo de mis horarios?

La sonrisa de Jake era tensa, casi salvaje. Luego, tras un repentino movimiento que Claire ya esperaba, se sentó sobre el sofá que tenía frente a ella. Cruzó las piernas y comenzó a balancearlas mientras la

miraba despacio y minuciosamente.

—Después de desechar las posibles opciones, quiero que consideres mi proposición —dijo de manera casi lánguida—. Acepta el puesto. Trabaja para mí.

Permanentemente. Y para asegurarme de que no habrá excusas que te hagan renunciar al trabajo, me casará contigo.

¡Casarse! Los músculos de su estómago se contrajeron de repente. Esperaba que Jake le ofreciese el puesto, y ella estaba dispuesta a rechazarlo. El hecho de viajar frecuentemente de una punta del globo a otra con él, significaba que nadie podría cuidar de su madre. Pero ¡casarse! ¡Era lo último que esperaba que le ofreciese! ¡Era increíble!

—Y, antes de que pongas en palabras lo que ya expresa tu cara Claire lo escuchaba pasmada mientras un torbellino de ideas revoloteaba por su mente .

Escúchame con atención. Primero, el matrimonio no será consumado. Para los demás parecerá que somos la pareja perfecta, pero en privado serás tan sólo mi secretaria personal. Ni más, ni menos. Tu salario te será pagado en forma de renta, y ya verás que soy bastante generoso. Segundo, tendrás la seguridad económica y el lujo que mi esposa esperaría de mí. Por tu parte, yo tendría la continuidad de tu trabajo y la lealtad de tus servicios.

—¡Eso es una locura! —exclamó. Ignorando las sensaciones que la invadían, Claire le lanzó una mirada fría—. No negaré que pensaba rechazar el puesto, si ello significaba dejar sola a mi madre; pero usted no tiene necesidad de atarse a mí de ese modo, ¿no cree? Si encontrase a la persona ideal, entendería que le ofreciese ese contrato perfecto.

—¡Contrato en el que cualquier abogado inteligente encontraría miles de salidas!

—agitó la cabeza y se inclinó hacia ella ligeramente, suavizando los rasgos de su cara para tratar de ser comprendido—. Tú y yo nos llevamos bien, y no tengo pegas de tu trabajo. Las pasadas semanas lo demuestran. Y la noche que temiste perder a Liz, luego hablaré de ella, te abriste a mi lo suficiente para que me hablases de su desastroso matrimonio. Me confiaste que su experiencia, y la de unos cuantos amigos tuyos, te habían decidido a no someterte a ese compromiso con nadie. Entonces, dime, ¿cuál es el problema del acuerdo que te propongo?

—Usted —dijo con total honestidad. Se preguntaba por qué sentía la boca seca—.

Lo que es y lo que representa.

No necesitaba ir más allá, decirle lo que él ya sabía, que con su

apariencia tan sensual, su carisma, su posición y su poder, podía elegir a la mujer que desease. En lugar de eso, dijo:

—No puedo olvidar que usted es un extraño para mí y que, tal vez un día, se enamore realmente y quiera casarse y formar una familia que disfrute del imperio que usted ha creado. Y, cuando ese día llegue, yo tendré que irme con el único honor, si es que se le puede llamar así, de haber sido la primera esposa de Jake Winter.

Escuchando el matiz amargo de su propia voz, y sin entender qué razones tenía para ello, se recostó sobre los cojines del sofá a la espera de la reacción de Jake. Y se puso mucho más nerviosa después, cuando él simplemente desplegó su sonrisa más encantadora y contestó, sin dar mucha importancia al asunto.

—No voy a negar que soy un extraño para ti. De todas formas, aunque disfruto de la compañía femenina, trato de evitar los compromisos emocionales a largo plazo.

Para hacer que un matrimonio sea feliz, seguro y estable, hay que poner empeño. Y

yo no encontraría tiempo. Mi negocio demanda todo mi esfuerzo. Soy tan adicto a él que no necesito nada más. No tengo ni el tiempo ni las ganas de fundar una familia.

Me aburriría mucho. Y he comprobado que las secretarias y las amas de llaves dan muchos quebraderos de cabeza. Necesito a alguien que no se involucre conmigo emocionalmente, pero que esté ahí siempre que la necesite, donde quiera que yo vaya. Odio los hoteles, por eso tengo apartamentos en la mayor parte de las ciudades más importantes del mundo. Y necesito a alguien que organice tanto ini vida privada como las citas de negocios y, como ya he dicho —dijo haciendo una mueca—, que me compre los calcetines. O lo que sea. Por mi parte. hasta que no decida fundar una familia por mi cuenta. cosa que por el momento es inviable. los hijos de mi hermana serán mis herederos. Y, supongo que debería haber una cláusula, en el supuesto de que yo quisiera ser libre para casarme de nuevo, por la que recibirías una cantidad importante de dinero y propiedades. Si, por la misma razón, eres tú la que quieres marcharte, yo no te lo impediré, pero perderías ese privilegio.

El tono de voz que había adoptado Jake había convencido a Claire de que realmente se había tomado muy en serio toda ese discurso de locos. Estaba a punto de rechazar la propuesta amablemente cuando él se anticipó, tocando su fibra más sensible.

—En cuanto a Liz, y después de saber la opinión de su médico, te garantizo que su vida será muy confortable. En una casa de su propiedad y que tú elegirías, con una acompañante con conocimientos

de medicina que la cuide y le haga compañía.

Piénsalo, Claire. Piénsalo seriamente y dame tu respuesta por la mañana.

Jake se levantó, dando por terminada la increíble entrevista, y Claire, con las piernas temblorosas, salió del estudio. Recogió sus cosas y condujo hacia su casa absolutamente aturdida, ni siquiera había sido capaz de despedirse de él, porque su cabeza no paraba de dar vueltas a la idea.

Fue la perspectiva de un futuro mejor para Liz lo que inclinó la balanza. Era cierto, el trabajo que le ofrecía era un reto al que era difícil resistirse, y ella podría soportar el matrimonio como parte del trato. Tendría que verlo como una forma distinta de trabajar, la intimidad de su relación sólo la conocerían Jake y ella. Pero pensar que su madre podría por fin relajarse, vivir una vida confortable y fácil, en una casa bonita con un precioso jardín con el que Liz tantas veces había soñado… Si a eso añadía que, donde quiera que fuese Claire, Liz estaría acompañada y atendida…

Eso llevó a Claire, al día siguiente, al apartamento de Jake convencida de aceptar la propuesta.

—Gracias. No te arrepentirás —dijo Jake muy tranquilo.

Persuadir a Liz para que aceptase la caridad de Jake iba a ser otra cuestión.

Ella conocía a Jake, por supuesto, y aunque le asombraba lo precipitado de la decisión, estaba encantada con el proyecto del matrimonio. Su querida hija se había enamorado de un hombre que velaría por ella el resto de su vida. ¿Acaso podía una madre pedir más? Pero vivir de la caridad era diferente.

Aunque Claire puso todo su empeño, Liz se negaba a aceptar. Tuvo que ser Jake el que resolviese el asunto. Simplemente le dijo:

—Dentro de tres semanas me casaré con tu hija. Eso hará que empieces a formar parte de mi familia, te guste o no. Y, ¿qué hombre, especialmente teniendo tanto dinero como yo, permitiría que uno de los miembros más importantes de la familia, malviva en un piso mediocre en un barrio cualquiera de Londres?

Y así, encontraron Lark Cottage y lo amueblaron a todo confort. Sally Harding, una antigua enfermera, severa pero muy amable, fue contratada. Todo eso, al igual que el acuerdo matrimonial, lo habían llevado muy bien hasta ese momento. Hasta el momento en que la herencia de su madre le permitía valerse ya por sí misma.

Una llamada impaciente en la puerta sacó a Claire de su ensimismamiento. Estaba anocheciendo. Parpadeó mientras observaba a Jake que entraba en la habitación. Su impresionante figura parecía

minimizar el resto de los elementos del dormitorio. Su rostro carecía de expresión alguna. De pronto, sus ojos buscaron la mirada de Claire.

—Liz está en la mesa impaciente por servir el té. Al igual que Sal. ¿Qué tal si te unes a nosotros y les das una alegría?

Claire se levantó despacio. Había perdido la noción del tiempo. Compartir el té de Sal, con tres distintos tipos de delicados sandwiches, montañas de esponjosos pasteles, porciones de tartas, una selección de dulces caseros..., no le atraía mucho en ese momento.

Suspiró y Jake entornó los ojos al oírla. Hizo un gesto para que saliese ella primero y, el tono de su voz cuando habló, crispó los ya alterados nervios de Claire.

—Liz está tan encantada de sentirse de repente independiente que he tenido que aceptar que viva a partir de ahora a sus expensas. De todos modos —añadió con un gesto tenso—, eso no te da derecho a poner fin a nuestro acuerdo. Sólo una cosa puede hacerlo, no lo olvides.

Capítulo 3

UNA SOLA cosa».

El sólo aceptaría la separación en el caso de que alguno de los dos se enamorase de outra persona.

Claire se abrochó el cinturón de seguridad, al tiempo que Jake se colocaba en el asiento del conductor. Ella no lo miró. En lugar de eso, se esmero por parecer concentrada y relajada mientras despedía a Liz y a Sal.

Por alguna razón, los dos días que habían pasado en Lark Cottage habían resultado muy tensos. Normalmente no era así. Claire disfrutaba de los momentos que pasaba junto a Liz, y actuar como si ella y Jake fuesen la pareja perfecta, nunca había supuesto un problema antes. Ello se debía, en parte, a la habilidad de Jake para conseguir que todo el mundo se sintiese relajado. Y eso siempre ocurría cuando visitaban a Liz.

Así que, Claire no podía culpar a Jake, al menos abiertamente. La única razón por la que había consentido casarse con él había sido la de asegurar el bienestar y el futuro de su madre. Pero, para él, el hecho de no tener que seguir manteniendo a Liz no contaba. Lo había dejado bastante claro. Y lo que más le preocupaba a ella era la estúpida sensación de alivio que sintió cuando él lo manifestó.

—¿Sigues insistiendo en no quedarte en Litherton hasta que me reúna contigo en navidad? —preguntó Jake sarcástico.

Conducía el potente coche a través del laberinto de callejuelas estrechas que les llevaría, en unos minutos, al hogar de la familia Winter.

Ella asintió, con la mirada fija en el horizonte, mientras se mordía el labio.

Algo se agitaba en su interior, sus sentimientos eran contradictorios. No quería quedarse en Litherton sin él, eso lo tenía muy claro. Y además, cuando creyó que la herencia legada a Liz significaría el final de su matrimonio, se sintió desconsolada.

Pero se negaba a reconocer que dependía de la presencia de Jake. Tarde o temprano, ese matrimonio llegaría a su fin. Y, teniendo en cuenta la indiscreta relación de su marido con la princesa italiana, sería más temprano de lo que esperaba.

Sin haberse dado cuenta, Claire se había dejado seducir por la seguridad que Jake le proporcionaba. Ya era hora de hacer algo al respecto.

—No, lo he pensado mejor. Caminar por el campo, respirar aire fresco y disfrutar del fuego junto a la chimenea y de las estupendas comidas de Emma, me sentará bien

—le dijo con una indiferencia que no sentía.

Y se odió a sí misma por sentirse tan mal después de haber hecho lo correcto. Se acababa de forzar a separarse de él durante dos semanas, lo cual evidenciaba que el final se hacía cada vez más real y estaba más cerca.

Jake le lanzó una mirada que le pareció triste antes de volver a dedicar su atención a la carretera.

—Bien. Me alegro que hayas recuperado el sentido común. No hay necesidad de que te quedes en Londres tú sola. Yo me voy a Roma, necesito resolver un excitante negocio que tengo entre manos.

La voluptuosa princesa, por supuesto. Pero, ¿tenía que ser tan grosero con respecto a esa cuestión? En otros tiempos, él hubiese querido que ella viajase junto a él, para concertar sus citas, preparar los temas y darle su opinión mientras tomaban una copa, ya de vuelta en el hotel.

Pero nunca volvería a ser así. Y no hacía falta ser muy suspicaz para entender la razón.

De mala gana, Claire se permitió mirar durante un momento el perfil de aquel rostro salvajemente atractivo. ¿Se daba cuenta Jake de que crecía entre ellos la mala hierba?, ¿que su indiscreción les iba a conducir a la ruptura? ¿que él, por fin, había encontrado a la mujer con la que fundaría un hogar?

Volvió la vista al frente, la desesperación nublando sus ojos. Haber accedido a quedarse con la hermana de Jake y su marido era la decisión acertada. El proceso de habituarse a vivir sin él estaba a punto de empezar.

Litherton Court pertenecía a la familia Winter desde hacía varias generaciones. La robusta casa de piedra, construida durante el reinado de Elizabeth Tudor, aparecía ante sus ojos especialmente impresionante aquella mañana luminosa. Sumida en esos pensamientos iba Claire mientras emergía del bosque que rodeaba la casa, y contemplaba el extenso jardín primorosamente verde que la realzaba.

La luz del sol se reflejaba en los elegantes parteluces de las ventanas. No era la primera vez que Claire se preguntaba cómo Jake había podido deshacerse de aquella vasta propiedad, cediéndola a su hermana Emma el día que se casó con Frank.

Pero era imposible imaginar al incansable, al dinámico Jake Winter, asentado en ese lugar y administrando esos terrenos, pensó Claire, al tiempo que metía las manos dentro de los bolsillos de su abrigo de piel. Además, conociendo a Jake, ¿había algo más natural que ceder a su hermana aquella casa el día de su boda?

Cuando Jake tenía veinticinco años, y siendo ya un talento en el mundo de los negocios, sus padres murieron en un accidente de carretera. Emma tenía dieciocho años. La doble tragedia les conmocionó a ambos, pero especialmente a Emma. Le llevó mucho tiempo sobreponerse, y Jake se erigió en su protector. Hasta la aparición en escena de la princesa, Claire creyó que Emma era la única mujer menor de sesenta años por la que Jake sentía verdadero cariño y respeto. Sus experiencias con las mujeres le habían convertido en un cínico. Pero, ¿era consciente de que acababa de enamorarse y estaba a punto de comprometerse para siempre con la mujer de su vida?

Jake era un experto en adivinar las razones que llevaban a la gente a tomar ciertas determinaciones, y las motivaciones por las que actuaban de un modo u otro. Pero,

¿era capaz de reconocer que su propio desliz no era más que el deseo de demostrar ante todos sus intenciones con esa mujer?

Aunque aquello no había sido un desliz, sino algo premeditado. Nadie podía acusarlo de ser un hombre que no sabía lo que hacía. Durante los dos años de su matrimonio, debió vivir algún romance ocasional; era demasiado viril como para no haberlos tenido. Pero jamás hubo un escándalo, nunca un indicio.

Lo de entonces era distinto.

Claire frunció sus finas cejas, mientras regresaba a la casa por el camino que conducía a la puerta trasera. ¿Cuántas veces, durante los cinco días que Jake llevaba en Roma, se había preguntado lo mismo? No había dejado de asaltarle siempre la misma pregunta, ¿estaría Jake con Lorella Giancotti en ese mismo instante? ¿Le estaría contando todo sobre su matrimonio de conveniencia, algo que había sido un secreto entre ambos hasta entonces? ¿Harían planes? ¿Le prometería una anulación rápida? ¿Le pediría matrimonio?

Las decisiones que él tomase sobre su vida privada no le importaban. Ella se había casado por razones prácticas, con los ojos bien abiertos. Siempre supo y aceptó que el día que él se enamorase de otra mujer, le pediría la anulación. Entonces, ¿por qué se sentía como si todo su mundo se estuviese derrumbando?

Porque su ruptura matrimonial significaría el fin de su empleo, se contestó ella misma con decisión.

Abrió la puerta de la verja que permitía atravesar el robusto muro de piedra que rodeaba el jardín, y que lo separaba del resto de la propiedad.

De pronto, se sintió aliviada. Silbó alegremente a los dos pequeños perros labradores y al viejo pastor que la habían acompañado en su

paseo aquella mañana.

Sonrió al verlos correr hacia ella. Alguna vez había escuchado decir a Emma que jamás podría tener tantos perros. Pero estos parecían estar por todos lados, unos enroscados sobre los sofás, otros sobre la alfombra, al calor de la lumbre… Y, porque Frank amaba devotamente a su rellenita esposa, lo consentía de buena gana.

Una vez que los perros atravesaron la puerta, Claire cerró la verja, sintiéndose contenta por primera vez después de mucho tiempo.

Ella disfrutaba con su trabajo, basado en continuos retos y discusiones. Disfrutaba de las alabanzas que Jake le regalaba tan generosamente, de la camaradería que inevitablemente surgió entre dos personas que trabajaban tan de cerca y que se admiraban y respetaban. Pero no podía pretender seguir así una vez que se hubieran separado. La gente se extrañaría si ella continuase trabajando para su ex marido después de que él se hubiese casado con otra.

Por lo tanto, debió ser la perspectiva de perder su trabajo la responsable de la tristeza que la invadió desde que vio aquella fotografia en el periódico. Claire intuyó las consecuencias de aquella indiscreción. Pero, cuando Liz le contó a Jake lo de la herencia, también pensó, equivocadamente, que él pondría fin a su matrimonio; al fin y al cabo, las condiciones dejaban de ser las que ellos habían firmado. Pero Jake, ante todo, era un hombre de honor.

El alivio que sintió Claire debió reflejarse en su rostro porque, cuando entró en la confortable cocina, Emma, que calentaba leche para añadirle al café de media mañana, se volvió hacia ella entusiasmada.

—¿Qué ha pasado para que estés tan contenta? Parecías muy triste desde que se fue Jake. Yo pensaba que echabas de menos a tu hombre, pero Frank creyó que estabas enfermando.

A Claire no le gustó saber que sus sentimientos eran tan evidentes, pero disimuló su turbación con una sonrisa mientras se encogía de hombros.

—¡El aire fresco y un poco de ejercicio hacen milagros! Hace una mañana deliciosa y, si te mantienes activa, no notas el frío. Los perros también han disfrutado mucho.

Como se imaginaba, la mención de los perros fue suficiente para cambiar de tema.

Emma acarició a los perros que acababan de regresar y se habían sentado a su vera, jadeantes. Claire se hizo cargo de la leche.

Ella y Emma simpatizaron desde el primer encuentro. Jake insistió en que Claire pasase las primeras navidades allí. Acababan de

prometerse, todo un récord de noviazgo, y él la llevó a conocer a la única familia que le quedaba. Las últimas navidades que pasaron allí, ya como matrimonio, Jake dio las mismas razones que Claire a su madre en lo referente a su preferencia por mantener habitaciones separadas. Y allí pasarían las próximas navidades también juntos. Por última vez, suponía.

Jake siempre pasaba esas fiestas en Litherton, y se mostraba impaciente con que Emma le diese sobrinos para que él pudiese disfrutar con ellos y maleducarlos. Pero Emma no tenía ninguna prisa. Dedicaba su tiempo a sus perros y a su marido, por no hablar del absorbente trabajo diario que suponía administrar esas tierras; si bien, recibía, en alguna ocasión, la ayuda de Frank, que era el contable de la impresionante fortuna de Jake.

Claire sentía profundamente no poder intimar más con su cuñada. Emma era abierta y alegre, y nada le hubiese gustado más que tener largas charlas confidenciales con la mujer de su hermano. Pero Claire, viendo los peligros que ello entrañaba, se mantuvo hermética y reservada y rechazó las confidencias. Tan sólo ella y Jake sabían que su matrimonio era un pacto de conveniencia. Ambos deseaban mantenerlo en secreto.

—Hoy estaremos solas las dos—declaró Emma cuando Claire terminó de preparar el café—. Frank se ha ido a pasar el día con Liz. Tal vez debería haberte avisado, pero creo que van a hablar de inversiones todo el rato. ¡Qué aburrido!

Emma simuló un bostezo exagerado y Claire esbozó una media sonrisa. Una de las primeras cosas que Jake hizo al llegar a Litherton fue contarle a Frank la nueva situación económica de Liz.

De momento, lo tiene todo en su cuenta bancaria, pero quiero que vayas a verla.

Tú puedes conseguirle algo mejor.

Claire apartó de su mente el recuerdo de Jake cuando sonó el teléfono.

Ella intentaba pensar en su matrimonio como algo pasado, con más o menos éxito, por eso, cuando advirtió que Emma estaba hablando con Jake, el corazón le dio un vuelco. Y, obviamente, estaban hablando de ella, a juzgar por las palabras de Emma.

—No. Sólo para hacer algunas compras de navidad. Tomó prestado uno de los coches y se fue a pasar el día fuera.

Claire pudo observar la expresión contrariada en el rostro de su cuñada y supo que Jake estaba interrogándola. Él sospechaba aún de la llamada de teléfono con la que había interrumpido a Claire, y eso la enfureció. Porque, ¿quién era él para indagar en sus asuntos privados,

cuando los suyos estaban reflejados hasta en los periódicos? El debía estar esperando para terminar con su matrimonio cuando le conviniese. Y, mientras tanto, trataba de asegurarse de que ella no atacaría primero.

—Claro que no me he ido con ella—dijo Emma a punto de perder la paciencia—.

A mi me gusta hacer las cosas temprano, ya lo sabes. No. No. ...Escucha, ella está aquí, así que pregúntaselo tú mismo.

Le pasó el auricular a Claire mientras Emma se encogía de hombros.

—¿Preguntarme qué? —dijo Claire en tono indiferente.

El breve silencio que siguió a sus palabras fue estremecedor y, por alguna razón que no podía comprender, su corazón comenzó a latir a toda prisa, sin ningún control; luego, se enfureció cuando le escuchó decir con cierto descaro:

—Trataba de informarme sobre lo que hace mi esposa en su tiempo libre. Ya habrás hecho todas las compras, supongo, ¿O quizás has olvidado algo vital? Seguro que tienes que pasar otro día más en la ciudad, ¿me equivoco?

Si el suyo hubiese sido un matrimonio normal, Claire habría pensado que las sospechas de Jake, que creía que ella se estaba viendo con alguien en la ciudad, eran celos. Pero en su caso, Claire sabía que a Jake tan sólo le interesaba no quedar como un tonto.

Ella odiaba esa situación. Hasta el día en que él regresó de Roma, se habían llevado muy bien, y su amistad era realmente profunda. Reprimió el impulso de seguirle la corriente, lo cual hubiese hecho más difíciles las cosas y menos llevadera la separación.

—¿Cómo lo has averiguado? ¡Qué rabia! ¿Quieres informarte sobre alguna otra cosa, o puedo irme? Se me está enfriando el café.

—No, no puedes irte.

El tono de su voz consiguió enfurecerla aún más. Era el tono que empleaba cuando tenía que reprender a alguno de sus subordinados porque había hecho algo que le disgustaba. Nunca antes lo había empleado con ella. Continuó hablando con voz arrogante.

—Voy a comprar una propiedad en Haveling. El agente te llevará las llaves por la mañana. En cuanto lo haga, quiero que vayas allí y me esperes. Yo llegaré al mediodía. ¿Lo has entendido?

—Sí —respondió ella.

Pero ya no hablaba con nadie. Se puso colorada. ¡El había colgado el auricular!

¡Así de simple! ¿Cómo se atrevía a tratarla como si fuese una mera empleada con la que, de repente, había perdido la paciencia?

Pero era una empleada. Eso había sido siempre para él, recordó volviendo así a la realidad.

—¿De qué se trata? —quiso saber Emma—. Nunca lo había visto tan irritable.

¿Alguien le ha dado algún disgusto?

Emma siguió cortando un pedazo del pastel de fruta y, de pronto, miró a Claire fijamente.

—¿Tú? exclamó sorprendida, como si por fin hubiese dado con la solución de un enigma—. Antes de irse me dijo que no te perdiera de vista. Dijo que estaba preocupado por ti. Que estabas agotada. Pero me pareció nervioso, como si hubiese algo más. ¿Me equivoco?

—Claro que no. ¿Qué más podría haber?

Claire se sentó junto a la mesa y trató de mostrarse relajada mientras sujetaba entre las manos la taza de café. Emma no era estúpida. Jake debió haber pensado que su hermana deduciría que algo extraño ocurría. Sus manos sujetaron con más fuerza la taza. Le extrañaba que a Jake se le hubiese escapado ese detalle. Era la persona con más control sobre las situaciones que jamás había conocido.

Enamorarse de la princesa, evidentemente, le había afectado. Pero Emma no debía enterarse de que algo raro estaba ocurriendo. Ante el más leve indicio de problemas, se preocuparía tanto que Claire terminaría contándole toda la verdad, para su propia desesperación.

—Va a comprar una propiedad en Haveling, al menos eso ha dicho —dijo Claire para compensarla.

No era algo extraño. Dos meses atrás, Jake había adquirido unos terrenos que incluían un antiguo caserón de una plantación en el Caribe. Ultimamente, se encontraba en el proceso de transformación de todo aquello en un exclusivo hotel.

—El agente me traerá las llaves mañana. Jake volverá de Roma para encontrarse conmigo allí.

—¡Haveling! ¡Es uno de los pueblos más bonitos que puedas imaginar! Y está a tan sólo veinticinco kilómetros de aquí. Le había dicho a Jake una y mil veces que ya era hora de que se asentase en algún lugar adecuado. El piso de Londres es maravilloso, por supuesto, pero no cuenta. No, si tú estás pensando en echar raíces y empezar, por fin, a formar una familia. Sería maravilloso, ¿no crees? Seríamos casi vecinos y tú podrías visitar a Liz mucho más a menudo, ¿verdad?

Emma no sabía lo lejos que estaba de la realidad. Sonriendo, atrapada en sus propias fantasías, cortó otra porción de pastel y la depositó en un plato que dejó sobre la mesa.

Claire bajó la cabeza, angustiada. Pensar en la comida le hacía

sentirse mal. Emma había adornado el pastel con una rosa multicolor, pero Claire la veía negra. Deseó por un momento que todo aquello fuese cierto, pero desechó inmediatamente ese pensamiento. Se odiaba por ser tan estúpida.

—Déjame pensar… —murmuraba Emma antes de llevarse a la boca una cucharada de pastel. Hace tiempo que no voy por Haveling. Hay un montón de casas preciosas, pero creo que son demasiado pequeñas. La casa Georgiana que era el rectorado, detrás de la iglesia, es una posibilidad. Hay otra casa encantadora, algo alejada del pueblo, rodeada de preciosos jardines. Harnage Place, creo que se llama.

Esa sería perfecta. No puedo esperar hasta que llegue el agente y lo sepamos seguro.

Deberías haber pedido a Jake más datos. No importa… ¡Oh! ¡Es maravilloso!

Claire dejó de escuchar. Era demasiado doloroso. Podía haber muchas razones por las cuales Jake había comprado una casa en esa zona. Un futuro hotel, un centro de salud, un lugar de conferencias… o cualquier otra posibilidad. Pero la más acertada y sensata parecía ser la que Emma acababa de proponer.

Jake se había enamorado, quería atarse a su princesa para el resto de su vida, quería que ella fuese la madre de sus hijos… Necesitaba, en una palabra. formar un hogar.

Pensar en ello no iba a ayudarle mucho, así que decidió prestar toda su atención a los perros, que habían olfateado la presencia del dulce. Se dedicó a trocear su porción de pastel en partes iguales que, después, se aseguraba de distribuir de forma equitativa.

Emma había acertado con sus suposiciones, pensó Claire a la mañana siguiente, mientras conducía el coche prestado por una ancha avenida enlosada de piedra Harnage Place era la casa que Jake iba a comprar y, desde luego, era el lugar ideal para formar una familia. Era lo suficientemente grande como para albergar media docena de niños; y el aspecto exterior era precioso.

Su moral se vino abajo. Aquello era una señal más de lo que iba a ocurrir.

Con las rodillas temblorosas, bajó del coche. El aire fresco de la mañana le azotó en la cara y sintió un escalofrío por todo el cuerpo. Las ventanas de la casa la observaban calladamente desde la elegante fachada, pero Claire las ignoró, irguió los hombros y caminó con paso firme hacia la puerta principal.

Era su trabajo, nada más, tuvo que recordarse a sí misma. Tal vez, una de las últimas obligaciones que Jake le pediría. Y su sueldo era demasiado alto como para protestar. Ella estaba allí para evitar que

Jake tuviera que desplazarse a propósito para recoger las llaves. A él no le gustaba perder el tiempo ni el esfuerzo.

Consideraba que estas características eran demasiado valiosas como para malgastarlas. Y por esa razón, y no otra, Claire estaba allí.

Con una sensación de profundo abatimiento, introdujo la llave en la cerradura.

Deseaba encontrar cada uno de los rincones de Harnage Place repugnantes. No quería que le gustase nada del futuro hogar de Jake, el hogar que formaría con su princesa romana.

Era una ironía, pensó desolada mientras abría finalmente la puerta, una gran ironía que aquel día coincidiese, precisamente, con su segundo aniversario de boda.

Capítulo 4

CLAIRE ESPERABA encontrar la casa vacía, fria y oscura; con telas de araña y polvo y humedad en las paredes. Pero no fue así. Ni siquiera estaba completamente vacía.

El suelo de madera de la preciosa entrada brillaba como recién barnizado, al igual que la curvada balaustrada oscura que subía hacia el piso de arriba. Y las paredes, no sólo las de la entrada, sino también las de la habitación que encontró a la derecha y que no pudo evitar curiosear, estaban recién pintadas. Las habían decorado con un sofisticado colorido que contrastaba de forma exquisita con los zócalos y alquitrabes blancos.

—¡Dios mío! —exclamó admirada.

Era un lugar muy acogedor y cálido. Se desabrochó los botones del abrigo; los vendedores habían debido dejar conectada la calefacción central.

Aquel lugar podía habitarse desde ese mismo momento, y parecía muy tranquilo.

Ni siquiera se habían llevado todos los muebles. Quedaban algunas exquisitas antigüedades en aquella habitación que parecían haber sido creadas especialmente para ese lugar.

Regresó a la entrada, aún perpleja. ¿Cuánto tiempo habría estado Harnage Place en el mercado inmobiliario? Jake había viajado mucho últimamente; entonces, ¿cómo se había enterado de que la vendían? Porque, si él hubiera estado en trámites de conseguir la casa durante algún tiempo, ella lo hubiera sabido. En los últimos dos años, Jake no había concluido ningún negocio sin haberlo consultado previamente con ella.

¿Habría comprado aquel lugar mientras se encontraba con la princesa? ¿Habría mantenido las negociaciones en secreto deliberadamente? ¿Le había pedido a Claire que estuviese allí aquel día para comunicarle el fin de su matrimonio y el porqué?

«No puedo soportarlo», pensó de repente, sintiendo que su estómago se contraía y empezaba a encontrarse mal. Pero sabía que tenía que afrontarlo. Cuando escuchó la llegada de un coche y el profundo silencio tras la parada del motor, Claire supo que no estaba preparada para oír lo que él tenía que decirle. Se colocó el abrigo por encima de los hombros mientras todo su cuerpo temblaba.

De alguna manera, la misma desesperación la ayudó a sobreponerse ante la adversidad. Escuchó el inconfundible sonido de la puerta del coche que se cerraba.

Luego, unos pasos firmes sobre las escaleras de piedra que conducían a la puerta de entrada.

«Todo va a estar bien», se repetía mentalmente una y otra vez. No tenía que preocuparse. No tendría problemas para encontrar otro trabajo, aunque no fuese tan estimulante como el actual. Estaba muy bien cualificada.

Pero, justo en el momento en que la puerta se abrió, comprendió que su trabajo no tenía nada que ver con su frustración.

Jake llevaba el elegante chaquetón negro que ella misma le había comprado el año anterior en Italia. El pelo oscuro, ligeramente ondulado y mojado a causa de la fina lluvia que caía en el exterior, enmarcaba los rasgos perfectos de su rostro. En ese momento, Claire supo que lo echaría de menos como si de una parte de su propio cuerpo se tratara; que, cuando lo perdiese, algo en su interior moriría.

Durante los interminables segundos mirándose en silencio, advirtió que, bajo la apariencia tranquila de Jake, su mente debía estar bullendo de excitación. Lo notaba en el brillo especial de sus ojos grises.

Aquellos ojos que la miraban con una intensidad que ella sentía como algo fisico, y que conseguían dejarla sin aliento y la hacían estremecer. Hipnotizada por aquella mirada profunda, se preguntó desde cuándo lo amaba, y por qué, hasta ese mismo instante de locura, no había sido capaz de admitirlo conscientemente. De repente, acababa de salir de la oscuridad en la que había estado sumida, y esa percepción la decepcionó.

¿Por qué tuvo que ser en ese momento? ¿Por qué entonces, cuando todo indicaba que él deseaba casarse con la mujer que amaba?

La necesidad de ocultar ese tormento interior hizo que su rostro adquiriese un aspecto pétreo.

—¿Te gusta? —le preguntó Jake.

Claire apartó los ojos de su mirada, cargada de entusiasmo.

—No he visto mas que una de las habitaciones; pero sí, parece que el lugar promete.

Si Jake advirtió el aire distante que ella proyectó en sus palabras, no hizo ningún comentario. Tal vez estaba demasiado entusiasmado con sus propias expectativas como para percatarse de lo que le sucedía a ella.

Jake cerró la puerta de entrada, se quitó el chaquetón y lo colgó de cualquier manera sobre la oscura balaustrada de madera, como si de ese modo tratase de añadir el toque personal a la casa.

—Bien—asintió él.

Claire deseó haber insistido en que la acompañase el agente de ventas. No quería estar a solas con Jake, al menos no en ese momento. Era demasiado doloroso.

—¿Piensas comprarla? —preguntó Claire indiferente.

Estaba levantando un muro entre ellos, era necesario. Pero odiaba hacerlo. Echaba de menos los días inocentes en los que lo trataba como a su mejor amigo. Jake escondió las manos en los bolsillos del pantalón mientras se balanceaba ligeramente sobre los pies.

—La he comprado. Firmé el contrato hace seis semanas. Los electricistas, fontaneros y decoradores se fueron hace unos días. Utilizaban la llave que el vendedor te llevó esta mañana—lanzó a Claire una mirada divertida—. ¿Sorprendida de lo que puede conseguir un cheque en blanco?

Seis semanas atrás habían volado desde Hong Kong. Para pasar un par de días, había dicho Jake, para tomar un respiro. Ella comió con unas viejas amigas y él, según dijo a Claire, se había relajado en el apartamento de Londres, sin hacer nada.

Sin embargo, realmente, había estado consultando abogados, firmando escrituras, contratando servicios, sin duda a los mejores en sus especialidades. Jake sólo se conformaba con lo mejor.

Desastroso. Que ella supiera, Jake jamás le había ocultado nada antes. El dolor era demasiado profundo como para poder soportarlo.

Su romance con Lorella Giancetti debía durar mucho más de lo que Claire había imaginado. Siempre había veces, al final de las estancias en cualquier país, que ella debía adelantarse a Jake al próximo lugar de trabajo, especialmente si planeaban quedarse en alguno de los apartamentos que poseían. Ella debía acondicionarlos y ponerlos en funcionamiento, así como preparar las diversas citas.

Debía ser en esos momentos cuando Jake aprovechaba para ver a su amante. La princesa, y los planes que tenía con ella, debían ser las razones por las que Jake mantuvo esa compra en secreto.

—¿Por qué? —preguntó Claire.

En realidad, no quería escuchar la respuesta. Jake retorció el gesto y se encogió de hombros.

—Para vivir en ella, por supuesto. Después de muchos años de vagar de un lado para otro, ya es hora de echar raíces. ¿Y dónde mejor que aquí? Cuando era niño me fascinaba este lugar. Montaba a caballo por esta zona y siempre llegaba hasta esta casa. Me atraía como un imán. A los catorce años, me hice la promesa de que algún día viviría aquí. Yo le dejé Litherton a Emma cuando se casó, como ya sabes, y no me arrepiento de ello. Así que, cuando empecé a plantearme asentarme en alguna parte, pensé inmediatamente en esta casa. Les hice una oferta a los dueños que no podían rechazar Jake consultó su reloj—. Ven, echaremos un vistazo.

Claire advirtió la energía que emanaba de él, podía sentir su

entusiasmo que hacía vibrar su impresionante cuerpo. Mientras tanto, el nudo de su garganta se hacía, cada minuto, más dificil de soportar.

Ella tembló y respiró hondo. Un paseo por la casa era imposible. Tenía que marcharse. No podría sonreír, ni exclamar con ilusión cuando contemplase las habitaciones que él compartiría con su mujer. Los imaginaría juntos, comiendo, relajados, riendo, haciendo el amor...

Volvió a respirar profundamente y, por fin, lo soltó.

—Mejor, no. ¿No debería ser Lorella Giancetti la primera que lo viese? Tú has comprado esta casa para ella. Quieres casarte con ella, formar un hogar; no trates de negarlo.

Ya lo había hecho. Entonces, él tendría que dejar de fingir que no pasaba nada.

Tendría que decir la verdad. La espera parecía insoportable. Estaba exhausta tras el esfuerzo que había supuesto expulsar lo que lleyaba dentro.

—¿Por qué dices que ella tiene que ser la primera? —su mirada atónita dejó confusa a Claire. Ella cerró los ojos mientras le escuchaba incrédula—. Si tú eres capaz de imaginarte a la princesa viviendo en la Inglaterra profunda, tienes más imaginación de lo que jamás hubiera pensado. Ella es una mujer de ciudad.

Claire podía escuchar su voz cada vez más cerca. Abrió los ojos, sus ojos grandes e inmensamente azules. La voz de Jake sonaba cálida, y él entornó los ojos ligeramente. Parecía muy satisfecho de sí mismo.

—No tengo ninguna intención de casarme con la Giancetti. Estoy casado contigo,

¿recuerdas? No pienso hacer uso de la cláusula de renuncia, eres demasiado valiosa.

Un bien personal. ¿Podemos empezar?

¡Así de sencillo! Ella lo miró atónita. ¿Quiso decir exactamente lo que había dicho?

¿que no tenía intención de poner fin a su acuerdo porque ella era demasiado valiosa para él? Así que Jake no pensaba casarse con la voluptuosa princesa italiana. ¡Tendría que conformarse con ser la consentida e indulgente amante! Y ella, Claire, tendría que hacer la vista gorda y ser una buena esclava.

Esclava o compañera, ¿qué importaba? Tenía que terminar de todos modos, eso era lo único que sabía. No podía continuar como hasta entonces; no, amándolo como lo amaba... No con la Giancetti amenazante, siempre en la trastienda...

Claire ignoró la invitación de acompañarlo a visitar el resto de la casa y permaneció de pie.

—¿Podría pedirte que fueses más discreto en adelante, si es que no quieres que corran rumores sobre el posible final de nuestro matrimonio perfecto… —pronunció las últimas palabras con sorna en las páginas de todas las revistas del país? Estoy segura de que no ha sido la única vez que has salido con esa mujer, ni será la última.

Pero trata de que el romance no salga a la luz en el futuro.

Mientras pronunciaba esas palabras, Claire sintió que se le revolvía el estómago.

Pero pronto la pálida piel de su rostro se sonrojó cuando escuchó a Jake, muy cerca de ella:

—Creo que estás celosa.

—¡No seas absurdo!

La negativa escapó de su boca instintivamente. Y se dispuso a reforzar sus palabras añadiendo con mucha calma:

—Los dos sabíamos que era posible que algo así ocurriera, tarde o temprano. ¿Por qué, si no, estuvimos de acuerdo en que existiese una cláusula especial en un caso como éste? Si has tenido otras aventuras, nadie lo sabe, y yo menos. Eres muy escurridizo en ese tema, o muy serio.

Se dio la vuelta y se dirigió hacia la entrada, con la espalda erguida.

Probablemente se dirigía hacia la zona de la cocina. No lo sabía ni le importaba. Si Jake trataba de establecerse en aquel lugar, tendría que contratar servicio. Un lugar como ése no podía abandonarse a su propia suerte, como hacía con los apartamentos que había adquirido por todo el globo. Y ella no estaría junto a él para hacer los honores.

De alguna manera, Claire tendría que convencer a Jake para que aceptase poner fin a su relación, que se había hecho insostenible.

Pero él era un hombre de honor; siempre cumplía su palabra y esperaba que los demás hiciesen lo mismo. Recordaba haber comprobado su ira cuando uno de sus socios le jugó una mala pasada. Jake le castigó justa y bastante duramente.

Si ella se marchaba y lo dejaba, para provocar así la anulación del matrimonio, él se aseguraría de que Claire no volviese a encontrar trabajo. Al menos, no en el campo para el que ella estaba cualificada. Jake era un gran amigo, pero un temible enemigo.

—Vas en la dirección equivocada.

El contacto de las manos de Jake sobre sus hombros la estremeció. Colocó a Claire frente a él. Ella lo estaba mirando y se sintió muy frágil, como si fuese a saltar en mil pedazos de un momento a otro, porque él estaba junto a ella, tocándola, y el contacto físico era tabú entre ambos. Al menos, lo había sido en el pasado, pues parecía que

Jake se inclinaba, en ese momento, por cambiar la situación; lo cual, era una traición, dadas las circunstancias.

Los labios de Claire temblaron cuando, de la mirada de Jake, desapareció el aire burlón. La miraba dulcemente, y su voz sonó más suave que nunca, como si entendiera lo que le ocurría, como si quisiera calmar su dolor.

Pero no podía, pensó Claire furiosa. No podía saber lo que sentía por él, ella misma acababa de reconocerlo.

—Relájate, Claire—murmuró mientras entornaba los ojos grises recubiertos de largas pestañas, negras como el azabache—. ¿Por qué estás tan tensa? Dime qué te preocupa.

La sujetó con más fuerza entonces, las puntas de sus dedos enviaban ráfagas de excitación a las partes más secretas del cuerpo de Claire.

Ella jadeó, tratando desesperadamente de ignorar aquella dulce e incesante sensación. Se humedeció los labios con la lengua. Aquella era su oportunidad, tal vez, la mejor que se le iba a presentar.

—Debo advertirte..., todos los planes que estás haciendo para el futuro... esta casa.

Sabía que sus palabras no tenían sentido, a pesar de que trataba de que no fuese así. Jake pensaría probablemente que era una estúpida. Pero no podía hacer nada para evitarlo. Volvió a tomar aliento y advirtió entonces los veloces latidos de su corazón.

—No le queda ni un día, Jake. Me refiero a nuestro acuerdo. Yo... Ha funcionado bien mientras nos convenía a ambos. Pero ya no—añadió con mucha menos convicción de la que hubiera deseado.

La sensación de silencio total, la fría, vacía ausencia de sonidos, fue horrible. Y fue peor el dolor inmenso que sintió en el alma cuando Jake la soltó despacio, y el tono de su voz se endureció.

—¿Por qué? Yo estoy bien así. ¿Qué ha pasado para que quieras dejarme?

¿Qué podía ella decir? ¿Que lo amaba? ¿Que no podía seguir viviendo con él siendo su esposa... sin serlo? ¿Que el acuerdo que a él le convenía, se había convertido en una pesadilla para ella? Porque lo amaba, y la pesadilla se intensificaría cada momento que pasasen juntos.

—Estoy aburrida; necesito cambiar.

Se encogió de hombros tratando de parecer despreocupada, pero no supo si lo había conseguido o no; no sabía nada. ¿Como podía sentirse tranquila?

Claire esperaba incredulidad, burla, una demostración de orgullo herido. Después de todo, ¿cómo podía cometer la temeridad de estar

aburrida junto a ese hombre? Lo que no esperaba era la mirada despreocupada de los ojos de Jake, el modo en que dijo:

—¿Eso es todo? —como si lo que ella había declarado le resultase irrelevante—.

Creo que yo puedo remediar tu aburrimiento. Y si son nuevos retos lo que deseas, pensaré en algo.

Colocó la mano sobre la espalda de Claire, tratando de que se pusiera en movimiento, pero ella se resistió tozuda.

Lo último que deseaba era un nuevo reto.

Tal vez Jake estuviera bromeando. Ella no tenía el coraje suficiente para mirarlo a la cara y averiguarlo. Pero sabía que él no la estaba tomando en serio. Así que decidió no darse por vencida tan pronto.

—Lo que quiero decir Jake, es que necesito irme. Nada permanece inalterable para siempre.

Arriesgó una mirada y observó que él la estaba juzgando. Conocía muy bien ese modo de mirar. Utilizaba su mente como si se tratase de una computadora, examinando toda la información procesada, calculando, tratando de encontrar un camino que condujese a la verdad.

El no deseaba perder los impagables servicios que Claire le prestaba; el hecho de tener que plantearse la posibilidad de contratar ayuda de nuevo, le pondría de mal humor. Pero, ¿pensaría que ella podría soportar dejar las cosas como estaban, actuando como su secretaria, paño de lágrimas y niñera, ama de casa e incluso cocinera, cuando se quedaban en alguno de los apartamentos?

Ella jamás le había hecho creer que pensaba permanecer con él para siempre. Jake era plenamente consciente de que ella había consentido la propuesta de matrimonio a causa de Liz. El médico que trataba a su madre le había advertido que le quedaba poco tiempo de vida, pero que, tal vez, con mimos y cuidados, libre de preocupaciones, el siguiente y probablemente último ataque al corazón, podría retardarse.

Por lo tanto, ella jamás le había dicho que sería para siempre.

—¿Estás segura? De repente, me dices que necesitas marcharte y pones como excusa que te aburres—Jake torció la boca en lo que pareció una parodia de sonrisa

—. Perdóname si te digo que mientes, cariño. ¿Quieres que lo comprobemos?

El tono irónico de su voz la dejó en blanco; no sabia qué responder. Por supuesto que estaba mintiendo. No se había aburrido ni un sólo instante durante los pasados dos años. No sabía cómo Jake pretendía echar por tierra sus argumentos, tampoco le iba a preguntar,

ni se iba a quedar allí para averiguarlo.

—Tengo que irme.

Consultó su reloj de pulsera y se abotonó el abrigo apresuradamente tratando de dar credibilidad a sus palabras. Al menos, eso esperaba.

—¿A dónde?

Estaba preparada para la pregunta, pero le sorprendió la absoluta tranquilidad e intensidad de sus ojos grises.

—Vuelvo a Litherton —-respondió intentando no vacilar demasiado—. Emma estará preocupada.

No lo estaría; por supuesto que no. Y Jake lo sabía y contestó con sorna.

—¿Vas a seguir diciendo mentiras? Emma sabe perfectamente dónde estás y con quién, como tú sabes muy bien—agarró a Claire del brazo con firmeza—. No seas mala. Estamos perdiendo el tiempo. Hay algo que quiero que veas. Trata de complacerme, por favor.

El contacto con su piel, la cercanía de su cuerpo mientras caminaban por la casa echó por tierra la decisión que había tomado. La relación entre ambos sufrió un cambio irreversible desde el momento en que Jake regresó de Roma y Claire le puso aquel periódico delante de sus narices. Nunca antes se había enfadado con ella, ni se había burlado, ni la había forzado. La suya era una relación entre iguales, cómoda y agradable, basada en la amistad y el respeto mutuo.

Pero ella sentía que ya no eran iguales; ella era dominada. No iba a permitir que Jake Winter se comportase de mala manera y no tuviese en cuenta sus deseos. Pero no iba a presentar batalla frente a él, porque sabia que sería vencida. Además, pensó mientras trataba de humedecer su reseca garganta, nada iba a cambiar por tratar de complacerlo, como él deseaba. El tiempo que les quedaba de estar juntos tenía las horas contadas; cada segundo les acercaba más al fin, le gustase a Jake o no.

Iba sin aliento, a punto de echarse a llorar mientras él la llevaba de la mano a través de la biblioteca. Los vacíos estantes de caoba, protegidos por elegantes puertas de cristal, parecían no acabar nunca. Las grandes zancadas de Jake no se detuvieron hasta llegar ante una puerta panelada al fondo. Allí se detuvo, con una mano agarró el picaporte de porcelana y, con la otra, buscó la mano de Claire. Oleadas de sensaciones atravesaron su cuerpo mientras se aferraba convulsivamente a la mano de Jake, incapaz de resistirse. El fuego de su piel contra la de él era una droga tan potente que podría convertirse fácilmente en una adicción.

Se esforzó en intentar volver a la realidad y separarse de él. No debía traicionarse a sí misma, deseaba ser suya, sentía la desesperada necesidad de estar con él para siempre, pero amando y siendo amada.

El se adelantó a Claire y abortó su incipiente intención de soltarlo de la mano. La voz de Jake sonó profunda y dulce, con un tinte triunfalista ante su nuevo desafio.

—Dime que esto te aburre y te diré que mientes. Por tercera vez en menos de una hora.

Y abrió la puerta que conducía al paraíso.

Capítulo 5

FUE COMO entrar en otro mundo. Una primavera perenne en el más crudo momento del mes de diciembre. Claire se quedó sin aliento. Todo lo que pudo hacer, durante un largo rato, fue mirar a su alrededor, con la boca entreabierta y los ojos muy abiertos.

El invernadero victoriano era inmenso. Una gran cúpula de cristal absorbía los tímidos rayos del sol de invierno, amplificándolos, dando un brillo opalescente a la estancia, que permitía el crecimiento de toda uma rica jungla, y enviaba oleadas de distintas fragancias y evocaba lugares exóticos.

—¡Es increíble!

Se volvió hacia él, con los ojos brillantes y una sonrisa bella y sincera. El dolor de su amor por él desapareció momentáneamente de su mente, dejando paso a la maravilla de aquel suntuoso, perfumado y exótico lugar un lugar perfecto.

Jake le devolvió una amplia sonrisa y, entonces, volvió a sentirse afligida, acosada por ese dolor inmenso, como si miles de cuchillos le taladrasen el corazón. Tratando de volver a la realidad, separó su mano de la de Jake y se dio la vuelta. Deseaba que su sufrimiento no se intensificara y se hiciera tan insoportable que no pudiese disimularlo delante de él.

—A mí también me impresionó la primera vez que lo vi, hace muchos años—le dijo Jake mientras ella se alejaba—. Solía atar el caballo al final de la pradera, alejado de la casa, y venía caminando hasta aquí. Como te dije, la casa me fascinaba, pero no reparé en el invernadero hasta que un día vi brillar la cúpula bajo los rayos del sol.

Una de las puertas estaba abierta y entré, tratando de no ser visto. Los propietarios de entonces, un anciano que vivía con su hermana, tenían fama de ser muy ricos, pero un poco locos. No les gustaba la gente y vivían dedicados a su colección de plantas. En aquel momento, juré que la casa sería mía algún día.

—Lo comprendo.

Claire había recuperado de nuevo el control, intentando concentrarse en lo que estaba viendo, sin pensar en nada más. Debía disfrutar y apreciar ese instante porque mañana, y todos los mañanas a partir de entonces, serían tristes y monótonos. El no estaría junto a ella; por tanto, su futuro se limitaría a dejar pasar los meses y los años, y ella aprendería, poco a poco, muy despacio, a sobrevivir sin él.

—¿Sabes cómo se llaman todas estas plantas? —le preguntó, por decir algo—. Y, lo que es más importante, ¿sabes cómo cuidarlas?

Claire podía reconocer las más conocidas, orquídeas, lilas, camelias, jazmines..., pero la mayoría le resultaban extrañas.

—No, pero conozco a un hombre que es un experto.

Notó el entusiasmo en su voz mientras caminaba hacia ella. Claire acarició con los dedos una de las hojas arqueadas de una palmera miniaturizada. Trataba así de ocultar el pesar que debía reflejar su rostro mientras él seguía hablando.

—La pareja a la que le compré la casa, el anciano que la había heredado de su tío y que vivía aquí con su hermana, no sabía nada sobre plantas, y mucho menos sobre sus cuidados. Emplearon a un jardinero para que se dedicase a ellas todo el día; ese hombre seguirá aquí conmigo, al igual que las otras dos personas que cuidan el jardín y una pareja que viene cada día desde el pueblo para limpiar la casa.

Tenía todo organizado, ¿es que acaso esperaba ella menos de él? Pero iba a darse cuenta enseguida de que no todo iba a salir como él quería; no importaba lo bien planeado que lo tuviera. No podía obligarla a quedarse con él, no de ese modo, del modo en que las cosas estaban entonces.

Pero no iba a pensar en eso, al menos de momento. Comenzó a caminar lentamente. Pasó delante de él y se detuvo frente a una hilera de naranjos, plantados sobre unas cajas de madera blanca y, de pronto, observó maravillada un amplio remanso de agua, rodeado de verdes plantas, y una elegante escultura, medio escondida entre la exuberancia de aquella jungla; reflejados en el agua tranquila, advirtió los colores dorados de algunos peces que se movían serenamente bajo la superficie, aleteando lacónicos.

—¡Increíble! —susurró.

—¿Se acabó el aburrimiento? —preguntó Jake.

Ella lo miró, sonriendo ligeramente y olvidando sus penas.

—Sabes cómo sorprender a la gente—afirmó—. Este lugar es fabuloso, como un cuento de hadas. Es tan maravilloso, tranquilo y…

El poder de descripción le falló al intentar reflejar en palabras las maravillas que tenía ante ella y las fragancias que aspiraba. Jake alargó el brazo hacia su rostro y acarició las mejillas de Claire.

—Sensual es la palabra que estás buscando. El aire que se respira aquí es denso y sensual.

Sus dedos recorrieron las comisuras de los labios de Claire y ella lo miró, perdiéndose en su mirada con los labios entreabiertos.

No pudo evitarlo, le traicionaron los instintos que había intentado ocultar. Jake inclinó la cabeza, como si fuese a besarla, y el pulso de Claire se aceleró. Su relación no era física, y él jamás había mostrado el más mínimo deseo de cambiar las cosas.

Ella le hubiese respondido, si él lo hubiera intentado, pero las cosas también habían cambiado para él, tanto como para ella…

Jake no la besó; por supuesto que no. ¿Por qué iba a hacerlo si tenía a la princesa italiana para satisfacer ese tipo de necesidad?

—Pareces una chiquilla en el país de las maravillas. Encantadora— dijo altanero—.

Deja que te ayude a quitarte el abrigo, aquí hace mucho calor.

Así que, el peligro, el momento de confusión, había pasado. Ella le permitió que la ayudase a quitarse el abrigo porque no se le ocurría otra cosa que hacer ni qué decir.

Deseó que la hubiera besado. Sólo esperaba que él no se hubiese dado cuenta.

Jake se colgó el abrigo de Claire sobre el brazo y consultó su reloj. No era la primera vez que hacía ese gesto, y ella supuso que tendría alguna cita inexcusable, para comer, tal vez, o quizás tenía que tomar algún vuelo. Volver a Roma, O ¿estaría la italiana en Inglaterra, tal vez en el apartamento de Londres, esperando ansiosa su llegada? No iba a preguntarle porque prefería no saberlo. La ignorancia era menos dolorosa que la verdad.

Incluso sin el abrigo tenía demasiado calor, pero resistió el impulso de desabrocharse la chaqueta pues recordó, justo a tiempo, que debajo llevaba tan sólo el sujetador. Sin pensarlo, Claire eligió aquel día un traje de Romeo Gigli verde oliva, en lugar de los vaqueros y los jerseys que utilizaba cuando permanecía con Emma.

¿Porque sabía que a él le gustaba? ¿Porque Jake admiraba su elegancia? ¿Se había vestido, inconscientemente, para el hombre de su vida durante todo ese tiempo, para el hombre que amaba sin siquiera saberlo?

Claire estaba aprendiendo cosas nuevas sobre ella misma y tenía dificultades para afrontarlas. Y sabía que seria mejor irse en ese momento a Litherton para tratar de averiguar de qué modo podía forzar a Jake para poner fin a su acuerdo. Pero, se encontró incapaz de resistirse a él cuando la tomó de la mano y la llevó hacia el otro lado del lago interior.

Al contrario que ella, Jake vestía de modo informal, con unos pantalones de algodón negros y una camisa de seda salvaje, color crema, que realzaba los tonos dorados de su piel. Estaba muy sexy, quitaba el aliento, derrochaba masculinidad; y el contacto con su mano era pura dinamita y enviaba corrientes de explosivas sensaciones al cuerpo de Claire.

Jake era letal, pensó ella, mientras se sentaba tímidamente sobre una de las mullidas y robustas sillas eduardianas que rodeaban una mesa del mismo estilo. Era letal, y una amenaza para todo el sexo femenino.

—Hora de comer—dijo él.

La miró como si ella estuviera incluida en el menú, lo cual consiguió ponerla aún más nerviosa. Pero esa afirmación rebatió su teoría de que Jake tendría alguna cita prevista. Se sintió ridículamente aliviada, lo cual, unido al estado de nervios en el que se encontraba sumida, la confundió aún más.

—¿Has comprado unos bocadillos de jamón? —se burló Claire.

No tuvo que esperar una respuesta a su absurda pregunta, porque dos camareros vestidos de un blanco impecable aparecieron de pronto de entre la jungla tropical, uno con un carrito, el otro con una bandeja sobre la que había una botella de champán rodeada de hielo y dos copas.

—Creo que he podido conseguir algo mejor—murmuró él sonriente.

El camarero llenó las altas copas de cristal tallado y colocó sobre la mesa un recipiente con hielo, repleto de caviar ruso, y adornado con rodajas de limón. Y, sólo cuando los dos camareros desaparecieron discretamente, Claire fue capaz de articular palabra.

—No irás a decirme que también heredaste a esos dos del propietario anterior.

¿Viven aquí? ¿Dónde estaban escondidos?

Sabía que estaba balbuceando, pero no podía evitarlo. Creía que todo aquello era un sueño, donde todo podía ocurrir, y probablemente, ocurriría.

Jake untó un poco de caviar negro sobre una tostada caliente.

—Ellos y el cocinero llevan en la cocina una hora, por lo menos. Los contraté para que nos hicieran la comida. No hay ningún misterio. Les di instrucciones para que sirviesen la comida exactamente una hora después de mi llegada.

Entonces, esa era la razón por la que miraba de vez en cuando su reloj.

—¿Por qué? —preguntó Claire.

¿Por qué todo ese lío?, se preguntaba. ¿Era ese gesto de vanidad su modo de celebrar la adquisición de la casa que había deseado desde su niñez? Debía ser así, se contestó ella misma, mientras daba nerviosos sorbos al champán deliciosamente frío.

Era una pena que aquello hubiese ocurrido precisamente el día en que había tomado la determinación, por fin, de pedirle la anulación de su matrimonio.

—¿Por qué no?—sus ojos brillaron como el reflejo de la luna sobre el mar—. Pero si es que necesitas una poderosa razón para celebrar algo. ¿no te parece que la fecha es suficiente? Después de todo, es

nuestro segundo aniversario, O, ¿te habías olvidado?

Claire hizo una mueca de dolor. El era inconsciente de la ironía, por supuesto, pero eso no evitó que se sintiera herida. Se aferró a la superficie helada de la copa y tomó un sorbo pequeño, y luego un poco más, tratando de aliviar la sequedad de su garganta.

—No lo había olvidado—dijo por fin—. Es, simplemente, que nuestro matrimonio no es de esa clase; y tu lo sabes.

—¿Quién mejor que yo? —respondió algo seco.

Y luego, recostándose sobre el respaldo de la silla, Jake la observó en silencio. Sus ojos enigmáticos recorrieron las facciones clásicas y encantadoras de Claire. Su flequillo de sedoso pelo negro contrastaba con la pálida claridad de su piel.

Ella bajó la vista, con los dedos temblorosos mientras deshacía una miga de pan en diminutas piezas. Advirtió, por primera vez, el leve sonido de los ventiladores de bronce de estilo colonial que removían el aire allí arriba, suspendidos bajo el altísimo y espléndido techo de cristal pandado.

Si aceptaba el reto de aquella mirada, sabía que vería en ella un matiz de culpabilidad. Jake no podría disfrutar la vida si tenía a alguien como ella controlándola. Por principio, no se fiaba de sus ayudantes, por mucho dinero que les pagase o muy buenas referencias que trajesen. Pero sabía que Claire era la única persona en la que podía confiar plenamente, la persona que estaba allí para hacer su vida más fácil, y a ella, precisamente la había traicionado con la princesa italiana.

Por lo tanto, él debía sentirse culpable.

Deseaba que volvieran los camareros para recoger las cosas y para romper el insoportable silencio. Claire se irguió estremecida cuando la voz de Jake adquirió un tono susurrante.

—Pero eso podría cambiar, ¿verdad, cariño? Como bien dijiste antes, nada permanece inalterable para siempre. Nuestro acuerdo ha funcionado perfectamente.

¿Aceptarías el reto de un cambio en nuestra relación?

Claire palideció de pronto. Así que, ¿estaba sugiriendo Jake que su relación podría cambiar? ¿que su matrimonio podría ser real, con todo lo que ello implicaba?

Si él lo hubiese sugerido meses atrás, antes de que ella supiera de su romance con la italiana, romance que Jake, definitivamente, no había negado, ¿habría aceptado la proposición? Claire sabía, sin ninguna duda, que lo hubiera hecho, porque lo amaba desde el primer día. Disfrutaba de la inteligencia de Jake, de su incansable y sensual personalidad, y Claire se excusaba pensando que era su trabajo lo que

adoraba.

El esperaba una respuesta, ella lo sabía, pero era incapaz de articular palabra. Su lengua parecía haberse convertido en un pedazo de madera. Estaba segura de que sus cuerdas vocales habían sufrido un espasmo. Jamás se sintió tan feliz como cuando vio a los dos camareros aparecer, en silencio, por el camino que se abría paso entre las plantas tropicales. Uno, limpió la mesa; el otro, colocó media docena de recipientes con ensaladas de distintos tipos y sirvió un revuelto de carne con champiñones acompañado de un buen vino tinto. Para alivio de Claire, Jake no volvió a mencionar la posibilidad de un cambio en su relación; y su tristeza se fue evaporando conforme avanzaba la comida. Sirvieron un exquisito suflé de frambuesa que ellos acompañaron con champán a discreción. Tenía que confesar la habilidad de Jake para sorprenderla.

El la embrujaba, era la mejor forma de definirlo, pensó Claire. Intentaba absorber cada minuto del único y, probablemente, el último interludio de felicidad entre ambos. Jake la había cautivado de nuevo, con el mismo agudo ingenio que Claire aprendió a admirar en él, con su deliciosa habilidad para reírse de si mismo y que evidenciaba una enorme simpatía y un gran sentido del humor. Eso le hacía parecer más humano y encantador que cualquier otro hombre que ella había conocido.

Encantador...

Al final siempre volvía a lo mismo. Con los ojos iritantes, Claire le sostuvo la mirada en un gesto de aceptación absoluta. No pudo hacer otra cosa. No era capaz de luchar contra el amor; Jake la intoxicaba más que el champán o las exóticas fragancias que los rodeaban. Y cuando él se levantó y le tendió la mano, ella a tomó, y lo siguió lentamente, sin ningún esfuerzo.

—Sirvan el café en las tumbonas, luego pueden irse—le dijo Jake a uno de los camareros—. Ya no necesitaremos ayuda.

«Hablará por sí mismo», se dijo Claire, porque ella no era capaz de arreglárselas sola. Estaba inmersa en un sueño maravilloso donde la lógica y el control sobre: que ocurría no existían. Creía que podía echarse a volar en cualquier momento.

Y el camarero, de rostro afable, se fue en silencio tras servir el café. Daba la impresión de que, tanto para él como para sus compañeros, era habitual servir comidas exquisitas para dos personas bajo una cúpula de cristal.

Jake la llevó hasta una terraza apartada rodeada de verdes viñas que, pensó Claire, estarían repletas de racimos de uvas en el verano. Se acercaron hacia un rincón íntimo, con varias tumbonas y mesas

bajas; el lugar ideal para relajarse.

Claire no esperó la invitación para sentarse; las piernas le temblaban, en parte por culpa de la cantidad de champán que había bebido durante la comida, decidió alegremente. Sentada sobre el extremo de una de las tumbonas, observó a Jake servir el café. Sus movimientos, como siempre, eran elegantes y diestros. Podría pasarse horas mirándolo sin problema, era pura poesía visual. Pero trató de simular que no pensaba en nada cuando Jake la miró de reojo, inesperadamente, y la pilló desprevenida y perdida en su ensoñación. En cuestión de segundos, ella trató frenéticamente de cambiar la expresión de su cara.

¿Se habría dado cuenta de lo que estaba pensando?. Se preguntó horrorizada.

Parecía que así había sido, dado el modo en que la miraba Jake en aquel momento, con los ojos entreabiertos y mirada calculadora. Claire sintió como si él la hubiese robado sus más íntimos pensamientos sin permiso. Se estremeció ligeramente ante aquella especie de violación espiritual, pero pronto se olvidó de ella. Advirtió la mirada tierna y el brillo plateado de los ojos de Jake.

—Parece que fueras a perder el tren, Claire. ¿No te ha ayudado el champán a relajarte? —preguntó él mientras reclinaba a Claire sobre el respaldo de la tumbona

—. Estabas muy tensa cuando llegué, con tu bella cabecita llena de pájaros. Pero me he propuesto conseguir que vuelvas a tu estado normal antes de que salgas de esta casa.

El problema era que el champán había cumplido su misión demasiado bien; sólo el alcohol era el responsable del modo en que se reclinó sobre el asiento, sin oponer ni la más mínima resistencia. ¿Pensaba en serio Jake que era bella? ¿Tanto como la princesa? Por supuesto que no, ¿cómo iba a ser así? Claire entornó los párpados tratando de esconder la aparición de unas repentinas y estúpidas lágrimas. La había acusado de tener pájaros en la cabeza; debía referirse Jake al aburrimiento que ella había confesado y a la sinrazón de esa excusa como pretexto para poner fin a su acuerdo.

Y, por parte de Jake, eso no tenía sentido. Era algo rechazable porque sencillamente, a él no le convenía. El quería estar en misa y repicando.

Pero Claire no pensaba consentir esa situación ni un solo instante; se sentía demasiado confusa y débil. Jake se sentó a los pies de la tumbona y, lentamente, le quitó a Claire los zapatos. Comenzó a masajearle los pies con movimientos tan diestros, tan sensuales, que ella ni pudo ni tuvo la voluntad de evitarlo.

La sensación era absolutamente erótica y supo que debería poner fin a esa escena, especialmente cuando una de las manos de Jake comenzó a ascender hacia los muslos, acariciando la parte trasera de sus rodillas, por encima de la falda; y luego, siguió subiendo, más arriba, cada vez más, hasta que sus dedos encontraron lo que buscaban. Bajó entonces la estrecha cremallera que se encontraba en un lateral de la falda.

—¿Mejor? ¿Más relajada?

Jake acercó sus caderas a las de Claire. Y, del mismo modo que fue incapaz de detener sus caricias, parecía incapaz entonces de articular palabra. No iba a contestar,

¡pero no pensaba reconocer que se encontraba mucho mejor!

Claire ardía en un fuego interior que se reflejaba en su rostro. De su garganta escapó un sonido indescifrable que podía significar cualquier cosa. Le alegró que los dedos fríos de Jake recorriesen su cuerpo antes de comenzar a desabrochar los botones de la chaqueta de Claire.

La temperatura tropical convertía el traje de fina lana en un purgatorio; el contacto del suave y costoso tejido contra su sensibilizada piel se hacía insoportable.

Echó hacia atrás la cabeza, como una flor partida por el tallo, y se arqueó levemente para facilitar que Jake le quitara la preciosa chaqueta, que él dejó caer al suelo como un trapo.

Despacio, muy despacio, volvió a colocar a Claire sobre el respaldo del asiento y ella, a pesar de tener los ojos cerrados, supo que Jake estaba contemplando su cuerpo. Podía sentirlo, percibirlo por las respuestas de su propio cuerpo, por el modo en que los músculos de su estómago se contraían, por el calor sofocante que de pronto la invadió, por la forma en que sus pechos se tensaban y oprimían el algodón del sujetador que lucía.

Y supo también que, tal vez, debería sentirse avergonzada. Pero no era así. Era Jake el que estaba desvistiéndola, así que todo era correcto. Más que correcto; era maravilloso. Era la liberación de la frustración que sin haber sido consciente, soportaba desde hacía dos años.

Perdida en las deliciosas sensaciones que la invadían, dejándose hacer, como si fuese una muñeca con la que él jugaba a su antojo, Claire decidió que debía participar en el juego, y miró a Jake a través del velo de sus largas pestañas negras.

Los afilados y bellos rasgos de Jake se veían salpicados por pequeñas gotas de sudor, oscureciendo y haciendo brillar los tonos dorados de su piel. Aquello añadía magia al misterio de su

masculinidad.

Sin saber ni importarle por qué, se recolocó sobre la tumbona para facilitar las cosas cuando Jake trató de desabrochar, sin éxito, la apertura del corriente sujetador blanco que lucía.

Y ni siquiera la mera funcionalidad de la prenda le avergonzaba. Aunque solía gastar bastante dinero en ropa para agradar a Jake y proyectar la imagen que él esperaba de ella, algún reducto puritano de su inconsciente la mantenía en la idea de comprar sujetadores sencillos, sin ninguna connotación, porque no quería que él pensase que ella trataba de seducirlo, o al menos que no perdía la esperanza.

Una vez liberada de las ataduras, Claire no pudo evitar una sonrisa. Jake pretendía aligerarla de ropa y lo había conseguido con creces, irremediablemente.

Estaba tan ligera que sentía que era capaz de flotar en el aire. La intensidad de la mirada de Jake, que la miraba como si fuese la mujer más deseable del mundo, y su masculina boca entreabierta, no ayudaban en nada para hacerla volver a la realidad.

Pensaba que sus pies no volverían a tocar nunca el suelo.

Y entonces, rodeó con sus brazos el cuello de Jake, hundiendo los dedos en la espesura de su pelo negro

y le acarició la nuca. Y vio cómo cambiaba el color de sus ojos, que brillaban de satisfacción, y su voz densa y dulce como la miel mientras decía su nombre.

—Claire, mi amor...

Entonces, se inclinó hacia ella; y sus labios tomaron posesión de su boca y de todo su cuerpo y su alma, que lanzaba llamas incandescentes mientras Claire se sometía al poder de sus labios ardientes. Entonces supo que aquello estaba bien, que era perfecto, porque era lo que ansiaba. Y le hizo saber a Jake lo desesperadamente que lo deseaba, y demandó sus caricias, probando el sabor de sus labios y ahondando en ellos, jugando a apartarlos, respondiendo con su cuerpo a las exigencias de ambos, con movimientos explícitos contra el cuerpo de Jake, aferrándose a él porque no podía soportar que aquello acabase.

Por fin, él la tomó en un abrazo posesivo y salvaje, mientras acariciaba su pelo y murmuraba su nombre, una y otra vez, con voz densa y profunda. Claire lo agarró estremecida, con la certeza de que se habían embarcado en un viaje que sólo tenía un destino, salvaje y exultante, e inevitable.

¿Habría sabido Jake durante aquellos dos largos años, lo que ella ni siquiera sospechaba hasta hacía unas horas? ¿que con sólo tocarla sería capaz de transformarse en una mujer lasciva e insaciable? ¿Por

eso había mantenido la distancia fisica entre ellos y había esperado hasta el momento oportuno para ambos?

Claire sintió el fuerte palpitar del corazón de Jake mientras ascendía sus manos hacia su cuello para desabrocharle la camisa. No se había dado cuenta de que la tarde de invierno languidecía enviando, a través de los cristales, millares de brillantes rayos sobre el abundante y lujurioso follaje verde, sobre aquel exuberante caos tropical. Y Claire respiró aliviada cuando las manos, ya no tan firmes, de Jake empezaron a bajarle la falda.

Ninguna mujer en el mundo podría esperar un lugar más bello para el primer viaje al éxtasis con el hombre amado. Incluso más allá del éxtasis, pensó febril, respondiendo estremecida a las seductoras caricias de Jake.

Y el perfumado silencio se veía roto tan sólo por el ritmo enfurecido de la respiración de Jake, y por los propios jadeos y gemidos de placer de Claire. La voz de él sonó espesa mientras sus manos y su boca no dejaban de explorar el cuerpo estremecido de Claire.

—Voy a hacer que esto sea lo más dulce y memorable que recuerdes. Dime qué es lo que más te gusta, recuerda que tenemos todo el tiempo del mundo. Y, cuando hayas llegado al límite, esperaremos un poco y volveré a llevarte allí otra vez…

Y entonces, Jake se irguió muy tenso. Claire, en su delirio, también oyó algo. Los pasos de alguien que se acercaba. Y, de pronto, la voz de Emma.

—¿Estáis aquí? He buscado por toda la casa. ¡Vuestros coches están fuera, así que tenéis que estar en alguna parte!

Capítulo 6

CLAIRE HIZO lo que pudo para olvidar la interrupción de Emma el día anterior..., y lo que había interrumpido.

Pero su mente se veía asaltada por continuos recuerdos e imágenes recientes; la sensación de no haber podido alcanzar la gloria, el momento en que Jake se levantó rápidamente, abrochándose la camisa, y se dirigió apresurado al encuentro de su hermana. Claire se vistió, mientras tanto, con las manos temblorosas, dolorosamente frustrada, herida al pensar que si no hubiese sido por la oportuna interrupción de Emma, ella se habría entregado a Jake, en cuerpo y alma, hipotecando su futuro, atándose emocionalmente a él para siempre, sabiendo que su amor nunca sería correspondido, que siempre le asaltaría la duda sobre dónde estaría él, y con quién, cuando estuviese fuera.

Se detuvo a respirar y se apoyó en uno de los impresionantes muros de Litherton.

No deseaba encontrarse con él, pero llevaba fuera varias horas, desde primera hora de la mañana, caminando entre bosques y praderas, atravesando arroyos, hasta que se encontró exhausta y el sentido común le indicó que debía regresar; no podía esconderse para siempre.

La noche anterior le había resultado fácil, relativamente. Creyó morir de vergüenza cuando Jake regresó al invernadero con una entusiasta Emma del brazo, mientras Claire temblaba, incapaz de forzar una sonrisa cuando su cuñada la abrazó entusiasmada.

—¡La ha comprado! ¡me lo ha dicho! Oh, lo deseaba tanto... ¡seremos prácticamente vecinos! No os habrá importado que haya venido a meter mis narices aquí, ¿verdad? ¡Es que no podía quedarme en casa ni un minuto más sin saber nada!

¿No creéis que éste es el invernadero más maravilloso del mundo? Si fuese mío viviría en él, ¡no le haría caso al resto de la casa!

E insistió en verlo todo, hasta el último rincón, y Jake hizo los honores. Y si la inoportuna curiosidad de su hermana le había provocado un sentimiento de frustración, no lo demostró. En cuanto a Claire, siguió a Jake y Emma por toda la casa mientras registraban todas y cada una de las preciosas habitaciones. Se sintió vacía, carente de respeto hacia sí misma, vacía de esperanza, de la loca esperanza de que él la amase de la misma manera que ella lo amaba a él.

Si no la hubiesen embrujado la magia de las manos de Jake, sus labios, sus ojos; si la llama de sus propios deseos no hubiese impedido el paso a su capacidad para razonar, se hubiese dado cuenta de cuáles eran las verdaderas intenciones de Jake, y habría sido capaz de

manejar la situación sin que se le escapase de las manos. Pero la había embrujado; y Claire no fue capaz de pensar friamente. De regreso a Litherton, cada uno en su propio coche, fue cuando ella comprendió qué era lo que tenía que hacer, aunque no sabía si tendría valor para llevar adelante su plan.

El pretexto de un dolor de cabeza, esa vez real, le garantizó una noche tranquila.

—¿Vaz a cenar? —le preguntó Emma. He preparado pollo al limón, el plato favorito de Frank. Si no te apetece, ¿quieres que te prepare leche caliente y unas galletas? Te lo subiré a la habitación. Estás pálida y tienes mala cara. Esperemos que no te hayas resfriado. He oído que hay una epidemia de gripe en el pueblo.

Claire rechazó el ofrecimiento y salió de la sala de estar aprovechando que Jake estaba aún en la entrada, hablando con Frank, que acababa de volver de su visita profesional a Liz. Atravesó la cocina y subió por la escalera traser hasta su cuarto.

Cerró la puerta con llave y decidió que si alguien subía, Emma con el vaso de leche o Jake para terminar su asunto inacabado simularía que estaba profundamente dormida.

Y, esa mañana, salió antes que nadie se hubiese levantado; ni siquiera los perros tuvieron ganas de irse con ella. Debieron pensar que estaba loca; estaba amaneciendo y no había apenas luz en el exterior, y los cómodos sofás, las blandas alfombras y el calor de la calefacción eran más atrayentes que la penumbra del amanecer de un frío día de diciembre.

Loca o no, el largo y solitario paseo había aclarado su mente, desterrando por fin los matices emocionales. Decidió lo que tenía que hacer y se propuso mantenerse firme en su decisión porque, aunque la alternativa era demasiado atrayente, era inviable.

Permanecer al lado de Jake, permitir que su matrimonio fuese auténtico pero sin aceptar el compromiso de abandonar a terceras personas, sería tan degradante y doloroso que no lo podría soportar.

Y no pretendía suicidarse por amor.

Con la cabeza alta y el paso firme, se dirigió hacia la casa y fue saludada con entusiasmo por la habitual panda de perros y una cariñosa riña de Emma.

—¿Dónde has estado? ¡Llevas horas por ahí fuera! ¿Te sientes mejor? Parece que no se te ha pasado del todo. Jake te ha estado buscando por todas partes, no creo que tarde en venir. Lo conozco y es capaz de estar preparando una brigada de policías para buscarte.

—¿Por qué? ¿Porque me he ido a dar una vuelta?

Claire sonrió mientras se desataba las botas de paseo y arqueaba

las cejas irónica.

Un marido auténtico se hubiese preocupado, naturalmente, pero Jake sólo pretendía asegurarse de que no perdía a su valiosa ayudante. Había invertido mucho dinero en ella, de uno u otro modo, y pretendía seguir aprovechándose de sus servicios.

Mientras Liz dependió de su dinero, él no temió que Claire levantara el vuelo. Y el matrimonio de conveniencia era un buen seguro; ella se acostumbraría al glamour y al lujo del estilo de vida que compartían y ya no podría dejarlo.

Pero Liz ya no dependía de él, y ante las primeras quejas de su valiosa ayudante, Jake puso su insidiosa mente a trabajar e ideó un astuto plan. Se acostaría con ella y le haría el amor de vez en cuando, lo cual no era un trabajo demasiado desagradable.

—No, claro que no—replicó Emma de buen humor—. Anoche parecía que estabas al borde del colapso, y esta mañana desapareces del mapa. Jake te llevó el desayuno a la cama y no encontró a nadie. Debes ir a avisarle que estás aquí. Está en el estudio hablando por teléfono. Dijo que si venías mientras estuviese ocupado fueses a verlo inmediatamente.

Claire fue; no tenía otra opción. Pero no deseaba hacerlo. Ella y Jake nunca mantuvieron la relación típica entre jefe y empleado, ni siquiera durante el tiempo que trabajó para él de modo temporal, supliendo a su anterior asistente, la cual encontró el puesto demasiado agitado. La suya fue siempre una relación de compañeros de equipo, como si uno no pudiese funcionar sin el apoyo del otro.

El estudio de Emma, situado en la parte trasera de la casa, entre un laberinto de habitaciones, era un lugar desordenado, con hileras de cajas, libros sobre administración de fincas, silvicultura y reservas colocados de cualquier manera, unos encima de otros, sobre las estanterias. El gran tablero de roble que hacía las veces de mesa de despacho, estaba atestado de papeles.

Claire cerró la puerta tras ella mientras intentaba infundirse ánimos. Jake estaba aún hablando por teléfono, de espaldas a ella, contemplando el jardín a través de la ventana. Fuera quien fuese la persona con la que hablaba, no era una conversación precisamente distendida, a juzgar por el tono de voz tenso y algo arrogante de Jake.

Observó sus anchos hombros abrigados con una cazadora de piel negra. Parecía verdaderamente impaciente, sentado en el borde de la mesa y sin apartar la mirada de la ventana.

¿Estaba nervioso esperando si ella volvía por aquella dirección? ¿Llevaba puesta la cazadora porque se disponía a salir de nuevo a buscarla cuando le retuvo la llamada telefónica? ¿Sería posible que se

preocupase por ella? ¿que le importase?

Claire estaba algo nerviosa. No debía pensar esas cosas, así que decidió que Jake fuese consciente de su presencia y habló con voz clara y fría.

—Emma me ha dicho que querías verme.

Estaba preparada para hacer frente a cualquier estrategia que Jake decidiese emplear. Incluso si mencionaba lo sucedido el día anterior estaba segura de que no se amilanaría. A pesar de ello, no pudo evitar un escalofrío cuando, un interminable segundo después, Jake se dio la vuelta mientras exclamaba a su interlocutor:

—¡Encárgate de ello! ¡Ahora!

Colgó el auricular dando un fuerte golpe y, luego, añadió en el mismo tono de voz:

—¿Dónde diablos te has metido?

Sus ojos grises se habían oscurecido tanto que parecían negros en aquel momento, con las cejas fruncidas y la mandíbula tensa. Parecía, decidió Claire, que deseaba estrangularla allí mismo. Impresión que cobró más fuerza cuando insistió sobre lo mismo.

—¡Me he pasado la mañana buscándote por todos lados!

Su mal humor contrastaba con su estado de ánimo el día anterior, cuando se comportó como un auténtico seductor. Pero no debía pensar en ello si pretendía mantenerse fría y entera. Le volvió la espalda, simulando que ponía orden en los libros de las estanterías. Decidió contestarle en un tono amable y desenfadado, con un ligero matiz sarcástico.

—Pensaba que no necesitaba tu permiso para salir a dar un paseo. ¡Qué estúpida soy!

—No, no eres estúpida—contestó con una voz tan fría como el hielo—. Sólo una inconsciente, O, ¿es que disfrutas dejando a la gente preocupada?

Claro que no, pensó desesperada. ¿Cómo iba a ser así cuando lo amaba más que a su propia vida? Claire estuvo demasiado ocupada tomando sus propias decisiones durante el largo paseo como para pensar de qué modo podría reaccionar Jake ante su desaparición. Pero nunca, ni en sus sueños más remotos, hubiera pensado que se preocuparía.

Su actitud dura y despreocupada corría peligro de extinguirse ante el desvelo de Jake, así que se limitó a encogerse de hombros.

—No tienes por qué enfadarte. Desde que vine aquí me he acostumbrado a dar largos paseos por las mañanas. Pensé que Emma te lo habría dicho.

Y Claire se dirigió hacia la puerta pensando que acababa de zanjar

con gran dignidad y destreza una situación que podría haber conducido a una grave confrontación. Pero su felicitación se desvaneció en el aire cuando él se interpuso en su camino. La tomó del brazo y la giró hacia él de modo que sus cuerpos se pusieron en contacto.

Un contacto demasiado cercano, pensó ella mientras el color de su rostro revelaba el secreto placer que experimentaba ante la cercanía de ese cuerpo masculino. Claire temblaba expectante y sintió que su interior ardía en poderosas llamas.

—No se te ocurra pensar que vas a huir de mi otra vez.

La voz de Jake sonaba dura, pero su media sonrisa, absolutamente atractiva, la estremecía, dejándola inmóvil, embrujada por la magia de su presencia. Aunque Claire sabía bien que ése no era el lugar para ella.

Me he pasado. Lo siento—siguió diciendo Jake—. Pero parecías muy enferma anoche. Emma me dijo que creía que sería un resfriado y subí a llevarte leche caliente y una aspirina. No respondiste cuando llamé a la puerta. Pensé que el sueño era la mejor medicina en esos casos. Desde que descubrí esta mañana a las ocho y media que no estabas en la habitación, me he imaginado lo peor. ¿Me perdonas por preocuparme demasiado?

¿Cómo iba a responder si estaba esforzándose para no llorar? Jake estaba preocupado; angustiado por su salud. ¿Cómo pudo olvidar la compasión que él era capaz de sentir cuando había sido, precisamente él, quien estuvo junto a ella, dándole consuelo y apoyo, la larga y horrible noche que pensaron que Liz no sobreviviría?

Pero los recuerdos eran contraproducentes; ella tenía muchas razones para amarlo, y no pensaba añadir ni una más. Haciendo un esfuerzo supremo, trató de zafarse de las manos de Jake, pero lo que consiguió fue que la agarrase aún más fuerte y que su tono de voz se endureciese de nuevo.

—Tenemos que hablar. Sobre lo que ocurrió ayer y sobre el futuro de nuestra relación.

La atrajo hacia sí, envolviéndola en la seductora prisión de sus brazos, y ella se moría por abrazarlo, Cuando estaba junto a él, el corazón de Claire se programaba para mostrarse dulce y femenina, pero su instinto de supervivencia le advertía lo contrario; así, Claire era capaz de mostrarse rígida, fría y distante.

—No hay mucho de qué hablar, —entonces dijo sarcástica.

—Sólo sobre tu loca idea de separarnos —anunció con dulzura—. Formamos un buen equipo. El mejor. ¿Por qué estropearlo?

Sus palabras sonaron dulces, mientras Jake tomaba con destreza la

cabeza de Claire y la atraía hacia su pecho. Claire inhaló el dulce olor de su piel cálida y masculina.

De su garganta se escapo un leve sonido de desasosiego, descontenta con el modo en que reaccionaba su cuerpo, cada vez más ardiente cuanto más se acercaba a él.

Jake recorrió el cuello de Claire con sus lábios y ella se abandonó a aquel delirio y sintió que flotaba sobre una dulce nube.

—Vamos a la cocina, le diremos a Emma que nos prepare unos bocadillos ¡y que nos prometa que no se acercará a nosotros! Tenemos que comprar algunos muebles.

Aunque tenga conmigo al mejor equipo de decoradores, quiero que pongas tu toque personal en nuestra futura casa. Pero, lo que es más importante, necesitamos estar solos para hablar. Quiero que nuestro matrimonio sea real. Ayer se demostró lo bien que podríamos estar juntos. Si la maldita curiosidad de Emma no nos hubiese interrumpido, en este momento seríamos marido y mujer, en todos los sentidos de la palabra.

¿Acaso pensaba que ella no lo sabía? Sus palabras la hicieron tensarse de nuevo.

Todo lo que parecían bellas y tentadoras promesas, no eran más que una crueldad.

Jake no pronunció una sola palabra de amor, ni nada parecido. Y no es que ella esperase que lo hiciera. Pero, aún así, se sintió ofendida.

El sabía muy bien de qué modo le afectaban sus caricias; esos inteligentes ojos la habían visto arder en llamas de deseo bajo sus manos y sus labios; volverse lujuriosa, sensual, esclava bajo el dominio de su impresionante masculinidad. Creía que sólo tenía que llevarla a la cama para conseguir que ella no rompiera el acuerdo que tanto le beneficiaba.

Y tenía razón; claro que sí. Muy a pesar suyo. Pero, de alguna manera, tenía que hacerle ver que no se saldría con la suya. Era lo más duro que Claire iba a intentar hacer en su vida.

Logró zafarse de él.

—Es una oferta muy tentadora, pero me temo que voy a pasar— aseguró Claire.

Y volvió la cabeza rápidamente para que Jake no advirtiese su mirada afligida.

Nunca habías mentido antes, pero últimamente parece que no te cansas. ¿Vas a intentar convencerme de que no deseas consumar nuestro matrimonio? No olvides que te conozco bien. Eres muy inteligente, leal, y sexualmente ignorante, o al menos lo fuiste hasta que te tomé entre mis brazos. ¿Vas a decirme que lo de ayer no

significó nada para ti?

—Había bebido—respondió con rapidez, sintiendo que se ponía colorada . Lo siento, no debió de haber ocurrido. No debí dejar que pensaras... ¡Oh! ¡vaya!

Claire comenzó a dar vueltas por la pequeña habitación, abrazando su propio cuerpo. Sentía frío, como si la sangre hubiera dejado de fluir por sus venas y se hubiera helado. Estaba negando su amor, sus necesidades, su adoración por ese hombre. Estaba mintiendo.

Jamás volvería a encontrar un hombre como él.

—El champán, la comida, el ambiente en aquel lugar... ¡hicieron que me comportase de un modo estúpido—le dijo.

Los ojos de Jake asustaron a Claire; deseó no haberse arriesgado a mirarlo. Desvió la mirada entonces hacia la ventana, sin ver nada.

—A eso me refería cuando dije que quería marcharme—dijo Claire balbuceante, odiando su propia voz que sonaba hosca.

—¿Así de sencillo? —preguntó él humillado e incrédulo.

Ella asintió con la cabeza. ¡Claro! Para él se trataba de un simple capricho egoísta, y no una cuestión de supervivencia.

Pero no pudo decirle eso; volvió a su carácter sereno con el que había empezado aquella conversación.

—No, no es así de simple. Créeme. Como te dije, necesito irme, pero continuaré como hasta ahora, desempeñando mi trabajo hasta que encuentres a alguien que me sustituya, siempre que la encuentres en un plazo de tiempo razonable.

Claire hizo ese último comentario porque suponía que él daría largas al asunto y pondría pegas a todas las posibles sustitutas.

—¿Y qué va a ser de Liz? —quiso saber Jake. Se recostó sobre la silla del despacho y estiró sus largas piernas—. Ella cree que somos la pareja perfecta elegida por los dioses. ¿Cómo crees que se lo va a tomar cuando le digas que tu matrimonio se acabó?

—Lo sentirá mucho—dijo Claire distante.

No iba a dejar que Jake la ablandase con cuestiones sentimentales. Ella hablaría con Liz, tal vez incluso le contaría toda la verdad; que su matrimonio con Jake Winter había sido una cuestión de conveniencia para ambos. Pero las circunstancias habían cambiado, también para los dos. Liz desaprobaría todo el asunto, pero lograría sobreponerse.

—Es una mujer muy sensible —siguió diciendo Claire—. No me desearía que siguiese casada toda la vida con un hombre al que no amo.

El le lanzó una mirada dura.

—Si doblo la cantidad de dinero que te ingreso cada mes en tu cuenta, ¿podría convencerte? —ante la negativa inmediata de Claire

Jake se levantó—. No, ya veo que no. No entiendo qué está pasando, pero voy a intentar averiguarlo. Has hablado de un período de tiempo razonable antes que encuentre una ayudante. Exáctamente,

¿a cuánto tiempo te refieres?

Ella deseó decirle que hasta esa misma mañana, pero no podía hacerle eso.

Cuanto antes pusieran fin a su acuerdo, mejor para ella. Cada segundo que pasaba moría algo dentro de ella.

—Dos meses creo que será suficiente. Pero te agradecería que fuese antes—le dijo muy digna.

Jake se dirigió hacia la puerta y Claire observó el movimiento afirmativo de su cabeza, asintiendo como si no le importase nada. Se desharía de ella y la recordaría como una parte remota de su pasado.

Luego, desapareció.

Se preguntó de dónde sacaría las fuerzas para abandonar el estudio y comportarse con normalidad. Claire trataba de convencerse de que su mundo no se había venido abajo cuando Emma apareció en la puerta.

—Bien. Ya puedo volver a decir que éste es mi despacho—se dedicó a amontonar algunos papeles que había sobre la mesa—.No sé por qué tengo que firmar tantos documentos. Necesitaría... ¡Ah!. Querida, Frank viene a comer a casa. He metido una pizza en el horno, ¿te apetece? Podemos preparar una ensalada. ¿Te parece bien en media hora? Ese marido tuyo salió de aquí como si hubiera visto al diablo. Apuesto a que se olvidó de comprar tu regalo de navidad. Si no, ya estaríais en ese maravilloso invernadero..., yo al menos allí estaría si me diesen la oportunidad. ¿Cuándo vas a empezar a medir para las cortinas y todo eso?

Claire forzó una sonrisa y cerró la puerta mientras Emma seguía hablando. Si le contaba que no compartiría con Jake Harnage Place, que en dos meses, como máximo, su matrimonio habría terminado, su cuñada no podría creerlo. Dejaría que fuese Jake el que lanzaseesa bomba, ella ya tendría bastante cuando fuese a echar por tierra las ilusiones de Liz.

Mientras tanto, Claire sabía que tenía que actuar como si todo estuviese bien. Eso hizo que pareciera encantada cuando, después de comer, Emma sugirió que ellas dos fueran con el Land Rover a buscar hiedra y acebo para decorar la casa. Y, aparentemente, al menos, no pestañeó siquiera cuando, justo antes de cenar, Jake llamó desde el aeropuerto de Heathrow para decirles que se marchaba a Roma y que regresaría para la nochebuena.

—Tendrá que olvidarse de todas esas citas cuando os hayáis

mudado a vuestra maravillosa casa—dijo Emma mientras cenaban los tres alrededor de la mesa—.

Quiero decir que no puedes tener un lugar como ése y dejarlo vacío la mayor parte del año. Tendrás que ponerte firme, Claire. Jake no necesita viajar tanto. Podría delegar muchas más cosas en otras personas, ¿verdad, Frank?

Claire no escuchó la respuesta, el zumbido de sus oídos lo impidió, zumbido que provenía de la batalla que libraba tratando de no echarse a llorar. No supo cómo consiguió pasar el resto de la tarde, pero cuando llegó la noche, se despidió y se retiró a la privacidad y la soledad de su dormitorio.

Las lágrimas que antes la amenazaron, ni siquiera aparecieron. Se transformaron en un agudo dolor en el pecho mientras contemplaba, con la mirada perdida, la oscuridad de la noche desde la ventana de su dormitorio.

Ella había hecho y dicho lo que previamente había decidido, dando así el primer paso para la separación. Era la única opción que tenía. Pero lo más doloroso de todo fue la aceptación sin problemas de Jake. El insistió en que se mantuvieran juntos y ella rechazó la propuesta. En lo que a él concernía, era la última palabra. El no podía hacer nada más, y no lo haría.

¿Es que esperaba secretamente que Jake utilizase su encanto natural, su poderoso magnetismo sexual, para tratar de conseguir que ella se quedase donde él deseaba?

Le dolía reconocerlo, pero así era. A pesar de la degradante e inevitable separación, ella deseó en secreto que él la persuadiera para quedarse.

Pero, tras la oferta inicial, Jake aceptó sus mentiras. Y las aceptó, al parecer, con indiferencia. Luego, rompió todos los lazos y se fue a encontrar consuelo en los brazos de la princesa romana.

Capítulo 7

NUNCA SE había alegrado tanto Claire del final de la navidad. Liz y Sally Harding se unieron a ellos, por supuesto, y se quedaron hasta la celebración del año nuevo. La tensión permanente de simular que estaba disfrutando mucho y que ella y Jake estaban hechos el uno para el otro, dejó exhausta a Claire.

Como había prometido, Jake regresó la noche de nochebuena con aspecto cansado, y soportó con estoicismo las protestas de Emma sobre sus constantes viajes, y sobre la tumba que él mismo se estaba cavando, con tanto ajetreo, sin ninguna necesidad.

Claire nunca había visto antes así a Jake; agotado, con la fatiga reflejada en el rostro en forma de profundas arrugas que conferían a su cara una imagen envejecida; no había el menor atisbo de brillo en sus ojos. Parecía que su fuerza de voluntad era la única responsable de mantenerlo en pie. Claire estuvo a punto de poner en evidencia su tremenda preocupación por la salud de Jake, pero pronto recordó la razón por la cual él debía encontrarse en ese estado.

La princesa italiana debió de recibirlo con indiferencia; o peor, tal vez Jake no había dormido durante los últimos días. Quizás la seductora italiana le había exigido que pasase más tiempo con ella, que mandase al diablo a una esposa a la que no amaba y que se casase con ella, consiguiendo así la legalidad de uma situación que, hasta el momento, sólo podía disfrutar cuando a él le venía bien.

Lorella Giancetti, obviamente, no conocía a ese hombre tan bien como se imaginaba. Ella pensaría que podría domesticarlo. Claire, durante un tiempo, también pensó que él había encontrado en la italiana a la mujer que le haría sentar cabeza. Hasta que los acontecimientos mostraron otra cosa. El mismo Jake le dijo un día a Claire, cuando le propuso el estéril acuerdo matrimonial, que él no podía embarcarse en relaciones duraderas, que un matrimonio auténtico le quitaría el tiempo que dedicaba a sus negocios; por tanto no se podía permitir una relación permanente.

El deseaba el mejor de los mundos posibles. La libertad para disfrutar de aventuras cuando gustase y una esposa presentable, siempre en la sombra, que se dedicase a los aspectos más tediosos de su vida con gracia y eficiencia, como una buena mujercita; y si tenía que acostarse con esa buena mujercita de vez en cuando, para mantenerla contenta y dispuesta, así lo haría.

Así que Claire reprimió todo signo de preocupación y recibió a Jake con una sonrisa fría mientras le ofrecía una copa, tal y como a él le gustaba.

—¿Cómo está Roma? —le preguntó irónica—. ¿Has quedado

satisfecho con el viaje?

Y ambos sabían que ellos dos eran los únicos que conocían el significado real de aquellas palabras. Pero Claire no estaba preparada para la mirada perdida de Jake, para su gesto triste. Y después, la burla, porque él sabía lo que más podía herirla.

—Absolutamente satisfecho, gracias—dijo con una amplia sonrisa —. Tienes delante a un animal completamente saciado.

—¡Querrás decir completamente destrozado! —declaró Emma.

Ella no había captado la doble intencionalidad de las frase, ¿por qué iba a hacerlo?

Emma pensaba que se adoraban.

Su comentario, al menos, le dio la oportunidad a Claire de contener su rabia y sus celos imposibles.

Ese bastardo le había ofrecido la consumación del matrimonio, luego aceptó con indiferencia el rechazo y después, se marchó sin más. Qué bien había hecho Claire en pensar con la cabeza y no con su caprichoso corazón, ¡por no mencionar sus instintos!

—No es de extrañar… —dijo Jake, acariciando el pelo de su hermana—… después de todo lo que me ha pasado estos últimos días. Y noches. Lo que me recuerda… Si me excusáis, iré a dormir un rato.

A la mañana siguiente apareció con su energía habitual. Las ocho largas horas de sueño intenso e ininterrumpido actuaron como un bálsamo, pensó Claire. Trató de hacer lo posible para no imaginar las razones por las que Jake había llegado a casa en aquel lamentable estado. Pero el esfuerzo era en vano; actuar como una feliz esposa minaba su propia energía y su estado de ánimo; se estaba convirtiendo en algo cada vez más intolerable, cada vez más difícil de soportar.

Días después, ya de vuelta en el apartamento de Londres y lejos de las miradas de sus familiares, Claire se propuso, con gran esfuerzo, empezar su campaña para llevar a cabo sus planes. No podía demorarlo más tiempo. No sería agradable ni divertido, pero tenía que hacerlo o se le rompería el corazón.

Viviendo como lo habían hecho hasta entonces su pena era más profunda cada día y el sentimiento de pérdida mayor. Iba a perder al hombre que sabía que siempre amaría.

Y ya no podía hacer nada por evitar eso, pensó. Recogió las notas que había tomado de uno de los interminables informes sobre algún nuevo proyecto; Jake se lo había pasado para que ella diese su opinión.

Amarlo, y saber que jamás sería correspondida, la había sumido en un estado lamentable, privándola de su capacidad de disfrute. Tal vez, si él hubiera intentado de nuevo hacerle el amor, o hubiese repetido

su propuesta de consumar el matrimonio, ella podría haber tenido la oportunidad de empezar a actuar. Pero, como venía ocurriendo desde el inicio de su vida en pareja, él evitaba cualquier roce físico con ella.

Irguió los hombros y miró alrededor de la habitación que usaban como despacho.

El estaba, como de costumbre, absorto en uno de los informes, emborronando con cierta violencia, de vez en cuando, alguna de las ideas que ella había previamente anotado.

La impaciencia de Jake se puso en evidencia cuando regresaron de Litherton.

Ninguno de los dos había abandonado el apartamento, la mujer que iba tres veces por semana a limpiar la casa fue relegada a tareas puramente culinarias.

Claire se levantó y dejó el último informe sobre la mesa. Un leve movimiento de los labios de Jake fue el único agradecimiento que recibió mientras colocaba el informe sobre el montón de papeles más urgentes. El se había volcado en el duro trabajo, sin permitir a ninguno de los dos un minuto de respiro; sólo recordaba que ella era humana cuando hacían un descanso para comer, o hacía un alto al final del día, cuando decidía que era hora de dormir.

Pero ella estaba acostumbrada a mantener ese ritmo. Había participado otras veces en esa especie de maratón durante el tiempo que había trabajado con él; y sabía que, justo cuando ella estaba a punto del derrumbe mental, él se recostaba en la silla, cruzaba las manos sobre la nuca y le regalaba una de esas sonrisas devastadoras.

—Suficiente por hoy. Tiempo para el recreo—solía decir.

Y la llevaba al teatro y a cenar, o a cenar y a una sala de baile; a veces viajaban a alguna isla recóndita, de la que Jake acababa de oír maravillas, y donde pasaban unos días al sol, cargándose de la energía y el relax suficiente para soportar después el duro trabajo.

Esa vez, pensó Claire, no ocurriría lo mismo; ella no lo permitiría. Las circunstancias habían cambiado, y ella también; por eso Claire se decidió a interrumpir la concentración de Jake.

Es hora de que haga público que mi puesto quedará vacante. Haré una lista de las mejores aspirantes que se presenten para que puedas entrevistarlas—dijo Claire con el rostro inexpresivo.

—No te preocupes. Yo me haré cargo.

Jake no levantó la vista de su informe. Se limitó a trazar una línea sobre uno de los párrafos del texto, dejó el informe a un lado y tomó otro.

—No será necesario—dijo Claire con firmeza.

Quería que él supiera que ella era la que llevaba el control de ese

departamento. Si le dejaba hacer a él, el anuncio no aparecería nunca en los periódicos. Tenía razón Jake cuando decía que muy poca gente sería capaz de aguantar su excéntrico modo de trabajo.

Y él debía pensar que si no aparecía un sustituto en el plazo de tiempo que ella había estipulado, él podría ganarse sus simpatías de nuevo, su lealtad, como en los dos años que habían compartido, y la persuadiría para quedarse más... y más...

—Sé describir perfectamente—añadió Claire el tipo de trabajo que desempeño, los requisitos que se necesitan, cómo hacer hincapié en tu extraño método de trabajo. Sé lo que necesitas.

—¿Ah, sí? ¡Eso quisiera! sus ojos grises la atravesaron—. De hecho, estoy seguro de que no tienes ni idea, pero eso es algo a lo que estoy tratando de poner remedio.

Quítate de la cabeza el problema de tu sustitución y concéntrate en tu trabajo. Ya tengo a alguien en mente. Yo me desenvuelvo bien ante las emergencias; tú, mejor que nadie, deberías saberlo.

Aquello la alteró más de lo que imaginaba. Con la tensión reflejada en el rostro, Claire lo miró fijamente. Deseaba abofetearlo más que ninguna otra cosa en el mundo.

Así que ya había encontrado quien la sustituyera. ¡Y se había dado prisa! ¿Le habría propuesto matrimonio, con todas las ventajas económicas conocidas, a alguna otra incauta? ¿Le habría ofrecido un acuerdo que entrase en vigor en cuanto se deshiciera de ella?

—Deja de rechinar los dientes—le dijo a Claire en tono aburrido—. Podrías convertirlo en un hábito molesto. Y no des portazo cuando cierres la puerta.

¿Por qué siempre le adivinaba el pensamiento? ¿Por qué sabía cuál iba a ser su inmediata reacción?, se preguntó atormentada mientras salía de la habitación dando un portazo que retumbó por todo el lujoso apartamento. ¿Era su imaginación o había escuchado realmente una carcajada desde el otro lado de la puerta?

Se convenció a sí misma de que no le importaba y se marchó. Se dio cuenta de que estaba en la cocina cuando la señora Fellows, de la agencia de limpieza, comenzó a hablar mientras limpiaba con ganas el interior de las ventanas.

—He puesto el pescado y los huevos en la nevera, y la fruta está en el aparador.

Déme una lista si quiere que le traiga algo para el viernes que viene.

—No, nada, gracias—dijo Claire tratando de sonreír—. Tengo que salir a arreglar unas cuestiones personales; puedo comprar lo que necesitemos al mismo tiempo.

Le gustase a Jake o no, iba a tener que aprender que ella tenía su propio carácter, que no estaba atada a él por ningún lazo invisible e irrompible.

Además, las cuestiones personales que había mencionado, eran una parte vital del plan que se había propuesto. Y, tal vez, si ella dejaba de cooperar y se mostraba desagradable, Jake traería a su sustituta, quien quiera que fuese, antes de lo esperado.

Decidió que en la hora de la comida trataría de averiguar de quién se trataba y cuándo haría acto de presencia. Claire consultó su reloj y comenzó a echar huevos en un recipiente para preparar una tortilla. Comerían una hora antes de lo habitual, a causa de su repentina salida del despacho; y si Jake ponía alguna pega, que se las apañase por su cuenta.

Pero no las puso, y tampoco le dio tiempo a Claire para que abordase el tema de su sustitución. No paró de hablar de negocios, aunque de manera informal, como de costumbre, arrancándole las ideas a Claire y escuchando con interés lo que ella le decía, aunque no faltaron sus mordaces y divertidos comentarios que conseguían emocionarla. Lo amaba tanto...

Y la pena y el dolor de tener que abandonarlo eran muy fuertes.

—Vamos a dejar el asunto del Caribe. Yo me saldré del proyecto, y si sufrimos alguna pérdida, le haremos frente. Envíale un fax al arquitecto, Richardson, Gerald Richardson, creo que se llama.

—Jethro—replicó automáticamente. No le gustará que lo apartemos de ese proyecto.

Ella había estado con Jake cuando visitaron, con el joven y entusiasta arquitecto, el descuidado caserón de la plantación, en las estribaciones de un bosque desde el que se observaba una de las playas tropicales más bellas que ella había visto.

—Tal vez no le guste, pero le pagaré bien—contestó Jake—. Además, le recomendaré sus servicios al futuro comprador, así que no tiene por qué quejarse.

Pensé que querrías quedarte con esa propiedad—objetó Claire mientras se levantaba de la mesa para tomar la cafetera—. Tiene un enorme potencial.

—Yo no compro nada que no lo tenga, como muy bien sabes. Pero en este caso no creo que los posibles beneficios sean acordes al trabajo que llevaría consigo, ni al tiempo que tendría que dedicarle al proyecto.

Apresuradamente, Claire sirvió el café, notando desesperada que le temblaba el pulso. El último comentario de Jake lo confirmaba todo; confirmaba todo lo que ella había pensado. Jake le ofreció convertir

su matrimonio en uno normal para evitar que Claire se marchase. Pero él se retiró ante la primera negativa. Los posibles beneficios, es decir que ella se quedase con él para siempre, no estaban acordes con el trabajo ingrato de tener que persuadirla.

No podía saber Jake lo poco que hubiese tenido que persuadirla. Un beso o dos y hubiese perdido la capacidad de razonar, de todo, comprometiendo su felicidad futura y su estabilidad por el amor apasionado que sentía por él.

No, él no podía saberlo, y probablemente no le importaba tampoco. Jake era experto en librarse de ataduras, las apartaba de su mente y seguía con su deslumbrante vida. Y así, se limitó a encogerse de hombros y se marchó inmediatamente a Roma, a por esa mujer; y pretendía actuar como si nada hubiera cambiado. Se limitaría a esperar y ver si ella era capaz de llevar adelante su amenaza de abandonarlo y renunciar así a los beneficios económicos que el acuerdo le reportaba.

Y si se marchaba, muy bien, él podía vivir sin ella. Ya tenía una posible candidata para sustituirla.

—Le pondré el mensaje a Jethro Richardson—le dijo seria—. No quiero café.

Claire se alejó y se dirigió al despacho, Jake podía comportarse como un auténtico bastardo. No sabía cómo podía estar tan estúpidamente enamorada de él.

Sus verdaderos sentimientos hacia ella, la total indiferencia, deberían hacerla sentir feliz y aliviada, y no triste y afligida. Descolgó el teléfono mientras esperaba escuchar los pasos de Jake. Cuando oyó que entraba, Claire colgó el teléfono con premura. Su rostro mostraba el sonrojo del culpable al que habían pillado en pleno delito; Claire odiaba lo que iba a hacer.

Pero Jake se lo puso en bandeja.

—¿A quién llamabas? —preguntó.

El tono de su voz quería parecer indiferente, pero el brillo extraño de sus ojos delataron que había algo más que curiosidad en su pregunta. Y eso era lo que ella quería.

—No, nadie—respondió—. Número equivocado.

—¿Sí? No he oído sonar el teléfono.

Lo hubiera hecho si hubiese sonado, por supuesto; había supletorios por toda la casa. Ella supo, por su forma de mirarla, que Jake había advertido que estaba mintiendo.

Claire se dio la vuelta encogiéndose de hombros y él recompensó su misterioso comportamiento con una sesión de dictado rápido durante toda la tarde, hasta que la cabeza, las manos y los ojos le

dolían tanto a Claire que tuvo que detenerse.

—¿Sabe mi sustituta que a veces te comportas como un negrero? ¿Cuándo va a empezar? Porque supongo que será una mujer, ¿verdad? Un hombre no aceptaría cocinar para ti, ni elegirte la ropa, ni llevarla al tinte.

Su sarcasmo no sirvió para nada porque Jake se limitó a mirarla como si no hubiese escuchado nada y continuó dictando.

Claire reparó entonces en el contenido de la montaña de informes que había revisado durante toda esa semana. Supo así que Jake se estaba intentando deshacer de algunos de sus negocios, lo que le reportaría, sin duda, grandes beneficios; y también, con cuáles se quedaría.

En lo que al trabajo se refería, Claire dedujo que su sustituta gozaría de mucho más tiempo libre de lo que ella había disfrutado.

Y empezaba a tener dudas sobre la eficacia de su plan de acción. Cuando le dijo por primera vez a Jake que quería marcharse. él no lo creyó. Se limitó a decir que la independencia económica de Liz no modificaba en nada su acuerdo original. Pero, últimamente, parecía que lo había aceptado. Se había enfrentado al problema buscándole la solución, una sustituta. Eso significaba que ya no tenía sentido llevar a cabo su plan para poder acogerse a la única cláusula de separación.

A las once, Jake hizo un alto para cenar; once horas después de haberse comido la tortilla. Cuando trabajaba intensamente parecía no recordar que había que alimentarse, o que tomar un respiro. Claire ya ni siquiera estaba hambrienta, pero con los ojos doloridos y fatigados, asó el pescado y las patatas en el microondas y preparó una ensalada que estuvo muy por debajo del nivel que ella acostumbraba.

Jake la estaba castigando, no sólo por haber osado decirle que deseaba marcharse, sino por haber mentido acerca de la llamada de teléfono.

El entró en la cocina, que era su lugar favorito para comer, justo cuando Claire colocaba el único plato que había preparado sobre la mesa.

—¿No vas a cenar? —preguntó Jake.

—No tengo hambre—contestó ella.

No sabía de dónde sacaba fuerzas para parecer tan fresco como una rosa cuando ella se sentía como una lechuga de cuatro semanas. Jake le lanzó una mirada de soslayo, una mirada desaprobadora. Por fin, Claire se decidió a hacer la pregunta para poder dormir así tranquila.

—Me has dicho que ya tienes a mi sustituta, ¿quieres que estemos juntas un período de tiempo para ponerla al tanto del trabajo?

¿Cuándo empezará?

—No tengo ni la menor idea.

Luego, Jake se sentó frente a la mesa y se sirvió la ensalada antes de empezar a comer con apetito.

—Vamos a olvidarnos de tu sustituta, ¿de acuerdo? —sugirió después, con voz dulce, acariciando a Claire con la mirada—. Sabes que no quieres dejarme. Así que,

¿por qué no te sientas y hablamos de ello?

Claire había abierto, antes de que él llegara, una botella de vino blanco francés y la había dejado sobre la mesa junto con una copa. Jake echó un poco del vino y se la ofreció a Claire.

—Si estás demasiado herida como para comer, prueba a beber algo; tal vez un poco de vino te ayudará a relajarte. Luego, hablaremos de la cuestión como dos personas civilizadas.

Los ojos de Jake brillaban de un modo especial y ella sabía lo que se proponía. En ese estado, él era doblemente peligroso.

—No—dijo de pronto con una voz que sonó extraña—. Estoy demasiado cansada como para pensar. Me voy a la cama.

Y también estaba demasiado enfadada como para discutir de manera coherente, para dar respuestas lógicas. Huir de la batalla no era su estilo, pero necesitaba todas sus fuerzas para contrarrestar el poder de persuasión del maquiavélico Jake. La rabia que sentía no le permitiría ganar esa batalla, pensó mientras se ponía el camisón de algodón. Cuando él se comportaba de ese modo, cuando hablaba de ese modo, como si fuesen un par de amantes, o algo más que amigos, era capaz de persuadirla a ella o a cualquier otra mujer para cualquier cosa.

El había mentido. No había encontrado una sustituta en absoluto. Su respuesta de que no tenía ni idea lo decía todo. Su arrogancia le hacía estar completamente convencido de que podría persuadirla para quedarse.

Claire tendría que poner en marcha su plan original. Hacerle creer que estaba enamorada de otro hombre. Así podría acogerse a la cláusula de separación. ¡Jake no podría poner objeciones a eso!

Capítulo 8

CUANDO CLAIRE entró en el apartamento no se habían derretido aún los pequeños copos de nieve que brillaban sobre su oscuro cabello; y sus mejillas resplandecían, sonrosadas por el frío viento del este. Entre las manos, envueltas en unos cálidos guantes de lana, se balanceaban un par de bolsas negras con el clásico logotipo dorado.

Todo estaba tranquilo. El lujo de aquel lugar no sirvió para aplacar sus nervios.

Demasiado tranquilo. Un silencio sepulcral que no presagiaba nada bueno. Claire respiró profundamente, abrió las puertas de espejo del armario y colgó el abrigo; observó la fina cadena de oro que le adornaba el cuello y se desabrochó el botón superior del traje de chaqueta rojo que lucía. Estudió la imagen decepcionante que le devolvía el espejo. Alejarse de Jake le estaba costando muy caro; no sólo económicamente. Se odiaba a sí misma.

Pero no había otra manera de hacerlo. Si ella le hubiese dicho fríamentc que se había enamorado de otro hombre y que quería poner fin a su matrimonio, para casarse con el amante en cuestión y vivir feliz para siempre. Jake hubiese querido saber de él, dónde se habían conocido... Hubiese insistido en conocerlo para satisfacer su curiosidad y para asegurarse de que ella estaría en buenas manos. Jake tenía un arraigado sentido de la responsabilidad.

De ese otro modo, sembrando sospechas, dejando que él diese rienda suelta a su imaginación, era la mejor manera; la única manera. Aunque le dejase a Claire un amargo sabor de boca.

La reacción suspicaz que tuvo Jake hacía tiempo, con la llamada de teléfono de Liz, le había dado la idea. Y Claire se había empeñado en el asunto a conciencia desde que regresaron al apartamento, hacía ya seis semanas. Entonces comenzaron las supuestas llamadas telefónicas que se aseguraba que Jake interrumpiese, el nuevo vestuario mucho más femenino que comenzó a lucir, el perfume exquisito, las excusas para salir fuera durante un par de horas o dos...

Y estaba funcionando; lo sabía. Era evidente, por el modo en que a veces Jake la observaba, con mirada dura. Claire podía notar la tensión en los músculos de su cara.

No le había dado un motivo concreto de sospecha, de momento; tan sólo leves pistas con su cambio de comportamiento. Como cuando tuvo que acompañarlo a un viaje de negocios a Hong Kong, hacía un par de semanas. Claire demostró una falta total de interés por el trabajo y por las tareas que habitualmente realizaba. O como aquel mismo día; Jake le había pedido que organizase una comida de negocios en el apartamento con un par de banqueros, el abogado de la

compañía y el comprador de Harlow, una fábrica de cristal de alta calidad.

Harlow fue la primera compañía en dificultades que Jake adquirió. La renovó y consiguió que se convirtiese en una de las más rentables y prestigiosas del sector. Y, como había sido la primera, siempre sintió un apego especial por ella. Por qué se estaba deshaciendo de ella en ese momento representaba un misterio para Claire.

Al igual que otras muchas cosas. Tampoco era propio de él que liquidase tantas empresas de un plumazo. Si continuaba así, no tendría otra ocupación durante el resto de su vida que aburrirse de disfrutar su fortuna y ponerse a engordar.

A no ser, por supuesto, que estuviese planeando dedicar más tiempo a su princesa romana. Pero eso no tenía sentido en ese momento porque, a parte de las veces que Claire se ausentó deliberadamente durante algunos ratos, Jake no se había apartado de su lado desde que volvió de Roma las navidades pasadas. No había habido contacto alguno entre él y la italiana, al menos por lo que ella sabía. Y si la princesa se conformaba con esperar pacientemente hasta que él hubiese arreglado todos sus asuntos, ella, Claire, era la emperatriz de China.

Por la fotografía que había visto de ella, Lorella Giancetti tenía aspecto de ser una mujer caprichosa y malcriada, más capaz de la petulancia que de la paciencia.

Claire se sintió angustiada. Los planes de Jake no debían afectarla, por supuesto.

Pero era la primera vez, después de dos años, que tenían secretos el uno con el otro; y eso dolía más de lo que hubiese creído.

Con las bolsas aún en la mano, Claire se dirigió hacia el despacho. Por el silencio que reinaba y la ausencia de abrigos extraños en el armario, supo que la comida de negocios había terminado hacía tiempo. E imaginó, con gran pesar, que él estaría furioso; y con razón.

Jake estaba observando las tranquilas calles de Londres desde la ventana del despacho. Cuando se dio la vuelta, Claire supo que no se había equivocado.

La invadió un escalofrío que recorrió todo su cuerpo y trató de disimularlo; no deseaba demostrarle que todo lo que tenía relación con él la afectaba.

—Así que, finalmente has decidido volver—soltó Jake—. Empiezo a cansarme de tus continuas excusas para descansar. He tomado mis propias notas de la reunión, las encontrarás encima de mi mesa. Es problema tuyo si no las entiendes.

Los labios de Jake se mostraban severos y eso rompió el corazón de

Claire.

Deseaba lanzarse a sus brazos, decirle que lo sentía, pedirle perdón; confesarle que odiaba comportarse de ese modo. La tentación fue tan intensa que durante unos instantes creyó que no podría superarla. Pero debía resistir; lo contrario sería imperdonable y echaría por tierra todo el trabajo que había adelantado hasta entonces.

—¡Vamos! No seas tan grosero—dijo Claire sonriendo, aunque rehuyendo su mirada—. Te ofrecí los servicios de la agencia para que enviasen a una suplente, pero te negaste en redondo, ¿recuerdas? Además, contraté a los mejores proveedores de comida que pude encontrar; así que, al menos, el menú ha debido ser un éxito. Y si me hubiese puesto a trabajar inmediatamente me hubiera explotado la cabeza. Me has exprimido a fondo últimamente, y tú lo sabes. ¿Es que es tan raro que necesite unas pocas horas de ocio de vez en cuando? Estoy absolutamente agotada.

—Desde aquí no lo parece—contestó irónico.

Claire pudo advertir una amenaza velada a través de su tono de voz. Tragó saliva.

¿Con qué podría amenazarla? Con nada, pensó. Se sentó tras su mesa de trabajo después de dejar los bultos que acarreaba de cualquier manera en el suelo. Como ella esperaba, el exótico contenido de las bolsas se esparció descuidadamente por el suelo.

Tejidos de seda y satén, finos encajes. Ropa interior diseñada para seducir. Lo más opuesto que encontró a lo que ella acostumbraba a ponerse. Sin apartar los ojos de aquél pequeño montón de frivolidades, oyó cómo Jake caminaba hacia ella. De pronto, vio unos elegantes zapatos de piel junto al salto de cama de satén azul cielo.

No pudo evitar sonrojarse.

—¿Esto es lo que vas luciendo por ahí, Claire? ¿Quién es el afortunado..., o no debo preguntar? —inquirió con frialdad.

Así que las sospechas que ella había ido sembrando en la mente de Jake habían enraizado y ya daban su fruto. Todo estaba saliendo mejor de lo que esperaba.

No supo por qué la invadieron de pronto unas ganas irresistibles de llorar.

Haciendo un esfuerzo, se levantó de la silla y se arrodilló en el suelo para recoger las prendas caídas y volverlas a guardar en las bolsas. Al hacerlo, el anillo que colgaba de la fina cadena de oro que adornaba su cuello se soltó y cayó al suelo, tal y como ella había previsto que sucediera en algún momento de la tarde.

Absolutamente sonrojada por su comportamiento, Claire trató de esconder el anillo que la delataba, pero Jake fue más rápido que ella y

la agarró de las manos.

Hizo que ella se pusiera en pie mientras él tomaba el anillo y la cadena; ambos resplandecían con un falso brillo que, de pronto, pareció obsceno a Claire.

Conteniendo la emoción, sostuvo la mirada de Jake con tanta rebeldía como la que reflejaban los ojos de él. Y Jake habló lentamente, vocalizando cada sílaba, tras un silencio profundo que tan sólo rompían los latidos del corazón de Claire.

—¿Quién te ha dado esto?

Su mirada confusa la dejó perpleja. Parecía emocionado. Como si estuviera dolido; pero de sobra sabía ella que eso no era así. Era rabia lo que sentía. Jake no deseaba quedar como un tonto ante los ojos del mundo. Pero había algo más, podría jurarlo. Pero, ¿qué era? Estaba desorientada, respiraba con dificultad y el corazón le latía frenéticamente en la garganta...

—Dímelo, Claire.

La zarandeó ligeramente, sin soltar el horrible anillo de entre sus dedos. Claire trató de recordar la mentira que había preparado especialmente para esa escena.

Intentó parecer indiferente, pero falló en el intento.

—Es de Liz. Me dijo que se lo llevase a reparar. Es demasiado grande.

Jake la soltó del brazo inmediatamente y se alejó de ella, después de dejar el anillo sobre su mesa. Los intensos momentos de emoción se disiparon, y Claire se tomó fría y ausente. Jake no la había creído. Era de esperar. El no podía imaginarse a Liz luciendo semejante anillo, pretencioso y algo exagerado. Conocía a su suegra muy bien, lo suficientemente bien como para saber que sus gustos no se decantaban hacia lo ostentoso.

Lo observó caminar hacia la puerta, recoger la chaqueta gris y cargársela al hombro. Su mirada perdida consiguió que Claire desease gritar. Lo amaba más que a la vida y sin embargo estaba levantando una barrera entre ellos, un muro infranqueable que acabaría con la cálida amistad y la compañía estimulante que había supuesto su relación desde el principio. Con su comportamiento, Claire estaba consiguiendo que Jake desease, cuanto antes, el fin de su relación.

Muy pronto, ella le diría que había encontrado a otra persona con la que deseaba casarse y compartir el resto de su vida. Jake no podría oponerse a la separación. Ella se había encargado de hacerlo evidente poco a poco, sembrando sospechas; él tendría que dejarla marchar.

La expectativa de no volverlo a ver nunca más, no hablar con él ni compartir su vida, la sumió en un deprimente estado de ánimo. Pero

no había alternativa posible.

—Si no estás demasiado agotada... —dijo él, deteniéndose en el umbral de la puerta— ...puedes pasar al ordenador mis notas y escribir las cartas más urgentes. Y

si lo que tú querías era un anillo, querida esposa... sólo tenías que habérmelo pedido.

Yo te habría comprado uno de verdad, no esa vulgaridad.

Uno de verdad, se repitió para sus adentros mientras Jake cerraba la puerta con decisión. Jake le hubiese regalado diamantes, porque él sólo se conformaba con lo mejor. Pero, en lo referente a asuntos del corazón, no reconocía lo auténtico ni aunque lo tuviese delante de sus narices.

Su matrimonio, tal y como lo habían concebido, fue un fiasco desde el principio.

Una mentira absoluta. Incluso, la propuesta posterior de consolidarlo y consumarlo, fue otro motivo más de que avergonzarse; una cruel decisión de Jake para aprovecharse de la debilidad de Claire. Y, si ella hubiese consentido y seguido adelante, la situación hubiese degenerado hasta convertirse en un infierno. No, él no era capaz de reconocer el amor verdadero, no tenía ni idea de lo que era una relación auténtica.

Sintiéndose como si se le hubiese partido el corazón en dos pedazos, guardó el anillo en el cajón superior del escritorio, revisó las notas de Jake y se pasó el resto de la tarde frente al teclado del ordenador, tratando de descifrar su letra.

Le costó trabajo creer lo que estaba viendo cuando, mucho después, a punto de terminar el trabajo, Jake entró en el despacho con aspecto sereno; era la palabra que mejor lo describía. No supo cómo interpretar aquello, y se sintió confundida.

—He pasado las notas al ordenador y las cartas las he dejado en tu mesa para que las firmes—le informó.

Jake sonreía cálidamente. Era como si el altercado que habían tenido unas horas antes no hubiese sucedido nunca. Claire odiaba cómo se quedaba sin respiración con tan sólo una sonrisa de ese hombre.

—Buena chica... asintió Jake, haciendo una mueca que la hizo sentir como una estúpida— ...siempre al tanto de todo. He preparado la cena como recompensa.

¿Recompensa por qué? ¿Por hacer el trabajo por el cual le pagaba una fortuna?

¿Jake preparando la cena?

¡Habría oído mal! No conocía a nadie menos dispuesto para las

tareas del hogar.

Apreciaba la buena comida, desde luego, pero sólo si estaba exquisitamente preparada y dispuesta sobre la mesa. Del mismo modo que le gustaba vestir con la mejor ropa pero delegaba en otra persona, ella misma, para que se encargase de renovar su vestuario. Si lo dejase solo, sería capaz de aparecer con unos vaqueros.

una chaqueta de vestir y cada zapato de un color diferente; su mente estaba completamente ocupada por sus negocios y el imperio que había creado como para dedicar su tiempo a otros menesteres.

Entonces, ¿se trataba de una cena de confraternización? se preguntaba mientras lo seguía a través de la habitación. Tenía curiosidad por conocer sus dotes culinarias.

Estaba preparada para enfrentarse a una cena que consistiría probablemente en un trozo de pan y algo de queso, pero no para esa actitud de gracia. Jake pretendía que nada había ocurrido, y esa postura le alarmaba sobremanera.

Ella ni deseaba ni necesitaba su perdón. Pero se temía que Jake hubiese decidido seguir insistiendo en lo que seguramente consideraba una aventura más en su vida tal vez se proponía seguir como habían estado hasta entonces, aunque para ello tuviese que pasar por alto el comportamiento antagónico de Claire. Desde luego, si Jake iba a responder de ese modo ante sus ataques, estaba perdida; todo lo que había hecho hasta entonces habría sido una pérdida de tiempo. Por no mencionar toda la amargura que había sufrido; y la decepción.

Y su recelo aumentó cuando advirtió que, lejos de cenar en la cocina cualquier cosa que Jake hubiese encontrado en la nevera, había preparado todo a conciencia. La mesa ovalada del elegante salón, iluminada por las velas de una pareja de candelabros, exhibía la exquisita vajilla china y la cubertería que usaban sólo en ocasiones muy especiales.

—¡Pero...! ¡Te has esmerado mucho!

Claire esperaba no haberse mostrado demasiado impresionada, condescendiente, pero tuvo que admitir que su voz sonó demasiado sorprendida. Y nadie podría haber puesto una pega a la comida que Jake había preparado, sencilla, pero perfecta; los espaguetis en su punto, la salsa sabrosa y aromática, como a ella le gustaba; en cuanto a las ensaladas, fueron lo mejor de la noche.

—Espero haberte impresionado—le dijo a Claire suavemente mientras le servía el Chianti Classico en la copa de vino, después de haberse servido él mismo.

Claire desvió la mirada porque realmente había conseguido impresionarla. Pero no sabía por qué se había molestado, tal y como

estaban las cosas. Tampoco se atrevió a preguntar, porque la respuesta podría confundirla aún más.

El banquero de Lungarotti y el mío quedaron muy satisfechos con el acuerdo de compra de Harlow le dijo a Claire mientras tomaba los espaguetis diestramente con el tenedor de plata—. Te hubiese gustado, si le hubieses conocido. Es lo que yo llamo un hombre creativo y corporativo que, además, tiene un gran sentido del humor, mucho estilo e inteligencia. Harlow estará en buenas manos.

Claire seguía concentrada en su plato. A pesar de no haber comido apenas, no tenía hambre. Le resultaba dificil tragar la comida. Tan dificil como comprender su extraño cambio de actitud. Ella esperaba haberlo encontrado enfurecido y con razón, por haberlo dejado en la estacada frente a una reunión tan importante; además, le comunicó sus intenciones y lo que había organizado para la comida tan sólo una hora antes de que llegaran sus invitados.

Y lo había dejado solo, ¿para qué? Para simular un encuentro clandestino con un amante inexistente y presentarse después con ese horrible anillo, después de haber pasado por una de las tiendas más caras de la ciudad para recolectar unas cuantas prendas frívolas que añadiesen morbo a su aventura.

Entonces, ¿por qué no estaba Jake irritado? ¿Por qué estaba discutiendo sus complicados asuntos de negocios con ella, dándole una información que para sí hubiese deseado la competencia? Porque él aún confiaba en ella; estaba convencido de que su furtiva aventura amorosa, aunque molesta por ser la primera de la que él era consciente, pronto fracasaría, y Claire volvería feliz al redil a pesar de su primera intención de marcharse para siempre.

Tras dos años de vida en común, Claire se había acostumbrado a leer el pensamiento de Jake, felicitándose a sí misma, pues debía ser la única persona capaz de hacerlo. Pero su comportamiento actual la confundía, la inquietaba. Y si intentar tragar la comida que Jake había preparado le suponía un grave problema en ese momento, pretender averiguar qué estaba tramando Jake, era otro.

—Estaba delicioso todo—le dijo cuando juzgó que había comido lo suficiente como para quedar bien—. Has guardado muy bien el secreto. No tenía ni idea de que eras un excelente cocinero.

—¿Lo soy?

Jake pareció asombrado. Se inclinó hacia adelante y rellenó la copa de vino de Claire. Ella lo observo detenidamente. La camisa de seda gris oscura que lucía y los vaqueros negros realzaban su figura, los músculos de su pecho y los hombros.

—No recuerdo cuándo fue la última vez que preparé algo que se

parecía a una comida. Cuando tenía seis años me acuerdo que ayudaba a mi madre a cortar el queso. Después de todo, sólo hay que tener un poco de sentido común. Decidí prepararte la comida, para variar, y cuando me propongo algo, le pongo mucho interés y entusiasmo.

Sus palabras alababan su recién descubierta habilidad para desenvolverse entre hierbas aromáticas, tomates y delicioso aceite de oliva; pero sus ojos hablaban otro lenguaje distinto.

Claire enterró su nariz en la copa de vino para tratar de esconder el repentino e ingenuo sonrojo que le provocó aquella mirada. Ella lo sabía todo sobre su entusiasmo y su total dedicación a lo que tuviera entre manos.

Pero, en ese momento, los ojos de Jake estaban recordando, y estaba convencido de que ella lo recordaba también, el entusiasmo y la experiencia que derrochó cuando decidió, en aquella ocasión inolvidable, hacerle el amor.

Era algo que ella evitaba evocar. No podía soportar pensar en lo cerca que había estado de ser persuadida para consumar el matrimonio, lo fácil que...

Entonces, tal vez ése era el momento ideal para decirle que deseaba separarse porque se había enamorado. En el fondo no mentía, puesto que lo había hecho. Se había enamorado de él. Si decidía contarle que amaba a otro, eso supondría el fin de la terrible magnanimidad de Jake, que olvidaba y lo perdonaba todo. Esa benevolencia era peligrosa; le hacía amarlo aún más, sentirse culpable y despreciable...

Pero el momento pasó; el doloroso momento de poner en su boca aquella mentira que ella había ido preparando poco a poco, se desvaneció. Sería demasiado desagradable y rechazó, sin dudar, la idea de decírselo. Lo dejaría para otro momento.

Jake empezó a recoger los platos usados.

—La inestimable mujer de la limpieza se encargará de esto mañana. Yo tengo algunas llamadas de teléfono que hacer así que, ¿por qué no te vas a la cama? Tal vez acostarte temprano te ayude a mitigar el agotamiento que te invade.

Su irónico final consiguió que Claire se sintiese humillada. Pero hizo lo que Jake había sugerido porque sus propias mentiras se habían vuelto contra ella. Estaba realmente exhausta mental y fisicamente, incapaz de soportar la tensión, incapaz de pensar y de mantener una conversación coherente.

Tal vez le vendría bien acostarse temprano, pensó mientras se metía entre las sábanas. Y lo mejor que podía hacer para terminar con

esa incertidumbre que no tenía fin, sería sacar fuerzas de flaqueza y contarle a Jake la gran mentira final a la mañana siguiente; le exigiría que la dejase libre, que le permitiese salir de su vida.

Así trataría, de alguna manera, de enfrentarse al hecho de que el hombre al que amaba nunca la amaría a ella, que nunca la vería más que como a su mano derecha, la tapadera perfecta para sus otras aventuras amorosas.

Trataría, si podía, de terminar con él.

Capítulo 9

LEVÁNTATE, perezosa! Tómate el té, hace un día precioso ahí fuera. Brilla el sol y ya no nieva. ¿Sabes que roncas? Cada día aprendo algo nuevo, ¿no es fascinante la vida?

—¡Yo no ronco! —exclamó Claire medio dormida.

Se cubrió con el edredón la cabeza y se acurrucó en el confortable nido que representaba su cama. Y ¿cómo había averiguado si roncaba o no? Se lo estaría inventando.

No sabía cómo reaccionaría otra persona ante su vitalidad a esas tempranas horas de la mañana, pero ella llevaba los últimos dos años intentando convivir con ello y, probablemente, lo estaba consiguiendo, porque ni siquiera se molestó cuando Jake le apartó el edredón de una vez.

—Bébete el té —repitió mientras Claire se limitaba a mirarlo asombrada.

¿Desde cuándo la despertaba Jake por las mañanas con el desayuno preparado?, se preguntó Claire. Desde nunca. Observó además, a pesar de que aún no se había despertado del todo de su letargo, que Jake iba vestido de manera informal, con unos pantalones de pana negros y un jersey de iana gruesa. Tenía un aspecto mucho más entusiasta de lo que cualquier mortal hubiese estado a esas horas de la mañana.

—Lárgate—gruñó Claire de buen humor—. Haz un gran agujero en la carretera

«entierra dentro un autobús.

Utiliza toda esa energía que malgastas en algo que no me perjudique.

Dispuesta a hacer un esfuerzo para levantarse de la cama, sintió de pronto los brazos de Jake que atrapaban los suyos y la retenían apoyada contra las almohadas.

Y el contacto con esas manos fuertes sobre su piel desnuda fue suficiente para que los recuerdos volvieran a su mente; los recuerdos de todo lo malo que les estaba pasando.

Claire se mordió el labio mientras sostenía la taza y el plato que Jake le tendía.

Durante unos instantes, antes de estar plenamente despierta, Claire olvidó. Y había sido maravilloso. Imaginar que gozaban de nuevo de la armónica y estimulante relación que disfrutaron antes de que ella lo estropeara todo enamorándose perdidamente de él, fue un bálsamo para el alma atormentada de Claire.

—Gracias—dijo Claire algo tensa, refiriéndose al té—. Me levantaré en cuanto me tome esto.

Ella esperaba que Jake se portase bien y se marchase; pero enseguida comprobó que no iba a hacer tal cosa, y eso puso nerviosa a Claire. El se sentó al borde de la cama, observándola a través de esos inescrutables ojos grises.

¿Acaso estaba comparando el camisón blanco de algodón que lucía con las prendas que él había visto en aquella bolsa la tarde anterior? ¿Se preguntaría cómo le sentaría, por ejemplo, el erótico camisón de seda negra, mientras esperaba impaciente a su amante en alguna habitación de cualquier hotel, donde se hacían esas cosas clandestinamente?

Ponte algo cómodo y lleva ropa de abrigo—la instruyó, dejándola atónita.

Ella había esperado alguna referencia a su reciente comportamiento; las propias deducciones de Jake; tal vez una pequeña charla para decirle que pasaría por alto su romance, siempre que ella fuese, por encima de todo, discreta. No esperaba que le fuese a dar instrucciones sobre lo que debía ponerse ese día, desde luego. Pero, ¿por qué tenía que llevar nada? No iban a ir a ninguna parte.

Pues, parecía que sí. Terminó de beber el contenido de la taza de un sorbo cuando le escuchó decir, sin admitir explicaciones:

—Vamos a pasar las próximas dos semanas, en una casa de campo en Gales.

Perdidos en las montañas de Dyfed.

Lo decía regodeándose en las palabras, como disfrutando de ello sólo con mentarlo. «Eso es imposible», pensó Claire.

—¿No esperarás que yo me vaya a la montaña durante quince días en esta época del año, ¿verdad? —le advirtió Claire.

Y Jake enseguida pilló la indirecta, por supuesto que lo hizo, y fue un poco injusto con Claire.

—¿Por qué? ¿Demasiado poco civilizado para ti? —dijo burlón. Has vivido rodeada de sofisticación, especialmente en los últimos dos años. Pero no olvides que hay otras cosas en la vida a parte del lujo al que te has acostumbrado. ¿O es que hay otra poderosa razón, a parte de que te disgusta una vida tan rural?

Ese era el momento oportuno, el momento ideal y perfecto para soltar el discurso que se había repetido tantas veces a sí misma. El otro hombre, el amor de su vida...

Pero no se atrevió, las palabras bullían en su mente, sin sentido, sin una forma ordenada que adquiriese significado. Enmudecida, hizo un gesto afirmativo con la cabeza mientras trataba de aclarar sus ideas, pero Jake siguió hablando y el momento ideal se volvió a escapar de entre sus manos.

—No te creo. Pero nos vamos ahora mismo. Tengo un proyecto en mente y te necesito allí conmigo—añadió en un suave y peligroso tono de voz—. Aún trabajas conmigo, ¿recuerdas?

Claro, pensó mientras se recostaba de nuevo sobre las almohadas y observaba a Jake saliendo de la habitación. El no lo sabía, por supuesto, pero su forma de comportarse la afectaba en lo más profundo de su ser. Siempre había insistido en que trabajaba con él, no para él. Y lo seguía haciendo. A pesar de que Jake sabía que ella trataba de poner fin a su matrimonio, y de que sospechaba la razón, aún se comportaba como si estuviesen viviendo los momentos más felices y los mejores días de su relación.

Claire se preguntaba si existía una palabra que describiese la anulación de la voluntad de una mujer ante un hombre. Porque eso era precisamente lo que Jake bacía con ella.

Dos horas más tarde, salían de Londres en el todo terreno que Jake acababa de comprar y que habían dejado frente a la puerta del apartamento aquella misma mañana a las diez. Claire seguía desorientada, como si la realidad diaria se hubiese visto poseída por extraños y misteriosos sueños en los cuales nada ocurría como se esperaba.

Las dos últimas horas habían sido muy movidas. Ella se encargó de hacer las maletas para los dos, mientras Jake hacía varias llamadas de teléfono y avisaba a la señora Fellows que no necesitarían sus servicios durante las siguientes dos semanas.

Por fin, Jake se dirigió a la cocina para vaciar el contenido del frigorífico y meterlo todo en bolsas. Si el interés de Jake por las cuestiones domésticas ese día, se unía al éxito como cocinero de la noche anterior, Claire no sabía qué pensar; jamás hubiese imaginado en él una reacción de ese tipo ni en un millón de años.

—Nos las tendremos que apañar solos —le dijo a Claire—. No habrá servicio de reparto donde vamos a estar, ni tendremos los almacenes Harrods a la vuelta de la esquina. Será divertido.

—¿Tú crees? —contestó algo apagada.

Dos semanas con Jake sería más de lo que creía que podría soportar. El derrochaba entusiasmo por los cuatro costados, y a Claire le dolía no poder compartir su estado de ánimo.

—No entiendo por qué te interesa ahora un lugar tan apartado. Ultimamente, has estado deshaciéndote de empresas y terrenos, más que adquiriéndolos.

Claire observaba el cabello oscuro de Jake, que lucía un corte clásico, pero decidió desviar su atención a otra dirección porque no tenía sentido insistir en la belleza y la sensualidad de su virilidad y lo

que provocaba en ella. Parecía que Jake estaba a punto de soltar una carcajada a su costa, pensó Claire sin dudarlo.

—¿Sabes, querida... —dijo Jake inclinando la cabeza hacia un lado en un gesto que la dejaba sin respiración— .que te pones muy sensual cuando intentas ser tan remilgada? Y no he adquirido nada, simplemente, he tomado prestado.

—¿Por qué? —preguntó ella.

Claire hacía lo que podía por ignorar el dulce estremecimiento que la invadía. No sabía cómo haría para negarse, en caso que Jake decidiese flirtear con ella.

—Bueno, eso es lo que yo quiero saber y lo que tú debes averiguar. Lo único que puedo decirte es que tiene implicaciones importantes para el futuro.

Se embelesaba escuchándolo, como siempre; pero intentó sobreponerse. En lo que a ella concernía, esa conversación que no les llevaba a ninguna parte, había terminado. Levantó una de las pesadas bolsas y salió al elegante portal donde el resto de las maletas y paquetes esperaban ser cargados. Jake era imposible, y ella no sabía por qué estaba consintiendo su última locura, por qué no había aprovechado la portunidad que se presentó para decirle la mentira que pondría fin a todo eso.

Pero sabía bien por qué, pensó con tristeza, mientras esperaba que Jake activara los complejos sistemas de seguridad y avisase al portero, mediante una llamada interna, el tiempo que estarían ausentes. Sabía perfectamente bien por qué había dejado pasar la oportunidad. Odiaba engañar a Jake y no iba a empezar a engañarse a sí misma. No era lo suficientemente valiente, o lo bastante fuerte para dar el paso final e irreversible que conduciría a la separación para siempre. Esa era la verdad dificil de reconocer.

Desde ese momento, Claire se protegió en su pequeña concha. Sentada en silencio junto a él, mientras que Jake conducía el inmenso vehículo a través del caótico tráfico de media mañana de Londres. El no podía saber lo desesperada que estaba tratando de mantener el ánimo que parecía haberse esfumado; y tampoco se daba cuenta de que su gran vitalidad interfería negativamente en las buenas intenciones de Claire.

Ella no nació débil, ni creció siendo de esa manera. Más bien al contrario. Pero allí estaba siguiéndolo como un cordero, a pesar de que ni siquiera Jake había dejado claras las razones para hacer esa locura. Así que, lo seguía por el mero hecho de que necesitaba aprovechar los últimos minutos que iba a estar con él, para recordarlos en un incierto futuro.

Amarlo la había conducido a un estado de enajenación mental. Debería haberlo abandonado hacía semanas, desde el mismo momento en que supo que lo amaba.

Pero todo lo que había hecho eran planes y conspiraciones, y poner excusas continuamente para prolongar el dulce tormento.

Se despreciaba a sí misma.

—¿Enfadada? —preguntó Jake, rompiendo el silencio al fin. Ella lanzó una mirada de soslayo a su perfil perfecto. Eso no la ayudó en nada. Había ocurrido lo mismo cuando hicieron el viaje a Hong Kong. Ella no discutió con él, porque había decidido mostrarle su disgusto por salir de Londres dejando que él imaginase el motivo.

Claire se encogió de hombros, sabiendo que la atención de Jake estaba puesta en la carretera y que no la vería. Y, sabiendo también, que advertiría su estado. No se le escaparía ese detalle. Nunca lo hacía, y ésa era una de las razones de que su carrera de altos vuelos hubiera sido tan brillante.

—Pensaba, simplemente—dijo Claire.

Decidió no mentir y que él sacara sus propias conclusiones, como que estaba afligida porque él forzaba una separación entre ella y su amante.

—Cuéntame—dijo Jake despacio—. Quiero saber qué es lo que pasa por tu cabeza.

No pensaba decírselo. Dejaría que él se lo imaginara. Estaba claro que las semillas de la sospecha crecían en la mente de Jake. Claire dejó a un lado las ideas que le rondaban la cabeza y preguntó distraída:

Supongo que ya te has olvidado de la casa. ¿Es ya otro de los proyectos sobre los que has perdido el interés y piensas deshacerte de ella'?

No pudo evitar un halo de amargura ante la semejanza con su situación personal; él también había perdido muy pronto el interés por ella como proyecto y todavía pensar en ello le dolía profundamente.

No habían vuelto a mencionar ese lugar desde que regresaron a Londres, y ella no sabía por qué. Jake estaba encantado con su nueva adquisición, aunque la palabra encantado no describía la excitación profunda que sentía por aquella casa. Y, por alguna extraña razón, Claire se sentía aún dolida porque no había contado con su opinión para adquirirla, como él dijo que siempre haría.

¿Tal vez Jake veía la separación como algo inevitable, a pesar de que intentaba negar que ocurriría? ¿Estaba empezando, aunque fuese de modo inconsciente, a apartarla de su vida y de las decisiones importantes que tomaba?

—¿Te refieres a Harnage? —la miró de soslayo antes de devolver la atención a la carretera—. ¡Qué va! Los dos vamos a invertir mucho tiempo en esa casa en un futuro próximo.

Lo dejó así, como si eso lo explicase todo y no hubiese nada más que decir. Y

Claire se enterró en el asiento, absoluta, profundamente encantada.

Cuando llegaron al final del camino empedrado y aparcaron el vehículo frente a la casa de piedra que parecía medio enterrada en la ladera de la montaña, el día había perdido el aspecto primaveral, y se había tornado en una tarde fría y desapacible.

Un viento helado soplaba del norte. La vasta extensión de montañas que los rodeaba dibujaba un perfil de sombras plateadas y grises, reflejando los tonos del cielo oscurecido. Claire se acurrucó dentro del abrigo mientras Jake buscaba la llave en los bolsillos del pantalón.

—Sea quien sea al que le has pedido prestado esta casa, es un masoquista.

Ella no podía hacerle saber que estar con él en ese lugar, los dos solos, en esa soledad salvaje y espléndida, pondría a prueba su capacidad de resistencia frente a Jake.

—Deberías ver esto en verano —la luz que lo reflejaba oscureció su rostro, que contrastaba con la blancura de sus dientes—. Martin Beck, el dueño de este lugar, fue a la escuela conmigo. Nunca perdimos del todo el contacto.

Jake introdujo la llave en la cerradura y abrió la pesada puerta de madera.

—Dirige una de las mejores agencias de publicidad de Londres y, en el momento en que piensa que va a perder los estribos, se viene aquí con toda su familia. Me debe un par de favores y le llamé la otra noche por teléfono. Me envió las llaves con un mensajero; podemos quedarnos el tiempo que sea necesario.

¿Necesario para qué?, pensaba Claire mientras lo seguía al interior de la casa, sintiendo que le temblaban las piernas. Creía que lo conocía todo lo bien que se puede conocer a la persona con la que convives, pero su comportamiento últimamente y sus motivaciones, la desbordaban. Además, surgían de pronto fragmentos del pasado de Jake que Claire desconocía por completo. Y que nunca conocería ya.

Reparar en ello le causó un gran pesar.

Pero tendría que vivir con ello, se dijo, infundiéndose ánimos. Si estaba allí en aquel momento era sólo culpa suya. Ella tuvo la oportunidad de hacer algo positivo.

decirle que su matrimonio estaba acabado porque había

encontrado a otro hombre, y todo habría acabado. Así que tendría que apechugar con las consecuencias todo el tiempo que fuera necesario, pensó parafraseando las palabras de Jake. Seguía sin tener ni idea de lo que había querido decir con esas palabras.

Jake encendió una lámpara de aceite y la habitación cobró vida de repente.

Las paredes de piedra estaban pintadas en un color albaricoque y predominaban los muebles de pino, con alfombras de colores sobre el suelo de pizarra. El frío y la humedad acumulados penetraban hasta los huesos.

—Se supone que hay un generador en una caseta, en la parte trasera de la casa —

dijo Jake . Las lámparas de aceite son muy románticas, pero necesitamos electricidad para el frigorífico y el agua caliente. ¿Por qué no vas sacando las cosas del coche mientras yo busco lo necesario para encender la chimenea?

Y desapareció por la puerta del fondo de la habitación.

Se dispuso a hacer lo que Jake le había dicho. Si tocaba hacer el papel de Viernes para su inesperado Robinson, tenía que hacerlo, no había otra opción. Pero. desde luego, se encontraba bajo tal presión emocionaL que no se había percatado del comentario de Jake sobre el efecto romántico de la luz de la lámpara. Ni entendía por qué lo había tenido que decir.

Cuando terminó de depositar las maletas en la sala de estar, colocó los alimentos que habían llevado del apartamento dentro del silencioso refrigerador de la inmensa cocina. Para entonces, Jake ya había preparado el fuego y se lavaba las manos en el agua helada que caía sobre el lavabo de piedra de la cocina. Claire olvidó que no iba a hacer preguntas.

—Y ahora, ¿qué hacemos? Todavía no sé por qué querías que viniese a este lugar.

—Estamos aquí para relajarnos —le dijo, sonriendo de aquel modo que lograba estremecerla . Para variar un poco de islas tropicales o pueblos de pescadores en España.

Claire se dio la vuelta y salió de la habitación. Tenía que alejarse de esos ojos inteligentes y vivos que posaban su mirada en ella y que estaban a punto de conseguir que se abandonase a sus instintos, decirle cuánto lo amaba, lo desesperadamente que lo necesitaba. El no sabía lo cruel que estaba siendo con ella.

Lágrimas amargas llenaron sus ojos mientras, poco después, se arrodillaba frente al incipiente fuego de la chimenea y atizaba los carbones que ardían con fuerza.

Necesitaba hacer algo, algo que distrajese su atención durante los instantes de más tensión. —Lo vas a apagar si haces eso. Déjalo—dijo Jake tras ella, con voz cálida y amable.

Le puso las manos sobre los codos y la instó a ponerse en pie. Luego, deslizó las manos hacia la cintura de Claire, atrayéndola hacia su cuerpo robusto.

Ella permaneció rígida; era el único modo de mantener el débil auto control. Si se movía, la sensación que recorrería su cuerpo sería su perdición, su ruina.

—Algo marcha mal desde que Liz recibió esa herencia—siguió diciendo Jake .

Estamos aquí para hablar de ello y arreglarlo. Pero aún es pronto.

Claire estuvo a punto de gritar al escuchar esas palabras que le inundaron el corazón. Jake reposó la cabeza contra la de Claire y ella contuvo la respiración muy, muy asustada, tratando de evitar caer irremediablemente en sus brazos y cobijarse entre la calidez de su pecho y decirle todo, la verdad, que lo amaba, que deseaba compartir su vida, que no sabía si podría vivir sin él...

Se mordió tan fuerte el labio que sintió el sabor de la sangre. Jake levantó la cabeza para mirarla.

—Los dos necesitamos unos días de relax, antes de nada. Así que, ¿por qué no subes a ver las habitaciones antes de que preparemos algo de comer?

Y tres días después había desaparecido toda la tensión entre ellos como por arte de magia. Cayeron en una rutina agradable y cordial, y Claire dejó de hacerse preguntas. Sería bonito mientras durase, pensaba. y mucho más para ella, que sabía que esa situación terminaría pronto y no volverían a repetirse situaciones semejantes.

Tarde o temprano, él querría saber qué marchaba mal, y ella le contaría la desagradable mentira. Eso supondría el final de todo.

Claire había dejado de contener la respiración cada vez que Jake hablaba por temor a que empezasen sus preguntas. Hablaban continuamente, como siempre lo habían hecho, nada complicado, nada peligroso. Se encontraban cómodos estando juntos, teniéndose cerca; el ingenioso humor de Jake los hacía reír a menudo, como en los días remotos de su inocencia. Antes de que cometiese el error de enamorarse de él.

Paseaban cada mañana por la montaña, porque el tiempo se mantenía igual que el día que llegaron, primaveral hasta media tarde y luego, vuelta al invierno. Y, como recompensa, la robusta casa de piedra con el fuego de la chimenea encendido. Pero aquel día había sido diferente. Empezaban a escasear las provisiones, así que tuvieron

que pasar la mañana comprando junios en el mercado del pueblo más cercano y salieron a pasear por la tarde.

—Parece que va a llover. Será mejor que volvamos antes de que empiece a hacer más frío.

Claire lo miró angustiada. Envuelto en la cazadora verde oliva y caminando contra el viento que revolvía sus cabellos, parecía un dios pagano, el rey de aquellas tortuosas montañas.

La agradable y acogedora sala de estar, alumbrada tan sólo por la lámpara de aceite, la reconfortante preparación de la cena entre risas y comentarios divertidos, suponía un placer para recordar siempre, para almacenarlo en su mente y disfrutarlo como un tesoro. Cada hora del día marcaba una hora más de placer junto a él; y los acercaba más y más hacia la inevitable separación.

—Si subiésemos al pico de esa montaña —dijo algo adormilada—. ¿Veríamos el mar desde allí?

El la miró sonriente.

No se te ocurra ni pensar en eso. No pienso subirte allí arriba para comprobarlo.

Pero escucha... —Jake tomó a Claire de la mano—...podríamos acercarnos con el coche hasta la costa mañana por la mañana. ¿Qué te parece?

Ella se aferró a los dedos de Jake como si no fuese a dejarlos marchar nunca, Claire se permitió esa pequeña licencia porque él no pensaría nada extraño. El camino era estrecho, el suelo inestable, y si él se diese cuenta, seguramente se acercaría más a ella, aumentando así el contacto fisico para adquirir más confianza en la bajada.

—Tal vez —respondió Claire con la respiración entrecortada.

Jake tal vez pensaría que esa dificultad en la respiración se debía a lo intrincado del terreno, aunque ella sabía bien que la razón era el efecto del contacto con su piel.

Quizás Claire se negase a esa excursión a la costa. Aunque estaban fuera de temporada, seguramente habría gente por los alrededores, mientras que allí arriba estaban solos; ellos dos y los pájaros silvestres, pues, hasta las ovejas habían buscado lugares menos inhóspitos para pastar.

Estar allí con él, más cerca que nunca el uno del otro, no podía ser negativo.

Abandonarlo iba a causarle más dolor y angustia de lo que había imaginado, por tanto, ese dulce tiempo para profundizar en su amistad no haría más difícil la separación; nada podría hacerlo peor. Al menos, tendría algo para recordar, algo precioso que la ayudaría a compensar los malos ratos, como cuando Jake trató de hacerle el amor

sólo porque era imprescindible en su trabajo, como cuando no se molestó siquiera en negar su aventura con la princesa italiana, por no hablar de la confesión de no desear entregarse a una relación duradera con una mujer. Lo que, para Claire, significaba que pretendía seguir con sus aventuras esporádicas cuando le viniese en gana.

Así que esos momentos la ayudarían a borrar de su mente los malos ratos con él.

Las cosas habían cambiado entonces, hablaban en tono más amable, se producían más contactos físicos esporádicos entre ellos. Mientras volvían hacia casa, Claire posó los pies en una piedra inestable en medio de la corriente de un río.

—Salta, cariño —exclamó él, abriendo los brazos—. Cierra los ojos y salta. Yo te agarraré.

Y así lo hizo. Sin dudarlo. No le cabía duda de que él se aseguraría de mantenerla a salvo. Lo único que le preocupaba era su propia reacción en el momento de cobijarse en sus brazos. Jake deslizó las manos hasta su cintura despacio, tan despacio que el cuerpo de Claire tembló bajo el poderoso influjo de su cuerpo.

Pero Jake probablemente no se dio cuenta de que ella se había ruborizado ante el propio deseo que ardía en su interior, ante la respuesta salvaje de su cuerpo bajo el influjo de su fiera masculinidad, que la dejaba débil y vulnerable; abierta completamente a él. No, por supuesto que Jake no se había dado cuenta.

Con firmeza, Claire se liberó de entre sus brazos, esperando que no se le hubiese notado que ese contacto había despertado su fogosa sensualidad.

—Gracias—balbuceó—. Me has salvado de un buen remojón. ¡Estaba a punto de caerme! Te propondré para el equipo de rescate de montaña cuando quieras...

Simplemente, se olvidó de lo que quería seguir diciendo, estremecida ante la mirada profunda que le enviaban los ojos de Jake. Claire supo que corría peligro de dejarse llevar por sus propias emociones.

Al final, los dos terminaron empapados puesto que, a medio camino, empezó a diluviar. Cuando llegaron a la casa, Jake, que no delataba cansancio después de la frenética carrera, le dijo:

—Date un baño caliente mientras yo preparo el fuego, y no salgas de allí hasta que hayas entrado en calor.

Y le dio una palmada en el trasero, como para impulsarla escaleras arriba.

Mientras subía, Claire se preguntaba si ese gesto había sido un inocente juego de Jake o intentaba con ello explorar sus formas

femeninas.

Por supuesto que no, se aseguró convencida. Comenzó a quitarse la ropa mientras se llenaba el baño de agua. Estaba llevando su imaginación demasiado lejos. Una imaginación insana después de haber sentido el contacto cercano del cuerpo que deseaba tan intensamente.

Le resultó difícil quitarse los pantalones de pana empapados. Recordó que Jake había evitado el contacto físico entre ellos durante la mayor parte del tiempo que habían pasado juntos. Aquello cambió después de que Liz recuperara la independencia económica, y Claire sabía por qué. Pero rechazó pensar en ello. Jake no iba a darle una segunda oportunidad. Lo había intentado una vez, pero no se molestaría en hacerlo de nuevo. Así que estaba loca si alimentaba esa idea en su cabeza. El contacto casual no significaba nada; era parte de su cada vez más intensa confianza, de su más profunda amistad, que se vendría irremediablemente abajo cuando Claire confirmase las sospechas de Jake.

En cuanto a ella, lo único que pretendía era el privilegio de guardar esos preciosos días en su memoria, para recordarlo, no como su jefe, o como el marido de conveniencia, sino como su mejor amigo. No podría recordarlo como amante; nada permitiría que eso ocurriera, ni siquiera el deseo que sentía por él. Quizás Jake también lo desease, pero parecía algo bastante improbable.

Se metió dentro del agua caliente y perfumada, y se recostó sobre la bañera esforzándose por dejar la mente en blanco y relajarse. Y lo consiguió con creces.

Cuando se puso unos vaqueros viejos y un jersey de lana rojo y bajó a la sala de estar donde la esperaba el calor del fuego, se sintió serena y muy tranquila.

Jake salía por el pasillo para darse una ducha cuando ella llegaba. No cruzaron una palabra, pero la mirada de él fue cálida, como si le gustase lo que estaba viendo.

Para su asombro, Claire sintió que sus pechos se erguían endurecidos y chocaban contra el cómodo jersey de lana. Y sólo bastó una mirada de esos ojos profundos y calientes.

Como en un sueño, Claire se detuvo y contempló su imagen en el espejo de cuerpo entero que colgaba de la pared del pasillo. Durante los últimos días, Jake la había estado viendo con un aspecto distinto al habitual.

Para acoplarse a su posición como esposa de Jake, Claire se había gastado casi todo el dinero que ganaba en su imagen. Siempre aparecía impecablemente vestida, siempre elegante. Incluso cuando la

llevaba a algún lugar exótico para relajarse, ella también usaba ropa informal de los mejores diseñadores.

Los vaqueros y anoraks que estaba utilizando en ese viaje eran reliquias de los años anteriores a casarse con él, guardados en maletas olvidadas porque, por la educación recibida, era incapaz de tirar nada.

Casi inconscientemente, se recompuso frente al espejo. El pelo corto parecía algo despeinado, incluso después de haberlo cepillado; el suéter rojo, reflejaba su color a las translúcidas mejillas de Claire mientras que moldeaba el contorno de sus pechos.

Las esbeltas caderas envueltas en unos viejos vaqueros.

¿Le habían dicho la verdad los ojos de Jake? ¿Realmente le gustaba lo que había visto? El siempre se mostró satisfecho, incluso admirado, del estilo elegante que ella se procuraba para él. Pero quizás no la había mirado como a una auténtica mujer sino tan sólo como un accesorio, una ayudante que compartía su poderoso estilo de vida.

Quizás, después de esos días, había logrado verla por primera vez como a una mujer de sangre caliente.

Peligrosos pensamientos. Pero Claire estaba embrujada, poseída por una fuerza que se escapaba a su control. No iba a preocuparse de nada en ese momento. Ni siquiera de los peligrosos pensamientos que la asaltaban, ni de los todavía más peligrosos sueños. Todo el mundo debería soñar a veces.

Al entrar a la sala de estar, Claire advirtió una botella de vino tinto abierta sobre una mesa baja. Se dirigió hacia la cocina y comenzó a preparar una ensalada como acompañamiento a los filetes que habían decidido preparar para la cena. Estaba picando nueces y apio cuando sintió unas manos que se posaban sobre ambos lados de su delgada cintura e, instintivamente, buscó el roce del cuerpo masculino de Jake.

Luego, se dio la vuelta y se perdió en sus brazos sin poder evitarlo. Y respiró el fresco olor de su cuerpo recién bañado y algo más, algo que era la propia esencia de Jake, simplemente él. Claire dejó que sus manos acariciasen el suave algodón de la camisa negra que se había puesto. Y sintió el palpitar de su corazón, y la contracción de los músculos de Jake antes de que él dijese:

—Es demasiado pronto para comer. Ven conmigo.

Y ella lo siguió. Hechizada, encantada; insensata. Pero no deseaba hacer otra cosa que no fuera eso.

Capítulo 10

LA LÁMPARA estaba encendida, añadiendo con su brillo vacilante, calidez a la habitación. Jake se volvió para mirarla, con una mirada indescriptible y, lentamente, levantó los largos brazos para alcanzar el rostro de Claire. Y ella permaneció allí, inmóvil, como si estuviese viviendo un sueño, incapaz de moverse, sin poder hablar, tan sólo amándolo, deseándolo...

Jake entornó sus gruesas y oscuras pestañas que ocultaron así la expresión de sus ojos. Su mirada reposó sobre la boca de Claire. Ella, abrió ios labios levemente, jadeando mientras su cuerpo, ardiente y tembloroso, se balanceaba y ardía en una fiebre que le quemaba por dentro; Jake iba a besarla y eso no debía ocurrir.

Y no ocurrió.

—Es hora de que hablemos, cariño —dijo él.

Su voz sonaba tan dulce que a Claire le resultó un sufrimiento amargo reconocer que el momento había llegado. El horrible, inevitable y temido momento. No el de la verdad, sino el de las mentiras. Y, una vez que se lo dijese todo, no habría posibilidad de dar marcha atrás, nunca.

Claire no podía permitir que las cosas siguiesen como hasta entonces. Esa opción quedó definitivamente cerrada desde el momento en que se enamoró de él. Tenía dos posibilidades, una impensable, la otra deplorable. Había que elegir. Y ella ya había hecho su elección.

Suspiró profunda y largamente. Las manos de Jake le rodearon la cintura, sujetándola con una ternura que provocó que Claire sintiese deseos de llorar. Tomó aire para evitar el sollozo y Jake la agarró con más fuerza aún, como si supiese lo que estaba ocurriendo. Su voz sonó susurrante junto a su oído:

—No hay un problema tan grande que no pueda resolverse. No tienes que decir nada, cariño. Tan sólo relájate y déjame hacer a mí.

Una de las manos de Jake acarició la línea de la espalda de Claire. Ella se estremeció convulsivamente, luchando contra el fatal deseo de estrecharse contra él y permitir que el destino y su amor por él demostrasen sus verdaderos sentimientos.

Le dejó hacer. Porque ella sería capaz de entregarse a él, ser suya para toda la eternidad; pero se volvería loca, porque la necesidad más profunda de todo ser humano quedaría insatisfecha, la de ser amado. Porque Jake no la quería.

Entonces, el sollozo se hizo dolorosamente intenso. Desesperada, intentó rebelarse contra sus propios sentimientos que la traicionaban y trató de liberarse de la dulce prisión de los brazos de Jake. Pero él fue más rápido y la agarró, como si se tratase de una niña, y la colocó

encima de sus rodillas, después de sentarse él en uno de los sillones.

Claire se permitió, sólo por un momento, al menos eso pensaba, reposar la cabeza en el regazo de Jake. Sólo para tratar de recobrar la calma y recuperar la compostura, se aseguró. Sólo un minuto más y estaría en condiciones de preguntarle qué creía que estaba haciendo. «Suéltame, canalla», se decía a sí misma, mientras se agitaba histérica.

Jake se percató de la tensión que estaba soportando y trató de reconfortarla.

—No tienes que estar tan tensa, créeme. Has estado viéndote con otro hombre.

No, por favor, no trates de negarlo, cariño—la miraba con dulzura mientras ella permanecía rígida contra su regazo—. Has dejado demasiadas pistas, lo cual es un consuelo, supongo, porque si hubieras tenido otros amantes, ya habrías aprendido a no dejar evidencias por todas partes. Y ha habido muchas, te lo aseguro. Justo desde que volví de Roma y te encontré hablando animadamente con alguien por teléfono.

Dijiste que habías estado hablando con Liz. Pero la culpabilidad en tu rostro me demostraba que estabas mintiendo. Luego, tu deseo de terminar con nuestra maravillosa relación de trabajo por una excusa falsa. Tú no te encuentras ni cansada ni aburrida. Sí, cariño, han sido muchas las pruebas. No voy ahora a enumerarlas todas.

Claire llenó los pulmones que había mantenido sin aire, inconscientemente, mientras Jake hablaba. Podía escuchar el ritmo acompasado del corazón de Jake. Sin embargo, el suyo, latía frenético y sin control. El no demostraba estar irritado ni, por supuesto, celoso. Aquello le demostraba, una vez más, lo que ella ya sabía. Jake no estaba emocionalmente involucrado en nada que tuviese que ver con ella.

Lo único que le gustaba de ella era su habilidad para organizar su agitada vida a su completa satisfacción. Algo, como él mismo se encargaba de recordarle de vez en cuando, que no era capaz de hacer ningún otro empleado.

—No voy a decir que me agrada la situación—le dijo a Claire—. Pero lo comprendo, y no debes sentirte culpable, porque la culpa es más mía que tuya.

Claire se mordió el labio inferior, nerviosa. Deseaba haberse equivocado y que Jake se hubiese sentido herido ante su supuesta aventura sentimental. Pero no era así, y tenía que afrontarlo.

Claire gimió imperceptiblemente sobre el suave tejido de la camisa de Jake, que desprendía el calor de su cuerpo. Ella cerró los ojos. No tenía nada que hacer, ni nada que decir. Tan sólo, confirmar sus

sospechas.

Todo había resultado demasiado fácil hasta entonces. Claire había imaginado para el acto final una escena horrible; Jake enfurecido, frío y cortante, le ordenaría mantenerse alejada de su amante mientras estuviesen legalmente casados. Le habría recordado que los periodistas airearían su infidelidad en la prensa y que él quedaría como un hazmereír delante de todo el mundo.

Pero parecía que eso no le preocupaba, o, tal vez, pensaba que ya era demasiado mayorcito como para que le perturbasen esas cosas. Fuese lo que fuese, era dificil pensar claramente cuando una de las manos de Jake le acariciaba el pelo, dulcemente, reconfortándola, como si intentase conseguir que sus problemas desapareciesen...

—Lo dejaste claro desde el principio—siguió diciendo Jake—. Cuando yo te sugerí nuestro futuro acuerdo, me aseguraste que el compromiso de matrimonio no tenía sentido. Pero los dos teníamos nuestras razones para llevarlo a cabo, aunque muy distintas. No lo pensé como debía—le confesó, algo tenso mientras la abrazaba con más fuerza—. Tú tienes los mismos deseos y necesidades fisicas que cualquier persona, y eres demasiado hermosa como para tener problemas para encontrar un hombre. Tal y como estaban las cosas entre nosotros, tenía que ocurrir tarde o temprano...

—¡Ah! ¿sí?

Claire se incorporó furiosa buscando la fuerza necesaria para liberarse de la potencia indómita de los brazos de Jake. Se estaba limitando a una cuestión de biología, hablando como si ella fuese una hembra en celo. ¡La había insultado!

—También tenía que ocurrir lo tuyo con la princesa italiana? —exclamó Claire enrojecida de ira—. ¿Con ella y con cuántas más9 ¿O es que ya has perdido la cuenta?

Los ojos grises de Jake brillaron con la satisfacción del culpable, y ella quiso abofetearlo por lo que esa mirada implicaba. ¿Estaba pensando en el voluptuoso cuerpo latino de la italiana o se regodeaba pensando ya en las futuras amantes por llegar? ¿o por todas las otras que habían pasado por su vida?

—La Giancetti. Me preguntaba cuándo iba a salir en la conversación.

La expresión de Jake se suavizó y desplegó todo su encanto. Claire lo miró enfurecida. Lo odiaba. Lo odiaba por haber hecho que ella lo amase. E intentaba con todas sus fuerzas liberarse de entre sus brazos, retorciéndose enojada mientras los brazos de Jake se aferraban aún más a sus caderas.

Deja de contonearte mujer, o no soy responsable de mis actos. Aún

tenemos cosas de qué hablar. Estoy tratando de mantener la calma, pero no respondo de mí mismo si…

¿Estaba sugiriendo que ella era la responsable de esa.., esa inesperada escenita?

Claire explotó, roja de ira, sin guardar la compostura ni las formas, dejando paso a la furia y al dolor, y a la desesperada necesidad de defenderse.

—¡Pues habla! —exclamó contra su cuello, incapaz de moverse entre los brazos de quien la mantenía prisionera . Pero suéltame. No tengo por qué estar encima de ti.

Puedo sentarme al otro lado de la habitación y oírte. ¡No estoy sorda, ya lo sabes!

Pero parecía que él sí. Ignoró sus demandas e incluso la tomó aún con más fuerza y, con voz airada, declaró:

—Necesitas una relación completa y amorosa. Yo lo entiendo, y me culpo a mí mismo por no haberme dado cuenta antes. Yo te lo ofrecí, ¿recuerdas? —apretada contra su pecho, Claire podía notar su voz disgustada—. Pero no con la delicadeza que tú, obviamente, esperabas y te mereces. Así que te pido que me dejes intentarlo de nuevo…, por los viejos tiempos.

Su voz se suavizó de un modo alarmante; dulce y suave como la miel. Luego, siguió hablando.

—Prometo hacerte olvidar a ese hombre, sea quien sea.

Así de fácil. Como si ella tuviese un grano y no le importase quién se lo iba a rascar. La furia que embargaba a Claire estaba a punto de explotar. Nunca escuchaba de la boca de Jake las palabras que necesitaba oír. Nunca una palabra de amor.

Pero, ¿qué podía esperar? El quería que ella permaneciese fiel al acuerdo que habían establecido, eso era todo. Y si sus sentimientos le estaban jugando una mala pasada, bien, era su problema. Aunque parecía que Jake se estaba molestando mucho en consolarla y aplacar sus nervios, Claire jamás se había sentido tan ofendida y degradada en toda su vida.

La tensión que le bullía por dentro derivó en un ataque de furia y comenzó a golpearle el pecho con los puños, esta vez utilizó toda la fuerza que fue capaz de reunir para escapar de sus garras. Y Jake la dejó ir, pero inmediatamente, la volvió a atrapar por las caderas, colocándola de nuevo en su regazo. Claire estaba enfurecida.

—¿Quién diablos te crees que soy yo?

Claire soltó aquellas palabras frente a su cara, como si se tratase de un insulto, deseando abofetearlo por esa débil y dulce sonrisa.

—Una mujer guapa, inteligente y muy deseable.

Jake fijó la mirada en ella. Su rostro masculino, dorado por el efecto de la luz de la lámpara, que suavizaba sus facciones y reflejaba el fuego vacilante de la chimenea.

Todo el amor que sentía por él volvió a aflorar, no pudo evitarlo. Y, cuando las manos de Jake acariciaron suavemente sus caderas, Claire rompió a llorar; porque era más de lo que podía soportar.

El pareció muy afectado.

—No llores. No quiero verte llorar nunca.

La apretó contra su cuerpo, sin dejar de acariciarle la espalda. Su voz sonaba dulce, tan dulce.

—Déjamelo a mí. Todo irá mejor ahora, te lo prometo—murmuraba.

Como si fuese una niña con un problema sin importancia que podía ser resuelto con el mero sentido común de un adulto.

Pero ella no era una niña, era una mujer. Y, como mujer, lloraba desesperadamente por el hombre al que amaba. Lejos de reconfortarla, las caricias en su espalda la estaban volviendo loca. Claire se aferró alrededor de los hombros de Jake mientras, abatida por las lágrimas, su rostro lloroso buscaba el cobijo de su piel desnuda, sobre su pecho.

—¿Te encuentras mejor, cariño? —susurró él.

Y tomó las manos de Claire entre las suyas y la incorporó de nuevo.

Ella estaba demasiado indefensa, y dócil, como para hacer el esfuerzo de escapar de su regazo. Se enjugó las últimas lágrimas y pudo ver entonces el gris de los ojos de Jake, y su pecho que respiraba casi violentamente.

—Toma... tal vez necesites un poco de esto. Yo lo necesito.

Su voz sonaba afectada mientras alcanzaba la botella de vino. Llenó las dos copas que esperaban sobre la mesa junto al sillón. Le ofreció una a Claire que, con dedos temblorosos, la agarró y bebió parte de su contenido como si estuviese muerta de sed.

Amablemente, Jake volvió a colocar la copa sobre la mesa, junto a la suya que no había tocado. El vino y la necesidad de él se le subieron a la cabeza a Claire casi inmediatamente.

—Pensé..., pensé que habías dicho que necesitabas beber—dijo tartamudeando.

—No de ese recipiente—susurró él, mientras se inclinaba hacia ella, muy cerca de su boca—. Prefiero éste.

Jake lamió los labios mojados en vino de Claire.

—Así es como quiero emborracharme.

Las palabras sonaron profundas y seductoras. Aquel baño sensual en su boca provocó una explosión de sensaciones dentro de ella que

fueron más allá de lo que hubiera deseado. Ante la respuesta profunda y ardiente de Claire, Jake comenzó un recorrido lento y maravilloso por su cuerpo, acariciando las caderas, y luego los hombros y volviendo de nuevo a bajar, tiernamente.

Las lentas y seductoras caricias encendieron su cuerpo en un fuego abrasador, poniendo fin al poder de su voluntad, impidiendo el funcionamiento de su mente.

Los brazos de Claire lo rodearon por los hombros, aferrándose a él. La boca de Jake se abrió en un beso que fue inmensamente intenso, que enloqueció a Claire. Y se fundió en su cuerpo irremediablemente mientras las incansables manos de Jake buscaban el borde de su suéter, mientras acariciaba con urgencia su suave y cálida piel de seda, haciéndola estremecer y provocando respuestas sexuales donde quiera que la acariciase, hasta que se perdió en un éxtasis que lo incitaba a seguir más y más.

Cuando Jake levantó la cabeza, los labios de Claire estaban húmedos y enrojecidos, estaba poseída por él. Lanzó un gemido de protesta inaudible que se transformó en un gemido de intenso placer cuando las manos de Jake dibujaron la curva de sus pechos con sus dedos, acariciando una y otra vez los encendidos pezones.

—Cariño, tú me perteneces. No dejaré que te vayas.

Los ojos de Jake lanzaban una mirada profunda, brillante y posesiva que la estimulaba y la esclavizaba. Deseaba ser suya, sólo suya; en cualquier circunstancia.

Para siempre. Temblorosa, Claire tomó el rostro amado de Jake entre sus manos.

Esperaba que él le dijese que no podía vivir sin ella, que la amaba, que no la dejaría nunca marchar... Acariciaba con los dedos los labios de Jake, con todo el amor que era capaz de sentir reflejado en su mirada.

Jake cerró los ojos brevemente y tragó saliva. De repente, bajó las manos hacia la cintura de Claire con los puños cerrados. Desconcertada, sintió que un leve estremecimiento recorrió el cuerpo de Jake y ella también dejó de acariciarlo. Él abrió los ojos, y tal vez fue un efecto de la luz trémula, pero Claire pensó que estaba preocupado; aunque supo que se trataba otra vez de su enfebrecida imaginación cuando él susurró:

—Podríamos conseguir que nuestro matrimonio funcionase. Lo que nos está pasando es una prueba de ello—su voz sonaba de nuevo dura —. Deja a tu amante o lo haré yo mismo. No me cuentes nada de él, no quiero saberlo..., a no ser que te dé problemas. En ese caso, haré que desee no haber nacido nunca.

Sus labios estaban tensos. Bruscamente, Jake tomó a Claire de la cintura y la levantó, y se levantó él también. Parecía de pronto mucho más alto que ella. Incluso a través del velo de lágrimas que aún cegaba sus ojos, Claire pudo apreciar el esfuerzo que Jake estaba haciendo por recobrar la compostura y su estado natural. Pero ella estaba tan angustiada que no era capaz de decir ni hacer nada.

—En este momento—dijo Jake suavemente—, te deseo desesperadamente. Pero los dos sabemos que tenemos que esperar hasta que hayas hecho lo que debes hacer.

Escríbele una carta. No puedes disimular cuánto me deseas. Yo haré que no te arrepientas de tu decisión, te lo prometo. De momento, voy a preparar la cena.

Mañana arreglaremos las cosas.

Jake se dirigió hacia la cocina como si nada hubiese ocurrido, como si ella no hubiese estado a la entrada del cielo y, de repente, le hubiesen cerrado las puertas del paraíso en sus propias narices.

Temblorosa, rellenó la copa de vino y tomó un sorbo despacio, observando el fuego. Estaba demasiado falta de energía como para sobreponerse a la inercia y cruzar la habitación para hacer algo.

Así que nada había cambiado. El aún creía que ella estaba necesitada de sexo, que necesitaba un hombre. Cualquier hombre. Y se había ofrecido como una posibilidad, para mantenerla contenta y conseguir que se quedase con él.

—Me perteneces—le había dicho—. No te dejaré marchar.

En lo que a él concernía, poseerla no era más que retenerla gracias a un pedazo de papel. Ella le era necesaria y no pensaba dejarla marchar, sin importarle lo que tuviese que hacer para conseguirlo. Incluso haría la vista gorda a su posible amante, con tal de que ella lo despachara amablemente. Y ella, pobre estúpida, le había seguido el juego mientras representaba la escena de la seducción; hasta que él lo consideró necesario. Claire no había puesto reparos, esperando unas palabras de amor que Jake nunca pronunció.

El no la amaba y nunca lo haría, y eso le hacía odiarlo casi tanto como se odiaba a sí misma por ser tan estúpida.

El olor de la carne asada le hizo sentir náuseas. Se detuvo en el umbral de la puerta de la cocina, antes de decirle secamente:

—No tengo hambre. Me voy a la cama. Te veré mañana.

No durmió. No pudo. Y tampoco le oyó dirigirse hacia su propio dormitorio.

Su mente estaba en blanco, no podía pensar en nada. Silo hubiese hecho, si se hubiese permitido pensar, sentir, se habría hundido en la miseria, recordando, tal vez, el instante en el que creyó, con toda su

alma, que él iba a confesarle su amor. O

hubiese evocado la injusticia que Jake cometía con ella, una y otra vez, insistiendo en que todo lo que ella necesitaba para tranquilizarse, era un hombre en su cama. Y si se permitiese pensar en esos insultos, se encontraría de pronto empuñando un cuchillo tratando de clavárselo en las costillas mientras él dormía.

Así que no pensó en nada en absoluto. Hizo las maletas concienzudamente y se sentó en el borde de la cama, cobijada bajo el edredón, y esperó, mirando la ventana, la llegada del amanecer, que se reflejó en su pálido rostro.

Moviéndose lentamente, como una anciana, se lavó los dientes, se atusó el pelo, se echó el anorak a los hombros y bajó la maleta hasta la entrada de la casa.

Pudo oler el café recién hecho, pero Jake no estaba por ninguna parte. El sonido de la leña la llevó al exterior de la casa. Si el aire de la mañana era frío, no lo advirtió.

Jake estaba junto a la pila de leña, golpeando el hacha violentamente sobre los troncos de madera, haciéndolos de tamaño más manejable. Y la misma violencia reflejaban las facciones de su rostro cuando la miró, al reparar en su presencia.

Luego, se incorporó y permaneció de pie mirándola, respirando aceleradamente, pero su mirada se tomó amable.

—No te quedes ahí pillando frío, cariño. He hecho café. Prepárate una taza. Me reuniré contigo en cuanto termine con esto.

Como si no pasase nada y todo fuese normal; absolutamente normal.

—Me voy.

Claro que lo vería, para decirle adiós.

Su voz sonó profunda. Tenía la garganta seca. Sentía una especie de fiebre que le hacía temblar. Claire cruzó su mirada con la de Jake. Sus ojos la escrutaban y ella reparó, de pronto, en sus blancas manos cuando observó que agarraba con fuerza el hacha. Se propuso continuar hasta el final. No podía detenerse entonces. Tenía que irse y conseguir que él la creyera. Si se quedaba, su amor la destruiría al final.

—Estás equivocado a cerca de él—dijo con forzada tranquilidad, sintiendo que el viento helado atravesaba sus ropas—. Quiero ser libre para casarme con él. Lo amo desesperadamente. Quiero la libertad, sin recriminaciones. Eso es lo que acordamos en nuestro contrato para este caso, ¿recuerdas?

Por un momento pensó que se acercaría a ella. Luego, él logro controlarse, con esa capacidad innata que poseía. Permaneció de pie,

mirándola con dureza. Sin decir nada. ¿Porque no podía? ¿Qué iba a decir en una situación como esa?

—¿Podría usar tu teléfono móvil para llamar a un taxi? —perseveró ella.

No quiso preguntarle nada. Jake le había dado de todo excepto lo único que necesitaba.

—No puede ser—sus palabras parecieron escapar de su boca sin pretenderlo—.

Después de lo que pasó anoche mismo, el modo en que me respondiste...

El hacha resbaló de entre sus manos y ella miró hacia otro lado, con el corazón latiendo a gran velocidad.

Eso lo decía todo, claro que sí. se dijo ella amargamente. El modo en que le respondió, como si él supiese qué botones tenía que accionar para conseguir una respuesta de ese tipo, para conseguir que ella hiciese lo que él esperaba, que fuese lo que él deseaba que fuera.

—Ah, ¿eso? —dijo despreciativa, encogiéndose de hombros—. Créeme, no estoy orgullosa de mi comportamiento. Yo... ¡Le he echado tanto de menos!

Su voz entrecortada la ayudaba en su favor; él no podía imaginar cómo odiaba las mentiras que le estaba diciendo.

Nos queremos y no nos lo has puesto fácil para estar juntos —siguió diciendo.

Rechazó mirarlo, ni siquiera cuando escuchó su respiración entrecortada. Si lo hacía, corría el peligro de no ser capaz de evitar echarse a sus brazos, llorando desconsoladamente, diciéndole que nada de eso era cierto, que lo amaba a él, sólo a él y que se quedaría para siempre si él intentase quererla sólo un poco.

Entró en la casa, muy erguida. Jake nunca sabría lo que esa separación suponía para ella.

Capítulo 11

OLIMPIA Gores—Tamlyn se levantó majestuosamente del escritorio de caoba, concienzudamente barnizado, y levantó el auricular, como si fuese algo que la incomodase especialmente.

—Es para ti. Por favor, sé breve. Y dile a quien quiera que sea que no te llame durante las horas de trabajo. Pensé que había quedado claro ese tema.

Claire trató de mantener la calma, respiró hondo y se levantó de su pequeño escritorio, repleto de pilas de viejos y polvorientos libros y una anticuada máquina de escribir a punto de desintegrarse. Era un modelo obsoleto y Claire pensó que la habían elegido precisamente por esa cualidad. En cualquier caso, esa máquina estaba en consonancia con el nivel de su nuevo trabajo.

«Ya va siendo hora de pensar en dejarlo», se dijo a sí misma, mientras pasaba por delante de las filas de carpetas ennegrecidas por los años. Olimpia insistía en que eran una reliquia de la familia, y tal vez lo fueron doscientos años atrás, pero, en ese momento, era material desechable; no podían discernirse ni siquiera los colores primitivos.

Solicitar el trabajo como secretaria de esa formidable anciana seis meses atrás, le pareció una buena idea en principio. Encerrarse entre los muros de la mansión de los Gores—Tamlyn, una desoladora casa de piedra en la profunda Northumberland, le pareció ideal para cicatrizar sus heridas y volver a ser ella misma de nuevo.

Sería de los pocos lugares donde no tendría la oportunidad de encontrarse accidentalmente con Jake.

Pero seis meses siendo tratada como si fuese una simple sirvienta, de pasar a máquina las aburridísimas memorias de Olimpia, que nadie en su sano juicio podría querer leer, o ni siquiera publicar, e investigar en los orígenes de la familia, era más de lo que podía soportar. La bisabuela materna de Olimpia fue la hija menor de un duque venido a menos; y el famoso duque en cuestión aparecía en todas las conversaciones que mantenían. Tenía que organizar el calendario social de la anciana que, desde que Claire llevaba trabajando con ella, no incluyó nada más interesante que la preparación del sombrero que luciría en la exhibición de flores del pueblo y la organización de una decadente cena para cinco personas.

Ignorando la mirada ingrata de su anciana jefa, Claire tomó el auricular mientras la mujer le decía friamente:

—Grice me habrá preparado ya el café. Lo tomaré en la sala de pintura. Cuando haya terminado, quiero que me laves el pelo; Brice tiene ya demasiados años para esa tarea.

Era un milagro que la señora Grice, el ama de llaves de ese viejo edificio, no se hubiese marchado de aquella miseria hacía décadas, se dijo Claire, mientras le daba la espalda a la anciana y contestaba la llamada.

—¿Sí? dijo en tono apagado.

Claire les había explicado a Liz y Sally que no contactaran con ella antes de las ocho de la noche, y nadie más sabia que estaba allí. Pero era Sally Harding con malas noticias.

—¿Puedes venir? No quiero asustarte, pero es Liz. Ella quiere que vengas.

—Está enferma—afirmó Claire inmediatamente—. ¿Dónde está? ¿En qué hospital?

Claro que estaba enferma, no podía haber otra explicación. A su independiente madre no se le ocurriría hacerla ir hasta allí si no se tratase de una emergencia.

—No. Está en casa. En Lark Cottage—murmuró Sal rápidamente con voz vacilante.

Iba a preguntar qué había dicho el doctor y qué le pasaba exactamente, pero decidió salir de allí cuanto antes.

—Me voy ahora mismo. Dile a Liz que estaré allí antes de anochecer, como muy tarde.

Cuanto antes llegase, antes podría averiguar qué ocurría y trataría de solventar la situación.

Liz no podía estar muy grave, pensaba, tratando de consolarse mientras salía apresurada del despacho. No estaba hospitalizada, y Sal era demasiado experta como para permitirse una negligencia de ese tipo.

Pero algo debía andar muy mal cuando la habían tenido que llamar. Claire llamó a la puerta de la sala de pintura y entró.

Como siempre, la amplia y profusamente amueblada habitación, resultaba bastante fría, a pesar de ser un caluroso día de agosto.

Olimpia reposó la taza de café sobre el plato.

—No he terminado todavía. Vuelve dentro de media hora. Mientras tanto, sigue pasando a máquina lo que te dicté esta mañana.

—Tengo que irme—dijo Claire, sin importarle de qué modo iba a afectarle a su jefa su actitud. Tenía otras cosas más importantes de qué preocuparse—. La llamada era de la acompañante de mi madre. Ella quiere que vaya. No es muy fuerte y ya ha sufrido un ataque al corazón. No puedo dejar de ir.

Sin esperar la reacción de la anciana, Claire caminó erguida hacia la puerta y, una vez en el umbral, se dio la vuelta.

—No sé cuánto tiempo estaré fuera. Se lo haré saber. Pero creo que

presentaré mi renuncia cuando vuelva.

Me pondré en contacto con la agencia para que le busquen una sustituta.

El sentimiento de culpabilidad la acompañó durante el largo viaje a casa. Seis meses atrás, Liz pareció tremendamente afectada cuando Claire le comunicó la noticia de su separación, aunque ella se esmeró en contárselo sin darle demasiada importancia.

Tú siempre has dicho que era el mejor yerno que cualquier mujer desearía tener

—le había dicho a su madre—. Y espero que no lo borres de la lista de personas a las que envías la felicitación de navidad. Pero no estaba funcionando, para ninguno de nosotros. Nuestra separación es lo mejor, créeme.

Fue muy duro, durísimo, pretender que no tenía roto el corazón, ignorar las lágrimas de los ojos de Liz mientras le explicaba a Claire que todos los matrimonios llegan a un punto muerto, que todos discuten de vez en cuando, que un poco de paciencia y buena voluntad por ambas partes podía obrar maravillas.., una y otra vez, hasta que Claire tuvo que morderse los labios para evitar empezar a gritar, preguntarle a Liz por qué era tan sabia en un tema del que no sabía nada. Su propio matrimonio había sido un desastroso error. Era eso, o abrazarse a su madre, llorando desconsoladamente y confesarle que su matrimonio no había sido real, que sólo había aceptado ser su esposa porque él prometió hacerse cargo económicamente de Liz; que había terminado enamorándose de él y tuvo que separarse para conservar su propia integridad.

Pero eso Liz no lo sabría nunca. Claire trató de evadirse de una situación que fue más dolorosa de lo que había imaginado huyendo hacia la cocina, a preparar el té. El tema no volvió a surgir nunca, aunque en alguna ocasión, su madre parecía estar a punto de decir algo, pero luego callaba y suspiraba profundamente, lo que probaba que aún le daba vueltas a la cuestión.

Dos semanas más tarde, aceptó el trabajo de Olimpia Gores-Tamlyn, a través de la agencia en la que había estado apuntada antes de su matrimonio. Liz pareció resignada a la situación. Pero, ¿quién sabía de qué modo le había afectado? ¿lo que había sufrido calladamente por la ruptura del matrimonio de su hija?

Claire sabía que su madre había visto su matrimonio, desde el principio, como un cuento de hadas, como si se casase con el hombre mejor que había en la tierra. Y

pensaba que era una compensación divina por su propio error en ese campo.

Tal vez, pensó Claire, ella debería haberse detenido a pensar un poco en la situación de su madre antes de decidirse a separarse del hombre al que, al fin y al cabo, amaba; aunque supiese que él nunca la amaría. Quizás debería haberlo intentado por Liz…

Pero lo hecho, hecho estaba y no podía cambiarlo. Su matrimonio había terminado y ella estaba haciendo lo imposible por olvidar a Jake. Aunque sin éxito.

Cada día volvía a ella el dolor, la pena de haberse enamorado del hombre equivocado, de un hombre que no la correspondería jamás.

Tal vez, si recibiese noticias del abogado de Jake, y le comunicase que habían empezado los trámites del divorcio, sería capaz de afrontar la realidad de una vez y podría empezar a rehacer su vida. Pero no había oído ni una palabra de ese tema, ni había tenido noticias de Jake desde que la condujo, sin decir ni una palabra, hasta el apartamento de Londres, la dejó en la entrada y se marchó inmediatamente…

Comenzaba a anochecer cuando Claire aparcó el coche en la entrada de Lark Cottage. El jardín estaba repleto de flores tardías de verano, pero la casa parecía ensombrecida. No había ventanas abiertas que dejasen penetrar la agradable y fresca brisa, y la puerta de entrada estaba firmemente cerrada.

Claire esperaba haber encontrado a Sal en el jardín o, al menos, esperando su llegada asomada a alguna de las ventanas.

El presentimiento de que Liz había empeorado desde que ella recibió el mensaje de Sal embargó a Claire; tal vez, la hospitalización había sido inevitable. Se dispuso a abrir la puerta; entonces, se confirmaron sus sospechas. Tuvo la certeza de lo peor cuando comprobó que la puerta estaba cerrada con llave. Buscó en el bolso las llaves, tratando de no pensar en cosas negativas. Había perdido a Jake y no podría soportar el hecho de perder a su madre también.

Su voz sonó extraña cuando llamó a ambas mujeres desde la entrada y nadie respondió. El silencio lo invadía todo. El pánico empezó a asaltar su mente y a hacerse más intenso, sentía que estaba a punto de desmayarse cuando vio el sobre blanco apoyado contra el teléfono en una mesa baja.

Se apresuró a alcanzarlo, con manos frías y temblorosas. Por fin sabría qué estaba pasando. Sabiendo que estaba en camino, Sal le habría dejado un mensaje. A penas podía esperar a leerlo.

Pero respiró aliviada cuando comprobó que se trataba de la letra elegante de su madre que invadía, casi por completo la hoja de papel. Cualquier cosa que hubiese ocurrido, no podía ser muy grave si había tenido fuerzas para escribir. Pronto, el alivio se convirtió en rabia

cuando leyó el contenido de la carta.

Queridos,

Espero que mi nota no os haya causado preocupación. Tratad de perdonarme si así ha sido.

Me encantaría veros, a los dos, pero no tendré el placer esta vez. Primero, deseo que os reunáis el uno con el otro y habléis con calma hasta que queden claras todas las cuestiones.

Hemos dejado bastante comida en el frigorifico y Jake, querido, he comprado una buena botella de champán. Ya verás, ¡espero que tengáis que celebrar algo al final! Mientras tanto, Sal y yo estaremos relajándonos en un maravilloso hotel de Bath, ¡siempre con los dedos cruzados!

¡El viejo truco! Claire arrugó el trozo de papel y lo tiró al suelo, llena de rabia. ¿Es que Liz no tenía sentimientos? ¿No podía imaginar el estado de ansiedad que le causaría esa situación? ¿Cómo podía hacerle eso a su propia hija? ¿Es que no sabía ya que ni ella ni Jake tenían nada que decirse, y que lo único que conseguiría con ese encuentro sería causarle más dolor?

Su primer instinto fue huir de allí, meterse en el coche, irse hasta Bath y buscarlas por todos los hoteles de la ciudad hasta dar con su manipuladora madre y decirle lo que pensaba en muy pocas palabras. Pero sus rodillas temblaban y se sentó en la silla junto al teléfono, dando gracias de que su madre se encontrase bien. Lo demás era secundario. Claire se sintió exhausta después de tanta ansiedad.

Y, por supuesto, Liz no se podía imaginar que la perspectiva de ver de nuevo a Jake la desmadejaba por completo. Liz creía que ambos se habían amado profundamente, que el amor lo podía todo, que verse de nuevo los llevaría, como por arte de magia, al uno en brazos del otro.

Claire se dio cuenta de que tenía que salir de allí, y rápido. En ese momento, Jake ya estaría de camino pues, sin duda, habría recibido el mismo mensaje.

Pero no podía dejarle con la misma ansiedad que ella había experimentado cuando llegó y encontró la casa cerrada y vacía. No podía hacerle eso. Se levantó para recoger la hoja de papel que había tirado y la estiró con cuidado. La dejaría pinchada en la parte exterior de la puerta, junto con una nota de disculpa por el comportamiento de su madre. Jake se mostraría especialmente furioso, pero conocía bien a Liz y la perdonaría, igual que ella había hecho, y se alegraría por que no estuviese luchando por su vida en algún hospital.

Corrió hacia el escritorio de la sala de estar donde Liz guardaba el material de escritura. Sacó una hoja de papel y se quedó helada. Había estado demasiado ocupada con sus propios pensamientos como para

escuchar el sonido de un coche que llegaba y la puerta de un vehículo que se abría y, después, se cerraba.

Ya era tarde, se había entretenido demasiado, pensó. Sintió que se le revolvía el estómago y que iba a enfermar cuando oyó a Jake llamar a las dos mujeres, de la misma manera que lo había hecho ella media hora antes.

Se mordió los labios. Le hubiese gustado esconderse detrás del sofá, pero ese comportamiento estaba fuera de lugar. Tenía que enfrentarse a él, al hombre que amaba más que a su vida, y ver la frialdad de su mirada.

Jake llamó de nuevo, con voz algo más profunda esa vez, demostrando su ansiedad. Claire se irguió, respiró hondo y fue hasta la entrada.

—Estoy aquí, Jake.

Estaba de espaldas a ella y. cuando se volvió a mirarla, el corazón de Claire dio un vuelco. Parecía más viejo, más duro, como si hubiesen pasado seis años y no seis meses desde la última vez que se habían visto. La fría y dura expresión de sus facciones, además del impecable traje gris que lucía, ponía kilómetros de distancia entre ellos.

No la saludó, sino que preguntó inmediatamente:

—Recibí un mensaje de Sally Harding. Perecía urgente. ¿Dónde está Liz?

Claire tomó aliento con dificultad. La estaba haciendo ver que estaba preocupado y que Claire no existía para él. Pero eso era lo que ella esperaba, ¿no era así?

Mentalmente, reprendió a su madre por haber forzado esa desagradable y embarazosa situación. Pero, como tenía que enfrentarse a ella, se dispuso a hacerlo cuanto antes. Le entregó la carta. No necesitaría explicar nada. Jake la leería y se marcharía. No esperaba que hiciese ningún comentario.

Despreciándose por el doloroso placer que sentía al verlo, lo observó mientras leía la nota que Liz había escrito. No hizo ningún gesto, pareció que aquello no le había extrañado siquiera. Y Claire envidió su control. O tal vez no necesitaba auto controlarse en una situación como ésa. Tal vez la estúpida idea de una anciana tratando de que se uniesen de nuevo, no le afectaba en absoluto, a pesar de que había interrumpido su preciado tiempo.

—Entonces, ¿no le dijiste la verdad? —preguntó de pronto fríamente mientras depositaba la nota junto al teléfono.

El pulso de Claire se aceleró descontrolado. Pensaba que se marcharía sin más, que no se dignaría a hablar con ella nunca más.

—No pude—dijo Claire abrazando su propio cuerpo—. Su matrimonio fue horrible y ella pensaba que el nuestro era perfecto. No podía desilusionarla contándole la verdad, que todo se había limitado a un mero contrato comercial.

—Me refería a la verdad del final —declaró, sin dar importancia al asunto—. El otro hombre. El hombre sin el que no podías vivir. Me sorprende no haber tenido noticias tuyas, porque supongo que aún querrás casarte con él.

Su tono indiferente asustaba a Claire. Estaba temblando. ¿Qué podía decirle?

¿Más mentiras? No podía. Se encogió de hombros, y Jake siguió insistiendo, cruelmente.

—Claro, que no necesitas esperar a la ceremonia para llevarte el pastel a la boca,

¿verdad? Yo tengo constancia de ello durante las últimas semanas de nuestro.., acuerdo. ¿Es por eso por lo que estás tan delgada y demacrada? ¿No te deja dormir por las noches?

Herida, exclamó de forma un tanto salvaje:

—No te gustó que te pagaran con tu propia moneda, ¿verdad? ¡No creo que tú hayas cambiado tus costumbres y hayas dejado de llevarte pasteles a la boca! ¿Aún sales con la princesa o ya te has aburrido y te has buscado otra deslumbrante amiguita?

Durante seis largos y horribles meses no se había ocupado demasiado de su imagen. Pero su malintencionado comentario sobre su aspecto le hizo caer en la cuenta de que había salido precipitadamente, sin cambiarse de ropa. El traje azul de lino que lucía no podía compararse con la ropa que había estado habituada a ponerse cuando vivía con Jake. La otrora elegante Claire, se veía algo descuidada. Los seis largos meses de desesperación también habían hecho mella en ella.

Su inesperada respuesta pareció afectar a Jake, pero él se limitó a encogerse de hombros y a meterse las manos en los bolsillos del pantalón.

—Es demasiado tarde para hablar del pasado —dijo Jake—. Y hace demasiado calor como para discutir. Me gustaría tomar un café. Salí apresuradamente de una reunión cuando recibí la llamada de Sal. ¿Lo preparo yo o prefieres hacerlo tú?

Jake se aproximaba a Claire según se iba acercando a la cocina y ella retrocedía a cada paso de él; trataba de poner la mayor distancia posible entre ellos.

Claire se agachó para buscar la cafetera en uno de los armarios de la cocina y sintió que se desvanecía. Tropezando, se aferró a la

encimera, intentando no perder el equilibrio. Pronto las manos fuertes e impacientes de Jake la tomaron de los hombros y, rápidamente, la sentó en una de las sillas. La insultante rapidez con que la soltó parecía deberse a que no soportaba tocarla.

—Siéntate —dijo él bruscamente—. Yo prepararé el café; tú no estás bien.

Y, ¿de quién era la culpa?, se preguntaba ella mientras observaba a Jake abrir las ventanas para que entrase el aire fresco de la tarde. Luego, se dedicó a preparar el café.

Claire comenzó a sudar y temblaba convulsivamente cuando Jake le puso frente a ella una taza de café caliente. El la miró levemente y luego sacó del frigorífico un pollo asado y una ensalada que Sal debía haber preparado poco antes de irse.

Jake se quitó la chaqueta y se remangó la camisa. Claire no podía soportar mirar su pelo moreno y el tono verde oliva de su piel sin que se le acelerase el pulso.

Se tomaría el café y, con cualquier excusa, se marcharía. No podía seguir soportando esa tortura. Jake preparó dos finas lonchas de la blanca carne del pollo en un plato y lo colocó frente a ella.

Ella hizo un gesto negativo con la cabeza y apartó el plato con sus manos temblorosas antes de tomar un sorbo de café.

—¡Come, maldita sea! —exclamó Jake de repente.

Claire levantó la mirada hacia él tratando de decirle que no tenía hambre, pero las palabras no acudieron a su boca. Se limitó a negar con la cabeza de nuevo, perpleja.

¿Qué podía importarle a Jake si ella comia o no?

—¿Qué estás haciendo contigo misma? —preguntó él en tono amargo. O, más bien. ¿qué te está haciendo él?

Frunció el ceño confusa. Pronto recordó a su supuesto amante y no pudo evitar enrojecerse. Se encontraba atrapada por la tela de araña que ella misma había construido.

Ese bastardo te ha hecho daño, ¿verdad? No me mientas; lo llevas escrito en la cara. Deberías haberte quedado conmigo. Yo nunca te habría fallado. ¡Yo te amaba, maldita sea!

Jake se dio la vuelta y comenzó a mirar a través de la ventana. Ella lo miró aturdida. Tal vez no lo había entendido bien. Eso no era posible. Pero, para asegurarse, le pidió que volviera a repetir la última frase.

—¿Que te amaba? ¿Por qué? ¿Te hace mucha gracia oírmelo decir? —contestó con cinismo, mirándola de nuevo a los ojos.

El corazón de Claire le dio un vuelco y tuvo que ponerse una mano en el pecho para calmarse. Aún no podía creerse lo que estaba oyendo.

—Tú tenías una aventura… —le recordó—, … con esa mujer italiana, todavía la tienes, por lo que yo sé, así que ¿cómo podías…?

—¿La Giancetti? Es ridículo—la interrumpió—. Los celos que demostraste cuando viste la fotografía en el periódico me hicieron albergar esperanzas. Ella es una persona muy extrovertida. En el momento en que hicieron la foto me estaba diciendo que le había encantado la ópera. El hombre que había detrás es su padre. Yo empecé las negociaciones con él y su socio, Lungarotti, respecto a la venta de Harlow. Fuimos a la ópera todos juntos. Tú también deberías haber estado allí, si no te hubieses rajado.

Jake miró de nuevo a través de la ventana y siguió hablando tan ‘bajo que Claire tenía que esforzarse para tratar de oírlo.

—Pero te rajaste. Cuando estuvimos en Estados Unidos me dijiste que estabas demasiado cansada como para hacer el viaje a Roma. Yo supe que mentías y eso me dolió. Yo te amaba desde el momento en que puse mis ojos sobre ti, pero fui demasiado estúpido como para darme cuenta. Fue entonces cuando decidí que iba a deshacerme de la mayor parte de mis empresas.

La vida que estábamos llevando no era propicia para nosotros. Iba a intentar hacerlo todo más fácil, iba a conseguir que te enamorases de mí, y cuando vi que estabas celosa de Lorella, pensé que tenía una oportunidad. Por eso nunca negué nada; incluso a veces fomentaba la duda. Eres inteligente y pronto te darías cuenta de que estabas celosa porque me amabas también, aunque fuese sólo un poco. Compré Harnage y te propuse que nuestro matrimonio fuese real, quería probarte que podía conseguir que me deseases físicamente. Lo que no podía esperar era el otro hombre.

Al menos al principio. Cuando volví antes de tiempo de Roma—siguió diciendo con tristeza—, fue porque estaba preocupado por tu salud, y te encontré hablando con alguien por teléfono a quien llamabas cariño y que verías pronto porque yo estaba aún fuera. Pero no, pensé que no podía ser así, pensé que los celos me estaban volviendo loco, era la primera vez que me enamoraba en mi vida y, por primera vez también, estaba inseguro de mi mismo.

—Oh, Jake…

Claire se levantó algo tambaleante con los ojos llenos de lágrimas. El la había amado todo ese tiempo y ella no se había dado cuenta. Las mentiras, la decepción, no habían tenido sentido, sólo habían conseguido herirlos a los dos. Necesitaba acercarse a Jake, abrazarlo y confesarle que lo amaba; pero él la detuvo.

—¡No! No quiero que me tengas lástima. Ese bastardo ganó la partida, pero sobreviviré. No es el fin del mundo, así que puedes

ahorrarte el discurso. No lo necesito.

Claire sollozaba inconsolable. Jake hablaba en pasado, y parecía que en ese momento la aborrecía. Pero él nunca lo entendería si ella no se lo explicaba.

—Jake, te mentí. Nunca hubo otro hombre. Yo lo inventé—dijo con voz temblorosa. Parecía que él deseaba matarla—. Las llamadas de teléfono, las ausências sin explicación.., todo. Todo eran mentiras. Para hacerte creer que había otro hombre.

Sabía que esa era la única manera de conseguir la anulación del acuerdo. Tenía que dejarte, yo...

—¿Es que era tan asqueroso para ti? —la interrumpió enfurecido —. Si todo eso es verdad, entonces ésa es la razón.

Jake tomó la chaqueta, en actitud fría y desesperanzada.

—En cuanto Liz fue económicamente independiente no pudiste soportar quedarte conmigo ni un minuto más, mi presencia te desagradaba; entonces empezaron las mentiras, los trucos.., te debiste divertir mucho mientras me herías más allá de lo imaginable. ¡Qué ridículos mis intentos por probar que sería un buen esposo para ti,

¡incluso estaba dispuesto a olvidar y perdonarlo todo!—se colgó la chaqueta al hombro, sin mirarla—. Me pregunto por qué me ha llevado tanto tiempo darme cuenta de lo estúpido que soy. Pero, no te preocupes por eso; sobreviviré.

Caminó hasta la puerta y miró a Claire por última vez.

—Prepararé el divorcio. No quiero que lleves mi apellido. Por lo que a mi respecta, eres historia pasada.

Y se marchó.

Capítulo 12

LA TENSIÓN dejó paralizada a Claire durante unos interminables segundos. Se quedó mirando fijamente el lugar en el que Jake había permanecido. Luego, invadida por un ataque de furia, corrió hacia el exterior de la casa a través del ya iluminado camino de la entrada.

¿Cómo se atrevía? ¿Quién se creía que era él? ¿Cómo osaba tratarla como si fuese un gusano? ¿Cómo podía insinuar que no merecía llevar el apellido Winter?

Había dicho que algún día la había amado. No podía ser cierto. No, si era capaz de tratarla de ese modo.

Ella le había abierto el corazón, le entregó su alma, le confesó su secreto más inconfesable, sus mentiras...y todo lo que recibió como recompensa fue el desprecio y la burla.

¡No iba a consentir que se marchase así de esa manera!

Jake tenía el coche aparcado detrás del suyo. Estaba abriéndolo, sin prisa. No parecía desesperado por marcharse. Tenía el aspecto arrogante de un hombre que acabase de resurgir tras un episodio desgraciado de su vida, determinado a olvidarlo, sin arrepentirse de nada, pero dispuesto a seguir viviendo su vida, su tiempo, sus propios proyectos.

Lo odió en ese momento. Lo odió con una violencia que jamás creyó que fuera capaz de sentir por nadie. Abrió la puerta de la verja a toda prisa y lo agarró del brazo, hundiendo los dedos con furia en su piel.

—¡No me dejes así! —le gritó—. ¡No me trates como si fuese basura!

El no se movió apenas; se limitó a bajar la mirada desde el enfurecido rostro de Claire hasta sus pálidas manos, que lo agarraban fuertemente del brazo. Desdeñoso, fue soltando los dedos uno por uno, insultándola con su indiferencia absoluta. Y, cuando se hubo zafado del último dedo, soltó la mano de Claire con desprecio. Sin mediar un segundo, ella levantó la mano y le dio una bofetada en su arrogante cara.

Se hizo un silencio sepulcral. Los ojos penetrantes de Jake reflejaban la luz del anochecer. Claire contuvo la respiración, asombrada por lo que acababa de hacer, confundida y abrumada. Ella jamás había utilizado la violencia fisica contra nadie en toda su vida.

De pronto, algo dentro de ella se convulsionó y se cubrió el rostro con las manos antes de comenzar a llorar amargamente. Ella no pensaba que su corazón fuese capaz de albergar tanta tristeza y tanto odio.

Cuando sintió las manos de Jake en sus hombros, Claire hizo un

movimiento instintivo de rechazo, un desesperado intento de alejarse de él, correr a refugiarse a la casa y llorar hasta que no quedasen lágrimas en el universo para verter y entonces, sólo entonces, comenzar el doloroso proceso de intentar volver a rehacer su vida.

Pero la presión de las manos de Jake aumentó, y ella, derrotada, agachó la cabeza avergonzada, luchando para recuperar el control de sí misma, con el rostro bañado en lágrimas.

—No llores—murmuró Jake en tono áspero—. Te dije que no puedo soportar verte llorar.

—No puedo evitarlo—balbuceé ella—. Me odias. No puedo afrontar eso. No quería pegarte. Tal vez me lo merezca, pero no soy tan fuerte como para afrontar eso.

—Claire... —los brazos de Jake la rodearon—. Yo no te odio, pero tal vez mereciera esa bofetada.

Su tono de voz había cambiado, como si algo hubiese tocado su fibra sensible y lo hubiese vencido también a él. Su control férreo empezaba a desaparecer; Claire podía sentir su cuerpo fuerte temblar contra el suyo.

Ella apartó las lágrimas de su rostro y trató de separarse de Jake. Tal vez mereciera sufrir, pero no podía soportar la agónica tortura de volver a estar entre sus brazos. Jake apartó los suyos inmediatamente, como si, de pronto, rechazase el impulso quijotesco que le había incitado a consolarla.

—He sido demasiado duro—dijo indiferente—. Lo siento. Tu idea de mentirme deliberadamente me pareció de pronto horrenda, me decepcionó. La honestidad que un día compartimos fue demasiado preciosa. Si me hubieses dicho la verdad, si me hubieses contado que no podías soportar respirar el mismo aire que yo respiraba, permanecer en la misma habitación conmigo, compartir mi apellido, te hubiese dejado marchar inmediatamente. No habría habido necesidad de llegar a esos extremos, créeme. Puedo parecer duro, pero no soy un monstruo.

Se dio la vuelta para dirigirse hacia el coche y, en algún lugar en la oscuridad, ululó un búho. Aquel sonido siniestro hizo estallar en pedazos el corazón de Claire.

—¡Eres un estúpido! ¡No lo entiendes! Mentí porque no tenía otro remedio. ¿Es que no lo entiendes? ¡Me enamoré de ti! Pero estaba casada con tu trabajo, no contigo. Y pensé que tenias una amante... tú nunca lo negaste. Incluso cuando sugeriste que nuestro matrimonio fuese real, pensé que lo único que pretendías era evitarte problemas. Tú también jugaste en falso. Cuando te dije que quería marcharme, dijiste que habías encontrado a una sustituta, sólo para atormentarme.

No tenías ninguna intención de privarte de mis valiosos servicios.

Así que, tenía que intentarlo de otro modo. No tenía otro camino. No podía permanecer contigo, amándote, sabiendo que tú no me amabas, pensando en tus amantes… y… bueno, en todo lo demás.

Claire deseó que su arrebato de rabia no le hubiese conducido a esa situación.

Jake seguía dándole la espalda. No movió ni un solo músculo. Estaba aburrido. El creyó, alguna vez, estar enamorado de ella. Durante muy poco tiempo. Pero las mentiras de Claire mataron ese amor. Las razones por las cuales había mentido no importaban. Su integridad no le permitía amar a una mentirosa.

Cabizbaja, caminó despacio hacia la casa y cerró la puerta tras ella, desesperada.

Había arruinado su vida, su futuro y también su pasado.

Comenzó a caminar despacio, sin saber dónde iba hasta que la puerta se abrió tras ella. Jake volvía para atormentarla, decidió, Hundida por completo, se encontraba emocionalmente exhausta como para hacer más esfuerzo que el que representaba mantenerse en pie, tratando de contener la pena. Iba a atormentarla con su frío consuelo. Su innato sentido del deber le forzaba a entrar para asegurarse de que ella se encontraba bien, que comiera algo, le diría Jake. Estás demasiado afectada como para conducir, quédate aquí esta noche…

Era demasiado para ella; Claire no necesitaba su compasión, ni su desinteresada preocupación.

Pero Jake simplemente pronunció su nombre, tan dulcemente, que su cuerpo se estremeció de placer. Y, sin saber si estaba soñando o no, pero convencida de que todo era verdad porque ella quería que así fuera, se fundió con él en un abrazo interminable.

—Para ser una mujer tan inteligente, a veces haces bastantes tonterías—murmuró entre su cabello—. Claro que no había una sustituta; ¿cómo iba a haberla? Eres irremplazable, mi vida. Estaba seguro de que podría persuadirte para que te quedaras, convencerte con mi amor para que fueses mi verdadera esposa. ¿Por qué crees que llevé con tanto secreto las negociaciones para comprar Harnage Place?

Quería sorprenderte, abrumarte… iba a ser mi regalo para nuestro segundo aniversario de boda. Y, ¿por qué pensabas que me estaba deshaciendo de la mayor parte de mis propiedades si no era para liberarme de responsabilidades y tener tiempo para echar raíces a tu lado?

—¡Oh, Jake! —Claire le rodeó el cuello y se perdió en su mirada—. Todavía me quieres, ¿verdad? ¡Dime que es así!

Aunque todo eso fuera un sueño, Claire no iba a dejarlo escapar.

—Siempre te he amado. Los últimos seis meses han sido un infierno para mi. Te echaba de menos a cada instante, me dolía tu ausencia, te imaginaba con el otro tipo…

—Lo siento… lo siento… Nunca será suficiente aunque no deje de repetirlo—gimió

—. El nunca existió… te amaba tanto que era incapaz de mirar a otro hombre.

Jake tomó el rostro de Claire entre las manos.

—No más lágrimas —dijo suavemente—. Acepto mi parte de culpa. Aunque todo apuntaba a que tenías un amante, yo fui demasiado arrogante y no acepté la posibilidad de perderte.

Jake la besó en los labios y el cuerpo de Claire se convulsionó al escuchar la profunda pasión en la voz de Jake.

—Tú y yo estábamos hechos el uno para el otro. Y yo descubrí, para mi consuelo, que cada vez que te tocaba, respondías con deseo. Pensé que si me deseabas, podría conseguir que me amases también; ese fue mi arrogante razonamiento. No podía perderte por otro hombre. Debería haberte dicho lo que sentía desde el principio, desnudar mi alma y poner mi corazón a tus pies; dejar que tú tomases la decisión —

sonrió de ese modo que la desarmaba por completo—. Pero la humildad nunca fue mi punto fuerte…

—¿Tiempo pasado? —preguntó Claire.

—Absolutamente pasado—dijo haciendo una mueca . Y, para probarlo, te pido humildemente que seas mi verdadera esposa, que te quedes conmigo y que me quieras siempre.

—Sé que lo haré—dijo, apretándose contra su cuerpo como un gato buscando el roce—. Pero, ¿no te estas olvidando de algo?

Las manos de Jake le acariciaban la espalda mientras abrazaba su fuerte cuerpo contra el de Claire. Su voz sonó profunda y densa.

—Dime qué, bruja.

—¿No se supone que debes besar a la novia?— murmuró temblorosa.

Sentía cómo ardía su cuerpo y su cabeza daba vueltas porque conseguir el amor de Jake era lo que siempre había deseado. Y ya lo tenía, y todo parecía demasiado bonito para ser real.

Luego, ya no hubo lugar en su mente para pensar en nada más porque Jake cubrió su boca con sus labios, y se fundieron en un beso interminable durante el cual Claire sintió que el magnífico cuerpo de Jake comenzaba a vibrar con la intensidad del deseo. Ella comprendió entonces que, cuando Jake dejó de acariciarla aquella noche en la casa de la montaña, estaba dejando que ella decidiera: rechazó seducirla

para permitir así que ella tomase la decisión.

—Nunca sabrás cuánto te amo —murmuró Claire casi sin aliento.

—Claro que sí, cariño. Estás a punto de demostrármelo y la tomó en sus brazos y subió las escaleras con ella en su regazo—. Los dos vamos a demostrarlo, el uno al otro, sin ninguna duda. Y, después, cuando recuperemos el aliento, mi amor, hablaremos sobre nuestro maravilloso futuro.

Entró en la habitación de Claire y la dejó en el suelo. Con dulzura, la desvistió, mirándola con gran ternura.

—Y te alimentaré bien. Necesitas que te mimen y que te consientan.

Acarició su cuerpo delgado, casi con miedo, como si temiera que fuese a quebrarse.

Ella temblaba mientras susurraba con voz vacilante:

—Por favor, no me digas que no te gustan las mujeres muy delgadas—dijo bromeando—. Te amo tanto… tanto. Eres mi vida.

Y suspiró de placer cuando Jake hundió la cabeza entre sus pechos turgentes.

Comenzaba a amanecer y seguían envueltos entre las sábanas, cada uno perdiéndose en la mirada del otro, empapándose de amor, de la felicidad de haberse encontrado mutuamente. Jake se acercó más a ella y apartó el pelo húmedo de la frente de Claire.

—Quédate donde estás. Necesitamos reponer energía. Tu manipuladora madre espero que tenga el suficiente sentido común como para estar fuera durante veinticuatro horas más, por lo menos. Prepararé algo de comida y luego veremos si somos capaces de continuar.

Algo adormilada aún, contempló la perfección del cuerpo desnudo de Jake que salía de la habitación. Y lo recibió con los brazos abiertos cuando regresó con una botella de champán y dos copas en una mano y un plato con dos sandwiches de pollo en la otra. Mientras se acoplaba en la cama junto a ella, Claire pensaba en el contenido de la nota que le escribiría a Liz: Nos tomamos el champán. Gracias.

El recolocó las almohadas e incorporó a Claire sobre ellas.

—¡Arriba, perezosa! Tenemos que comer. Y hablar—le pasó un sandwich a Claire y mordió un bocado del que él había elegido—. Sólo me he quedado con algunos negocios. Lo justo para no estar totalmente ociosos. Y si no quieres seguir siendo mi asistente personal, puedes dejarlo. Contrataré a ese hombre de familia al que te referiste una vez. Después de todo… tú seguirás a mi lado para comprarme las camisas. Y tendremos otras cosas que hacer, como amueblar Harnage, jugar con nuestros hijos, disfrutar de nuestro invernadero, te gustó,

¿verdad, cariño?

—Absolutamente—contestó, recordando lo cerca que habían estado de hacer el amor en aquel lujurioso y exótico lugar.

Los dos habían sufrido mucho por no admitir que se amaban.

Pero no iba a pensar en eso. Sonrió a Jake con la mirada mientras aceptaba una de las copas rebosantes del líquido espumoso que él le tendía.

—Por usted, señora Winter, mi verdadero amor. Ahora recuerdo... —dijo de pronto—. Liz me dijo que estabas trabajando para una escritora, creo.

—¿Sabías dónde estaba? —dijo asombrada.

Claire arrugó la nariz. Liz se lo había contado y había prometido guardar el secreto...

—No me dijo dónde. Sólo que estabas trabajando y para quién. Liz dijo que te había prometido no decir nada, pero que lo haría si yo le preguntaba.

Pero su orgullo y el dolor, no le permitieron preguntar. Así que Liz tomó cartas en el asunto. Claire la perdonó, profundamente, con todo su corazón.

—Creo que vivías allí, ¿no es cierto? —ella asintió con la cabeza—. Mañana mismo iremos a recoger tus cosas.

—Se supone que tengo que trabajar un mes más—afirmó.

—No te lo permito—dijo con firmeza.

Y ella dejó a un lado el sandwich a medio comer y la copa de champán y se cobijó entre los brazos amables de Jake, que la esperaban anhelantes. Y Claire tuvo un sentimiento de lástima por la formidable Olimpia Gores-Tamlyn.

En Jake Winter había encontrado por fin al hombre de su vida.

—Tú le darás la noticia en mi nombre, ¿verdad, mi amor?

Y él asintió mientras se besaban, una y otra vez, hasta que el calor de esos besos los condujo, una vez más, al paraíso.

Fin